

Manuel Vicent

**León de
ojos verdes**



Verano de 1953. Un hotel balneario en la playa. Durante las vacaciones un joven aprendiz de escritor ensaya sus primeras armas literarias. En ese hotel se hospedaba Brigitte Bardot cuando era todavía una adolescente muy bella y desconocida. El hotel también fue hospital de sangre durante la guerra civil en el bando republicano y por allí pasaron John dos Passos y Dorothy Parker para visitar a los heridos de las Brigadas Internacionales. Otros muchos artistas dejaron en su terraza, que servía de teatro, historias románticas en la memoria. Algunas se recogen en este relato. Las andanzas literarias del protagonista consisten en escribir también las vidas secretas de los personajes que habitaban en el hotel durante las vacaciones del aquel verano. La conversión ideológica, el placer de los sentidos, el primer amor se establecen en diversos cuentos que se van engarzando hasta formar un solo légame literario donde se establece la figura de un asesino en medio de una travesía a la isla del tesoro, una ascensión a la montaña mágica y un viaje de amor imposible alrededor del mundo.



Manuel Vicent

León de ojos verdes

ePub r1.0
Titivilus 13.11.16

Manuel Vicent, 2008

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



A Miguel, Camila, Laura y Marina

Hay lugares donde se cruzan el corazón y la estrella

RAINER MARIA RILKE

Las tardes en la terraza del Voramar

Durante el verano de 1953, en la terraza del hotel Vóramar se estaba rodando una película ambientada en la época de enrreguerras y varios cables conectados al generador, que no cesaba de zumbar, cruzaban la amplia terraza hasta la escalinata guardada por un león de escayola. En la playa, al pie de la escalinata, se hallaban instalados los focos, las pantallas y las cámaras. Por allí se agitaban los técnicos del equipo rodeados de turistas curiosos en traje de baño y sobre la balaustrada se perfilaban algunos figurantes, señoras con pamelas, corpiños y abanicos, que iban del brazo de caballeros con cuellos de porcelana y sombreros de paja dura, representando a bañistas muy felices.

La acción de la película transcurría en el año 1918. Familias burguesas pasaban sus vacaciones en este balneario. Aquellos veraneantes sentados en sillones blancos de mimbre, entre refrescos de granadina, hablaban de novenas de baños, de cálculos de riñón, de aguas saludables para la vejiga y a la hora de discutir de política se dividían todavía en dos bandos: unos habían sido anglófilos y otros germanófilos respecto a la guerra europea recién terminada. Una madre estaba empeñada en casar a su hija adolescente con un estudiante de ingeniería de caminos, vástago de una familia muy rica, pero la niña se negaba a crecer y prefería seguir jugando con los chicos de su pandilla. La protagonista, una adolescente bellísima, me tenía obsesionado. Desde la terraza de mi habitación la veía entrar y salir de escena; seguía todos sus movimientos, trataba de encontrarme con su mirada en los pasillos y algunas noches soñaba con ella. En la película se enamoraba de un muchacho gordito de su misma edad, sin porvenir en la vida, al que ese año habían suspendido en todas las asignaturas. Había una escena en que la niña daba lengüetazos morbosos, demorados, llenos de inocente malicia a un cucurucho de helado de chocolate. Pero este delirio por aquella criatura se me esfumó muy pronto.

Fuera de la ficción, entre los huéspedes del hotel había un matrimonio francés con una hija que tenía la cara de perrita lulú, con la naricilla, la cola de caballo y unas greñas en la frente. Llevaba un pantalón corto muy ajustado y sus senos apenas cuajados parecían fluctuar sueltos y libres bajo la camisa de seda. Decía que era artista y que en Francia había trabajado en varias películas. Todos los días se acercaba al set para ofrecerse a salir gratis en alguna secuencia, pero el director había ordenado que se mantuviera a raya a aquella turista tan pesada para que dejara de molestar. El ayudante se lo hizo saber a ella y también a su madre, tan recalcitrante como su niña; en cambio, el padre parecía hacerse cargo de la situación y pedía excusas a unos y otros para hacerse perdonar.

—Mi hija está loca por el cine. Me da muchos problemas. No podemos hacer nada —decía.

Yo tenía entonces diecisiete años y me divertía asistir por primera vez al rodaje de una película, pero mi mayor aventura de aquel verano consistía en oír las historias que me contaba el doctor Luis Aymerich en la terraza del hotel Voramar, cuando los cineastas daban por terminada la sesión, apagaban el generador y al volver el silencio a la tarde sólo se oían los golpes del oleaje y el arrastre de la resaca sobre los cantos rodados, semejante al sonido que yo hacía al sorber con la paja los posos de hielo del granizado de limón.

Con su melena blanca aleonada, este doctor de medicina general se había erigido en la conciencia viva de las villas de Benicasim, que en esa época se hallaban habitadas con todo esplendor por una burguesía provinciana, en algunos casos acrecentada por los nuevos negocios propiciados por la dictadura de Franco. Uno de los peces gordos del régimen, que además era aristócrata con título papal, solía sentarse a pocos metros de la terraza del hotel, en una silla de lona bajo un sombrajo de brezo montado sólo para él en la playa. Llevaba chaqueta de pijama con trabillas de húsar y gafas negras de espejo. Permanecía inmóvil como un ídolo, al que unas doncellas con delantal y guantes blancos, cofia y puños almidonados, cruzando la arena trabajosamente con zapatos de tacón por la pasarela de madera, le traían desde su villa, cuando sonaban las campanadas del ángelus en un oratorio cercano, la ofrenda de un martini rojo con olivas sevillanas. A cierta distancia detrás de su cogote se paseaba una pareja de la Guardia Civil con todos sus arreos charolados, que soltaban destellos bajo la luz de agosto. El ídolo nunca se bañaba en el mar. Parecía ajeno al mundo, siempre con el rostro impávido hacia el horizonte, y en sus gafas negras de espejo se reflejaban los niños que levantaban castillos en la arena, algún balandro, parejas pedaleando en un patinete e incluso el vuelo de las gaviotas. Sólo movía la cabeza a derecha e izquierda para seguir con la mirada a aquella linda francesita, aspirante a artista de cine, que pasaba por delante una y otra vez en un bañador blanco sin tirantes. El primer día se había presentado en la playa con un bikini rojo, un atuendo que en España sólo se conocía de oídas como una prenda que lucían las artistas en Cannes. A su alrededor comenzó a adensarse un grupo de curiosos, cada vez más dilatado. Causó tanto escándalo que la Guardia Civil, que protegía al pez gordo, cubriéndola con una toalla tuvo que escoltarla hasta el hotel para que se cambiara.

El doctor Aymerich había sido represaliado después de la guerra por librepensador. A sus sesenta años tenía la mente lo más alejada posible del dinero, pero sabía la vida y milagros de los propietarios de las villas. Conocía con todo pormenor de dónde procedía cada fortuna, quién había emparentado con quién, la historia de aquel señorito que había embarazado a la criada, la cual ahora estaba de prostituta en el barrio chino de Barcelona, e incluso los detalles más truculentos de un crimen pasional cometido en la comarca que alteró el tedio de los veraneantes un par de años antes. Un marido celoso había matado a su mujer, una rica propietaria, sorprendida con su amante en la cama. El juicio y la sentencia habían levantado muchos comentarios. El asesino fue condenado sólo a un año de cárcel, que apenas había cumplido, y a seis de destierro. Al parecer esta parte de la pena la satisfacía hospedado ahora a cuerpo de rey en el hotel Voramar y desde allí dirigía sus negocios por teléfono.

Repantigado en un sillón de mimbre blanco frente al mar, el doctor Aymerich me decía:

—Conozco la historia de este hotel desde que se construyó en el año 1927. Durante la guerra fue hospital de sangre de las Brigadas Internacionales. Entonces le cambiaron el nombre. Se

llamaba hotel General Miaja. Aquí vinieron muchos artistas famosos a entretener a los brigadistas heridos en el frente de Madrid. Yo era médico adscrito al Octavo Regimiento y la noche en que cantó aquí el negro Paul Robeson me encontraba en esta misma terraza sentado al lado del novelista norteamericano John Dos Passos.

—¿Conoció usted a John Dos Passos de verdad? —le pregunté con la admiración del novato.

—Así es —me contestó el doctor sin darle demasiada importancia—. El primer día, al saber que yo era médico, Dos Passos me hizo una consulta. Me contó que sufría una diarrea muy pertinaz. Yo le dije que comiera algarrobas.

—¿Algarrobas, como un caballo?

—Naturalmente. En la vida pasan estas cosas, muchacho. Dos Passos tenía una colitis como cualquier mortal —decía el doctor Aymerich—. Le di el remedio que descubrí por casualidad durante una larga acampada con mi compañía del Ejército en la sierra de Espadán. La mayoría de los soldados estaba pasando por un episodio de gastroenteritis por haber bebido agua de un pozo contaminado. Un día en que el suministro de intendencia tardaba en llegar al vivac los soldados comenzaron a comer algarrobas cada uno por su cuenta. A la mañana siguiente la diarrea había desaparecido en todos los casos. Con algarrobas molturadas preparé un jarabe que todavía se vende en algunas farmacias. Lo tengo patentado. También lo hay en pastillas. De eso vivo. En realidad son mis únicos ingresos. A John Dos Passos, mientras el negro Robeson cantaba un blues, le dije que comiera algarrobas, ¿qué te parece?

—¿Lo hizo?

—Sí, lo hizo. Era un hombre muy sencillo. Él ya había estado aquí mucho antes de la guerra. A lomos de una mula anduvo por este litoral un verano cuando tenía veintiún años. Me dijo que había soñado con morir bajo este sol, a orillas del mar, abrazado por la tierra roja al pie de estos montes de rodano de las agujas de Santa Águeda. En aquel tiempo toda esta comarca estaba plantada de viña moscatel, mucho más que ahora. Debió de ser por septiembre, porque vio a unos jóvenes desnudos que pisaban la uva en un lagar para convertirla en mosto, con el que fabrican la mistela y el licor carmelitano los frailes del Desierto de las Palmas. Le parecieron dioses aquellos muchachos, por lo visto quedó impresionado ante aquella imagen pagana, la misma que aparece dibujada en las vasijas griegas. Unos años después, volvió aquí al saber que los españoles estábamos convirtiendo este país en una carnicería.

—Queda mucha viña aún, ¿no cree, doctor? Podríamos ser todavía paganos —dije, tratando de hacer una frase que estuviera a la altura de aquella tarde que caía envuelta en un color púrpura y la brisa con perfume de algas envolvía nuestras copas de granizado.

—Éstos no son buenos tiempos para el paganismo, muchacho —dijo el doctor—. Hoy la uva la pisan los propios frailes del Desierto de las Palmas sin quitarse el hábito de carmelita. Los dioses desnudos ya no están aquí. Hace ya muchos años que han huido.

El doctor Aymerich era feliz con tal de que le dejaras hablar sin importarte que se metiera en largas digresiones o se demorara en detalles irrelevantes. Gracias a sus pláticas, en las que a veces se sorbía la saliva en el momento de aspirar asmáticamente el resuello, me enteré de que John Dos Passos no quiso coincidir en el Voramar con Hemingway porque ya estaban peleados y andaban uno huyendo del otro, pero sí vino la escritora norteamericana Dorothy Parker, que era la diva de los círculos de intelectuales y artistas de Nueva York. La terraza estaba llena de milicianos y de brigadistas con piernas escayoladas y cabezas vendadas, todos mezclados.

Algunos asistían al concierto tumbados en camillas con heridas recibidas en el frente de Madrid. Parece que Dorothy Parker vivió aquí una intensa pasión de tres días con uno de los milicianos, un tal Juanito Ruano. Después del concierto de Paul Robeson cogió de la mano a este soldado convaleciente, que por lo visto era el más guapo de todo el hospital, y se lo llevó hacia la oscuridad de la playa.

—En el cristal de la alacena de Juanito Ruano —me dijo el doctor Aymerich— puede que haya una foto amarilla con la escritora cogida de su brazo y la cabeza doblada sobre su hombro, con el rostro feliz. El hombre se salvó de la herida de bala en la cabeza de puro milagro, pero no se ha recuperado aún de aquella aventura. Todavía va comando la historia por los bares de Castellón, y como nadie sabe quién era Dorothy Parker la gente lo toma por loco. En los hospitales de sangre el sexo suele ser frenético, muy desesperado. Este país olía a muerte por todas partes, pero en medio de la agonía en este hotel hubo momentos muy bellos y pasiones muy primitivas. Los mejores artistas y escritores del mundo en la guerra estaban de nuestra parte. Hemingway estuvo hospedado aquí al lado, en Villa Amparo, con una novia periodista muy guapa, Martha Gellhorn creo que se llamaba.

Las historias románticas entre las enfermeras y los brigadistas heridos, escenas llenas de fascinación, ocuparon mi imaginación durante mucho tiempo y en mis sueños de juventud me creía uno de aquellos escritores extranjeros que llegaron aquí como corresponsales de guerra, partidarios de la República. Gracias al doctor Aymerich aquel verano en la terraza del hotel experimenté una inmersión ideológica, tan excitante como los baños que me pegaba en el mar. La Guerra Civil no sucedió como me la habían contado. Aquel verano conocí el revés de una trama que daba por supuesto que los rojos eran los malos y los nacionales los buenos. A éstos los había visto dibujados como héroes altos, guapos, de ojos claros como Roberto Alcázar; los otros siempre aparecían sin afeitado, cejijuntos y con la mirada torva dispuesta a cometer cualquier maldad.

De niño, en casa había oído mil veces a los mayores comentar los desmanes que se cometieron en el bando rojo. La retahíla era siempre la misma. La iglesia del pueblo fue asaltada y convertida en bar; las imágenes ardieron en una hoguera en la plaza; un miliciano regaló a su novia unos pendientes que había arrebatado de las orejas de la Virgen del Carmen; una mujer vestida con la casulla del cura comenzó a bailar en el altar con otra miliciana que se había hecho unas enaguas con los roquetes y sobrepellices de encaje que sacó de los armarios de la sacristía; un grupo de jornaleros jugó al fútbol con la cabeza del Agnus Dei y un tipo se fabricó un gallinero con las columnas corintias de pan de oro del retablo del altar mayor; durante un mitin un anarquista voluntario de la columna de Durruti que se iba al frente de Aragón prometió al público desde el balcón del Ayuntamiento que traería el dedo meñique de la Virgen del Pilar como botín de guerra; al cura párroco lo sacaron de casa mientras se estaba afeitando y lo balearon en una cuneta con media cara enjabonada.

Estos relatos ya no me causaban ningún efecto porque después de los años los había asimilado a los postres de helados y pasteles de la sobremesa, pero a veces mi padre los repetía acongojado en las noches de invierno junto a la chimenea con el viento ululando en las ventanas y entonces me estremecían como si fueran cuentos de lobos. En cambio, no había leído ningún libro todavía que me desvelara lo que había sucedido en el bando nacional, nadie me había contado la represión que

funcionó al acabar la guerra como una máquina metódica e implacable de represalia, con decenas de miles de fusilados republicanos contra las tapias de los cementerios, miles que agonizaron en las cárceles, miles que fueron aventados al destierro. A los diecisiete años ni siquiera sabía que García Lorca había sido pasado por las armas en un barranco de Granada y que Miguel Hernández había muerto en un penal. Los crímenes franquistas estaban entonces envueltos en el silencio y en las canciones patrióticas que cantábamos los niños en la escuela, pero a medida que el doctor Aymerich me iba revelando el pasado y las cosas terribles que sucedieron en el bando franquista, algunas de las cuales aún estaban todavía vigentes a nuestro alrededor, sufrí la misma angustia que experimentaba de niño cuando entraba en una gruta oscura llena de sombras inquietantes que me atraían y al mismo tiempo me causaban terror.

Aquel verano de 1953 yo pasaba por estados de melancolía, que trataba de salvar con el deporte. Me machacaba en un frontón cerca del hotel y consideraba que no había cumplido con mi deber si no sorbía con el máximo placer la última gota de sudor muy salado que me caía sobre los labios desde la punta de la nariz. También me excitaba el silencio de la naturaleza cuando me perdía por el monte, desde donde divisaba la línea azul del mar. Creía que el mar contenía todo cuanto podía desear, aventuras, travesías interiores, navegaciones imprevistas a la isla del tesoro e incluso una especie de misticismo que podía sustituir a Dios, que ya se estaba alejando por el horizonte. Trataba de analizar mi incipiente agnosticismo. ¿Por qué, de pronto, había perdido la fe? No podía explicarme aquella sensación de vacío. Un buen día Dios se esfumó de mi cerebro sin dejarme ninguna herida salvo la melancolía. No obstante, la pérdida de Dios fue suplantada por un estado de euforia que me invadía a veces con una sensación de omnipotencia juvenil. Bajo la plenitud de los sentidos el mar navegable, entre la belleza y el abismo, lleno de placeres y de peligros, ocupó mi mente como una conquista, pero tampoco encontraba salida en ese laberinto de placeres inaprensibles que me envolvía el diafragma. Al final todos mis deseos se disolvían en la abulia sin encontrar respuesta. Consumía muchas horas leyendo en la hamaca y a veces sentía una punzada en la boca del estómago al encontrarme con una página bellamente escrita e incluso me bastaba una sola frase, una imagen sugestiva para adorar a un escritor. La subrayaba, la grababa en la memoria, la repetía en voz alta. Dostoievski era mi héroe entonces, leía una y otra vez la convulsión con que describía el alma de Raskolnikov cuando sube por la mugrienta escalera de un patio de San Petersburgo con un hacha bajo el tabardo para descargarla contra el cuello de la vieja usurera, pero no lograba sacudirme la ansiedad sino imaginando que un día yo también escribiría historias de amor, de crímenes, de pasiones y de aventuras. Era una aspiración que guardaba en secreto y que sólo confesé con rubor al doctor Aymerich una tarde en que la puesta de sol era especialmente bella y pasaban cormoranes por un cielo herido. El doctor Aymerich, lejos de obsequiarme con una sonrisa irónica, como me temía, me tomó muy en serio, se puso muy contento, casi exaltado de alegría, y comenzó a darme consejos.

—Si vas a ser escritor escribe historias reales con palabras sencillas que te suenen verdaderas al oído, cosas que hayan sucedido a tu alrededor, que hayas visto o te hayan contado o que hayas imaginado después de haberlas gozado o sufrido. Cuando publiques el primer libro, si todavía estoy vivo, te regalaré un disco de Glenn Miller de 1932, el primero que grabó su orquesta. Es una melodía de swing con letra de Dorothy Parker titulada *Cómo iba yo a saber que esta felicidad era el amor*. Lo conservo como una joya. No tengo hijos. Nadie lo conservará

mejor que tú si un día...

En un cuaderno de tapas negras con una cinta roja de seda, en el hotel Vóramar, empecé algunos relatos que abandonaba al segundo párrafo. Creaba la escena truculenta de un crimen, la iluminaba con la luz de un farol en un callejón con niebla, hacía brillar un puñal en la oscuridad, caía un sujeto asesinado en una acera lleno de sangre, la silueta del asesino se perdía por la primera esquina y ya no se me ocurría nada más. Quedaba paralizado sin saber cómo seguir. Otras veces lo intentaba por el lado galante y describía un jardín romántico con un columpio donde se balanceaba una muchacha vestida con muchas gasas y sombrero de paja adornado con un pomo de rosas como una figura femenina de Renoir. Nada. Tampoco funcionaba. Pero una tarde tuve una idea que me pareció brillante y definitiva. Recordé los consejos del doctor Aymerich. ¿Qué necesidad tenía de imaginar nada? Podía describir el hotel Vóramar con todo detalle, los azulejos de Manises con la rosa de los vientos en la entrada, las lámparas de globo con volutas doradas, los muebles, las alfombras, las cortinas floreadas, las ninfas de escayola, el león que guardaba la escalinata, las conversaciones anodinas de los veraneantes sentados en la terraza frente al mar y a mí mismo contemplando desde la terraza de la habitación el rodaje de la película. La adolescente protagonista a veces se cruzaba en la escalinata con la hija del matrimonio francés, una muchacha de una belleza muy moderna que ese verano se convirtió, sin duda, en la presencia erótica de la playa. Podía imaginar cómo sería su vida si un día lograba alcanzar sus sueños. Podía convertirla en una gran estrella de París o en una madre de familia numerosa de clase media, que contaba a sus vecinas con orgullo lo bien que le salían las croquetas. Empecé la historia describiéndola como la chica de la playa que montó un escándalo por llevar el primer biquini de la historia de nuestro país y exhibirlo con una inocencia explosiva. Después lo había sustituido por un traje de baño, el único modelo que no llevaba tirantes y recogía los senos como dos cucharadas de flan y apoyado milagrosamente en ellos contra la ley de la gravedad permitía ver toda la espalda y los hombros desnudos llenos de pecas rosadas. Quise darle el nombre auténtico, en el relato y pregunté como se llamaba. En recepción me dijeron que su padre estaba inscrito en el hotel como señor Bardot. Ella se llamaba Brigitte. No me gusta a su apellido. En vez de Brigitte Bardot la llamaría Antoinette Pascal, que sonaba más literario. Su gran hazaña consistía en ser la única chica de la playa que lograba mover la cabeza de madera atornillada al cuello del ídolo franquista, a derecha e izquierda, cuando se paseaba por delante con el traje de baño rojo por el borde del agua. Aparte de eso no supe qué hacer literariamente con aquella criatura, salvo anotar las palabras libidinosas que soltaban algunos señores a su espalda contemplando con la baba caída las curvas mortales de su pantalón ceñido.

Los clientes del hotel Vóramar pertenecían a la clase media instalada en la tradición consolidada por el franquismo. Algunos señores se pasaban alborozados un catalejo de diez aumentos para escrutar en primer plano a las chicas en bañador tumbadas en la playa, que por otra parte estaban sólo a veinte pasos de distancia. Otros, en cambio, eran absolutamente púdicos, como un catedrático de Derecho Civil que en la tertulia de media tarde contaba sus hazañas en la cama de esta manera:

—En la facultad de Derecho, para explicar a mis alumnos la figura jurídica de la posesión, les cuento que yo nunca he visto a mi esposa desnuda. Tengo seis hijos y a todos los he engendrado a oscuras, con la luz apagada y la persiana bajada. Para cumplir Con el débito conyugal como

manda la Santa Madre Iglesia mi esposa coloca una sábana entre nuestros dos cuerpos con una abertura en la región conveniente para poder realizar nuestra unión y poseernos mutuamente. La posesión jurídica es otra cosa, ya lo sé, pero a mis alumnos les sirve este ejemplo para distinguirla de la propiedad.

Había algunos personajes en el Voramar que tenían una historia dramática detrás, según el doctor Aymerich. María, la cocinera del hotel, una mujer de mediana edad, acudía al trabajo todas las mañanas montada en una bicicleta roja, marca Orbea. La ataba con una cadena junto al poyete del león en la escalinata y de vez en cuando salía del obrador o se asomaba por la ventana de la cocina para vigilarla por miedo a que se la volvieran a robar. Sus compañeros de trabajo sabían que amaba su bicicleta como si fuera un ser vivo, pero nadie conocía el triste episodio de su vida que había detrás de esta obsesión. El pez gordo del régimen, cuando quería quedar bien con unos invitados de compromiso, requería al director del hotel que le prestara a María para guisar alguna paella. Nunca le fue negado ese favor.

El Voramar tenía también como cliente habitual a un cuarentón muy atractivo y simpático cuya labia excitaba a algunas mujeres maduras. El tipo era objeto de comentarios en voz baja porque había veraneantes que estaban en el secreto de su pasado. Se llamaba Ricardo Seisdedos y también obedecía al nombre de Richard el Guapo. Vestía ropa cara, usaba gafas manolequinas, encendía los cigarrillos Pall Mall con un Dupont de oro, usaba un reloj cronómetro con seis o siete manecillas, tenía un Mercedes blanco descapotable y su mayor dedicación consistía en llevar de excursión al Desierto de las Palmas, a las Playetas de Bellver o a cualquier rincón de Oropesa a alguna jovencita que se dejara seducir en la playa a la hora del baño. La chica francesa había sufrido su persecución, hasta el momento sin éxito, pero Seisdedos le había asegurado a un camarero que la francesa caería en sus brazos.

—¿Qué te apuestas a que un día me la llevo por ahí en el descapotable? ¿Van mil pesetas?

Le gustaba jugar duro. Había intentado montar una partida de póquer en el hotel, hasta que un día descubrió que había una timba en el Casino Antiguo de Castellón y acudía allí muchos días después de comer hasta altas horas de la madrugada. Se pasaba las mañanas hablando por teléfono en conferencia con su encargado de negocios. En los sillones de la terraza se le veía a veces haciéndose el galán con una mujer lánguida y solitaria que solía llevar por las tardes una pamea negra con dos rosas rojas.

Y después estaba el viejo coronel en la reserva, Alberto Morata, que salía todos los días a navegar en su velero atracado en el Náutico de Castellón y que iba de lobo de mar con su polo desteñido, el pantalón de loneta y su gorra hanseática, ajada por el salitre, que adquirió en un club de yates de Hamburgo, a juego con su bolsa de lona, según contaba a quien quería oírle. Las trifulcas con su mujer constituían uno de los espectáculos de verano. A mí solía palmearme las costillas con rudeza y después de soltar media blasfemia y algunas palabras cariñosas en italiano ensayaba ante mis narices unos golpes de boxeo en el aire. Llevaba la cabeza rapada, muy soleada, pero tenía los brazos muy peludos y lucía un bigote de tártaro. Mi tío Benjamín un día me dijo:

—Anda con cuidado con el coronel porque parece que le gustan los chicos.

Era una apreciación dudosa, porque el coronel cruzaba también apuestas con Seisdedos sobre que un día se llevaría a la chica francesa al mar en su velero. El Mercedes blanco descapotable y

el velero de 31 pies eran dos armas de combate.

A la hora de escribir el problema se complicaba porque entonces yo le daba mucha importancia a la eufonía de las palabras, al ritmo de cada frase, procurando que no se repitiera un vocablo en toda la página. Ese trabajo comenzó a parecerme una tortura, que resolvía gritando o dando paradas a las sillas. En cambio, leer y oír historias, inventarlas y recrearlas en la imaginación antes de coger cada noche el sueño fue uno de los placeres en que me inicié aquel verano.

Muy cerca del hotel Voramar pasaba el tren. De hecho, temblaban las lámparas, los cristales, las vajillas y los muebles de la habitación cuando sus hierros trepidantes cruzaban casi por debajo de las ventanas y al alejarse su fragor era sustituido por un silencio compacto de posguerra, y pasado el estruendo, dentro de aquel silencio se oía la respiración del mar, los latidos del oleaje, unas veces suaves, otras agitados por la fiebre del abismo. De noche el silbato del tren tenía un sonido desgarrado y lastimero, que parecía llegar desde la profundidad de un tiempo muy remoto y luego se perdía soltando carbón incandescente en el espacio para mí inalcanzable. Era una llamada que a veces se confundía con mi deseo de escapar. Estaba decidido a hacerlo. Un día descubrirían mi cama deshecha y vacía. Habría salido de casa con cuatro camisas y dos pantalones en la maleta, de madrugada, furtivamente con pasos blandos, y en la cuneta de la carretera general señalaría el norte con el dedo a un camión que se dirigiera a Francia y pasaría la frontera escondido entre cajas de fruta como un polizón.

En el hotel pasaba las vacaciones un anciano de ochenta años, postrado en una silla de ruedas, que recibía cada tres días un mazo de cartas color de rosa, selladas en distintas ciudades del mundo. Aquel parálítico, aun sin poder moverse, era de una elegancia extrema. Vestía traje blanco, corbata negra y sombrero panameño. Cualquier ademán que hiciera denotaba una educación exquisita. El primer día lo confundí con un figurante de la película. Se llamaba Gabriel Casamediano y estaba en el hotel con una hija y dos nietos ya maduros. Desde el primer momento, sin pedírselo, me ofreció unos sellos para que iniciara una colección. Los arrancó de aquellas cartas cuyos nombres me sonaban maravillosos al oído. Nueva Orleans, San Francisco, Hong Kong, Karachi, El Cairo, Nairobi, Marrakech. Yo le decía al doctor Aymerich:

—Cuando miro esas ciudades en el atlas con sus mares lejanos, parece que están a mi alcance con sólo señalarlas con el dedo. Las imagino llenas de emociones y de aventuras. Un día me iré.

—Vete si quieres, pero antes mira si hay algo que valga la pena a tu alrededor.

—En Castellón no hay nada, doctor, nunca pasa nada. Por aquí sólo pasa el paralelo cuarenta y el meridiano cero —exclamé con un falso desánimo sólo por hacer un alarde de ingenio.

—Bueno, ¿te parece poco? —exclamó el doctor con el énfasis de quien acaba de descubrir un hecho muy importante que había ignorado.

Aquella obsesión por huir tomó sentido durante esas vacaciones después de que fuera llamado por mi padre ante su escritorio presidido por un crucifijo de marfil de buen tamaño. Sobre su carpeta de cuero tenía un libro ilustrado que había descubierto entre mis cosas. Era una biografía del pintor Modigliani. Con el ceño muy duro, puso las manos sobre la tapa y al abrirlo apareció un desnudo femenino: una mujer tumbada, color fucsia, de cuello largo, ojos acuáticos, el rostro de ídolo africano, con el vello del pubis brotado entre unos muslos largos y poderosos.

—¿Y esta porquería? —me preguntó mi padre con la cabeza baja, los ojos cerrados y una ira

contenida.

—No es una porquería. Se trata de...

Opté por guardar silencio. No había posibilidad alguna de explicarle que aquella reproducción era una obra de arte pintada por un artista insigne. Mi padre me obligó a acompañarle a la cocina y en mi presencia apartó el puchero donde hervía un potaje de garbanzos y arrojó al fuego el libro de Modigliani mientras murmuraba entre dientes que así ardería en el infierno si seguía por el mal camino.

A partir de ese momento nuestra incomunicación se convirtió en un espacio consolidado. Al salir de su cuarto tomé la determinación de huir de casa y no detenerme hasta llegar al lugar de París donde aquel cuadro había sido pintado. Me pregunto qué habría sido de mí si hubiera llegado a Montparnasse como un prófugo del servicio militar sin dinero y con el corazón limpio. Habría conocido a Albert Camus, habría oído cantar a Juliette Gréco, habría escrito cuentos en los cafés como Hemingway, habría tomado calvados y habría lucido un jersey negro de cuello alto como Yves Montand, habría silbado *Las hojas muertas* por el puente de las Artes y me habría afiliado al Partido Comunista. O me habría destruido por un espejismo. La guerra había ahuyentado hacia el exilio a los catedráticos, intelectuales, escritores y artistas más solventes, según me había hecho saber el doctor Aymerich. En España ya no quedaban maestros.

Estaban las historias que oía, los relatos que leía, las experiencias que sentía como forma de llenarme las venas en aquellos primeros años de aprendizaje. Como no había escrito nada todavía, imaginaba que ya lo había escrito todo. Tumbado boca arriba en las noches de verano, miraba las constelaciones y fiaba mi destino literario a las vagas estrellas de la Osa. Los cuentos que me contaron junto al fuego de la chimenea en invierno tenían más emoción si golpeaba el viento en los cristales o si imaginaba el aullido de un lobo en la oscuridad. Lo mismo sucedía en las noches de verano. Cualquier historia contada a la luz de la luna sintiendo las constelaciones encima, cada una con su nombre, me henchía el corazón adolescente y todas las pasiones, sueños y aventuras parecían posibles.

Una de aquellas noches, al terminar el trabajo en la cocina, María salió del hotel y se dirigió al poyete del león para coger la bicicleta que la llevaba a casa. El doctor Aymerich la llamó desde la terraza. Después de presentarme a ella con cierta formalidad, la mujer se sentó con nosotros frente a los focos de rodaje, cubiertos con diversas lonas como fantasmas. El doctor le hizo algunas preguntas. Ella dijo que el conde la había llamado también este año para preparar la chocolatada de final de verano. Y después a la luz de la luna llena, que coincidía con la fiesta de San Lorenzo, comenzó a contar cosas de su vida. Era una de aquellas noches en que el cielo estaba lleno de lágrimas, que también se llaman estrellas errantes.

La mujer de la bicicleta roja

Recién acabada la siega, por una llanura castellana, bajo un sol que sacaba un fulgor metálico a los rastros, caminaba María con un hatillo en la espalda. Caminaba por una carretera general de adoquines descarnados, por donde de vez en cuando pasaba un campesino subido a un jumento o un descalabrado autobús de línea con maletas de cartón en la baca dejando atrás una nube apesosa. Después quedaba todo el paisaje en silencio, a merced de algún graznido de cuervo que volaba muy alto. María no pedía a nadie que la acercara a su destino; parecía determinada a agotar a pie un largo camino con sus propios pasos, a solas con sus pensamientos.

Tenía entonces treinta y dos años y muchos arrestos, estaba flaca de hambre y su belleza era adusta, como ahora. Aparte del pequeño fardo anudado con una cuerda de esparto, daba la sensación de ir cargada también con el peso de la mala fortuna. Había ido en tren a Madrid a ver a su marido, pero su marido ya no estaba allí. En Madrid le habían dado un papel con su nuevo paradero. Como no tenía dinero decidió hacer el camino a pie, y agotadas las viandas que se había preparado en casa, venía hurtando de aquí y de allá cualquier fruta que le ofreciera el campo a ambos lados de la cuneta. Vestía una falda marrón y una blusa blanca, ya empapada de sudor, y unas sandalias con suelas de caucho que comenzaban a oler a quemado de tanto andar.

Durante toda la mañana no había oído ladrar a un solo perro ni había visto un solo árbol ni un arbusto ni una casa, nada. Para sobrevivir recogió entre los ramojos algunas espigas de trigo, como Ruth en el Antiguo Testamento; las desmenuzó con los dedos, molió los granos en la boca para engullirlos como harina amasada con saliva y con el jugo de higos chumbos y de algunas moras. A veces se levantaba una abubilla desde el barbecho o pasaba un bando de torcaes.

Después de mucho camino, hacia el mediodía, en el horizonte se desarrollaron unos nubarrones negros y hubo un primer relámpago seguido de un trueno largo y difuso. Antes de que empezara a llover el aire traía desde los montes de Toledo olor a tierra mojada. La tormenta pronto tomó cuerpo. Cayeron las primeras gotas, pesadas como monedas de estaño y muy separadas, pero enseguida arreció la lluvia compacta, que María agradeció porque le iba a apagar el fuego que se le había metido en los huesos. Algún pájaro rezagado chillaba buscando refugio y aprovechaba el vuelo para beber en el aire. María hizo lo mismo que cuando era niña. Abrió la boca mirando al cielo y notó que le llovía hasta el fondo de la garganta y el agua le llegaba al corazón. De niña le gustaban las tormentas de verano que se destapaban de noche y también a la hora de la siesta. Al levantarse de la cama todo chorreaba en el patio, los aperos, las macetas de geranios, la bicicleta que había olvidado a la intemperie. De pronto le vino otra vez el mismo pensamiento: ¿en qué manos estaría ahora su bicicleta roja? No la había olvidado después de siete

años y de tantas desgracias.

La tempestad arraigó muy fuerte y no tenía trazas de amainar. Por suerte la mujer descubrió los perfiles borrosos de una casamata a la que pudo acceder por un sendero después de saltar una cerca de piedra viva. Allí se encontró con un pastor refugiado debajo de un pequeño voladizo de hormigón. Tenía delante a las ovejas en un aprisco soportando el diluvio. El pastor hizo un gesto amigable a la mujer desconocida y permaneció ensimismado mirando la llanura bajo el aguacero, con las manos apoyadas en el cayado de olivo. María guardó también silencio mientras se escurría el pelo esperando a que el hombre hablara. La lluvia caía con furia sobre el rebaño de ovejas, sobre los cuadros de rastros, y más allá sobre unos barbechos y más allá todavía sobre una extensión de girasoles que se perdía de vista sin un ligero altozano que cortara la circunferencia del horizonte, que ahora se hallaba difuminada por una bruma de agua. La tierra parecía jadear de placer ante la ferocidad de la batalla de nubes, pero cada chasquido de la tempestad le arrancaba al pastor una imprecación entre dientes. A simple vista parecía un hombre a quien la naturaleza le hubiera cruzado el cuerpo de arriba abajo.

—El verano pasado una chispa me mató tres ovejas —fue lo primero que dijo—. Si hoy me vuelve a matar alguna haré un fuego y nos asaremos unas chuletas, je, je, je.

Rio el pastor con dientes amarillos, y luego se levantó, sacó una cantimplora y unos botijos del interior de la casamata y mientras los llenaba con el chorro que caía del voladizo, preguntó a la mujer de dónde era y qué la había traído por aquellos parajes. María le dijo que era de un pueblo del Mediterráneo, sin más. Había llegado en tren hasta Madrid. Se había quedado sin dinero y desde Madrid venía caminando desde las seis de la mañana. Se dirigía al presidio de Ocaña.

—Eso es malo —murmuró el pastor.

—Muy malo, sí, señor —contestó María.

—¿Y no tienes a nadie que te lleve? Andar a pie una mujer sola por la carretera es peligroso en estos tiempos, joder.

María volvió a recordar aquella bicicleta con la que iba a la Escuela Normal de Castellón, donde era la alumna predilecta de la profesora de pedagogía. La bicicleta era de color rojo, marca Orbea, se la regalaron sus padres cuando cumplió quince años y María la consideraba el símbolo de la libertad, porque le servía para ir a la escuela a aprender y en verano iba en ella a la playa. Acababa de hacer el ingreso en la Normal cuando empezó la guerra. Quería ser maestra.

La tempestad persistía con toda su fiereza. La tierra bebía, bebía hasta el corazón de los alacranes, hasta el fondo de las serpientes. Después los truenos se fueron espaciando hasta llevarse la tormenta hacia poniente y al final volvió a brillar el sol con toda la furia de agosto y el campo siguió oliendo a tierra mojada durante un tiempo y todo empezó de nuevo. Bullían los insectos otra vez. Trepaban los caracoles por las virutas de hinojo. Asomaban la cabeza algunas lagartijas entre las grietas. Bebían en un charco las avispas y las hormigas volvían al trabajo. Ahora una nube larga del horizonte parecía un mar en llamas.

María se quitó las sandalias embarradas y después de dudar un momento se fue detrás de la casamata y, viendo que tenía un vano a modo de puerta, entró en ella para quitarse el vestido empapado de lluvia. En la casamata había un jergón, unas mantas y, colgados de un clavo, unos pantalones, una camisa y una zamarra. A través de una aspillera, cuya luz partía en dos el pequeño recinto de hormigón, le preguntó al pastor si podía usar su ropa. Sin esperar respuesta, cuando el

pastor volvió la cara descubrió a María descalza, vestida con sus pantalones y una de sus camisas. El pastor la miró sin el menor gesto de sorpresa, pero tal vez imaginó el cuerpo desnudo de la mujer bajo su ropa mientras ella dejaba al sol, sobre una zarza, la falda, la blusa, el sostén y las bragas empapadas.

—Te diré una cosa. El campo, con el cielo tan alto y la tierra tan ancha, a veces también es una cárcel. A veces paso semanas sin ver a nadie, sin hablar con nadie, sólo con las ovejas. A mis setenta años aún no sé cómo es una mujer por dentro —dijo el pastor.

—No se pierde nada. ¿Es suyo este refugio? —preguntó María.

—Esto es un antiguo nido de ametralladoras de la guerra. Desde este fortín se cubría el cruce de carreteras. Lo he habilitado como cabaña. No se está mal aquí, mientras no venga el ejército enemigo a echarme. Si te gusta, puedes quedarte. Este refugio ya pertenece a todo el mundo. Habría que pintarlo y adornarlo un poco.

El pastor sacó una navaja y cariñosamente le acercó la hoja abierta a la cara. La mantuvo así unos segundos y con el filo le dibujó una cruz en una mejilla. Cuando la mujer temía que podía perjudicarla en un arrebato, el pastor bajó la hoja hacia una hogaza y le preguntó:

—¿Llevas comida en ese fardo?

—Nada.

—Algo llevarás.

—Nada. Cosas mías.

—Toma —exclamó el pastor después de rebanar un pedazo de pan y una rodaja de embutido que acababa de sacar de un zurrón—. Eres joven y parece que tienes buena salud, pero estás muy flaca. Son los tiempos. Si las cosas no te salen como esperas, desandas el camino, te vuelves a este nido de ametralladoras y me ayudas a morir, y cuando estire la pata te quedas con las ovejas. ¿Qué te parece?

—¿Qué iba a hacer yo en medio de este yermo en un nido de ametralladoras?

—Podrías ver cómo amanece y cómo se va el sol, podrías ir al horizonte y volver.

—¿Y qué más?

Después de compartir la vianda María recorrió un sendero, cogió unas flores silvestres y se las ofreció al pastor. Luego se acercó a la zarza, comprobó que la ropa ya se había secado, se cambió en el interior del nido de ametralladoras y se dispuso a emprender de nuevo el camino con sus pertenencias al hombro. A cambio de las flores todavía mojadas el pastor le regaló una cantimplora llena de agua de lluvia y algo de comida. Le dijo que para ir a Ocaña había un atajo que le ahorraría algunas horas de camino. María se alejó por el sendero embarrado y antes de saltar la barda de piedra viva volvió el rostro para despedirse con la mano y vio que el pastor estaba oliendo la camisa y los pantalones una y otra vez de forma obsesiva. Hundía la cara en aquel amasijo de ropa y luego se quedaba mirando hacia lo alto como venteando una pieza imposible que había cruzado el cielo.

María siguió su consejo. Un par de kilómetros más adelante, al llegar a un monolito levantado junto a la cuneta en honor a José Antonio Primo de Rivera, dejó la carretera general para torcer a la izquierda por un sendero que se extendía infinitamente entre maizales, viñedos y baldíos. Después de mucho andar el sol dejó de quemarle la espalda y el cielo se puso de color sangre al doblar la tarde. Cuando el aire estaba entre dos luces, primero apareció el planeta Venus por la

parte de poniente y al final la luna llena iluminó una carretera con algunos chopos en la vereda, y al cabo de una hora más aparecieron las bombillas mortecinas de un pueblo donde se estaba celebrando una verbena de la Virgen de Agosto. Guiada por la música, María se apartó de la carretera y se adentró por la primera calle hasta una plazoleta. Allí danzaban unas parejas a los sonos de una orquestina en una pista empedrada bajo farolillos y gallardetes con los colores de la bandera nacional. María permaneció de pie en el corro de vecinos oyendo varios pasodobles con la memoria perdida y al rato descubrió que desde el otro lado de la pista un joven la miraba con mucha determinación. Ella apartó los ojos. Luego se volvieron a cruzar las miradas y María no dejó de estremecerse con el recuerdo que le traía el rostro de aquel hombre. Él le hizo un guiño y ella le devolvió una sonrisa ambigua. Luego el joven insistió con otro gesto amistoso. La invitó a bailar moviendo cómicamente las caderas, y ella negó con la cabeza. Finalmente el hombre se le acercó, pero María, después de dudar un poco, le dijo:

—Llevo caminando todo el día. Me duelen los pies.

—¿De dónde eres?

—Ya no lo sé. Me he olvidado. Voy a Ocaña. ¿Queda mucho camino?

—¡Qué dices! Este pueblo es Ocaña.

En ese momento sonaba el pasodoble *El gato montés*, el mismo que María bailó el día de su boda con su marido en aquel pueblo del Mediterráneo. También lo bailaron muchas veces de recién casados en plena Guerra Civil, cuando ya convertido en oficial regresaba del frente y había alguna fiesta. A su memoria volvieron aquellos mismos farolillos con los colores de la bandera republicana.

—¿Te puedo ayudar en algo? —le preguntó el joven.

—Vengo a ver a mi marido, que está preso.

—¿En el penal?

—Sí, en el penal. ¿Qué otra cosa hay en Ocaña?

—Aquí hay más cosas, mujer. Hay de todo, capeas, procesiones, cohetes. Y vino. Estamos en fiestas. Tómate algo conmigo. Te invito —dijo el joven.

—Si me quieres ayudar, llévame a la puerta del presidio —dijo María de forma muy determinada.

Por unas callejuelas oscuras, el joven guio a la mujer hasta un paredón pegado a la carretera general. A la luz de la luna María buscó acomodo para echarse a dormir a la puerta de la cárcel sirviéndose del pequeño fardo como cabezal, y el joven, después de pedirle permiso, se sentó en el suelo a su lado con la espalda apoyada en el muro y encendió un cigarrillo. Ladraban unos perros, croaban unas ranas, y entre los grillos sonaban los pasodobles de la verbena. María hizo ademán de enjugarse unas lágrimas con el dorso de la mano.

—No me hago a la idea de que está ahí dentro, tan cerca. Parece que lo siento respirar. Ahora estará oyendo esta música también.

—¿Sabe que vienes a verlo?

—No sé. Escucha una cosa pareces un buen chico, pero no esta bien que te quedes aquí.

—Acabo el pitillo y me voy. No hace falta que digas nada. Si miras alrededor verás muchos bultos oscuros. Son mujeres que duermen al raso esperando que abran el presidio. Todos sabemos lo que pasa. En el pueblo estamos acostumbrados. Cada uno cumple un destino. Eres una más.

El joven le dijo que estudiaba el último curso de Magisterio y la mujer se sintió reconfortada al oírlo. Quería ser maestro, como su marido. Llevada por ese sentimiento María comenzó a hablar, a hablar, sin poder contenerse, como si confiara sus recuerdos sólo a la oscuridad de la noche.

Se había casado con José Manuel el día 17 de julio de 1936. Él acababa de sacar la carrera de maestro en la Normal. Aún no tenía plaza. Aunque era anarquista militante, se casaron por la Iglesia para no contrariar a la familia. En la boda bailaron pasodobles. Después del convite cogieron el tren a Barcelona para pasar la noche de bodas en casa de unos primos. Era sábado, lo recordaba muy bien. A eso de las siete de la tarde, con un calor espantoso, el tren se detuvo una hora en el apeadero de las villas de Benicasim. Se veía el mar muy cerca entre los pinos. En la terraza del hotel Voramar había verbena y los veraneantes bailaban el pasodoble *El gato montés*, el mismo que la pareja de novios y los invitados habían bailado alrededor de la tarta nupcial por la mañana. En el tren la gente estaba muy resignada, creían que se trataba de una avería, pero después de una hora de estar parados los pasajeros vieron a un hombre muy bien vestido con chaqueta y corbata que llegó al apeadero gritando: «¡Golpe militar, golpe militar, se ha sublevado el general Franco en África, se ha levantado Mola en Navarra!». No estaba claro si gritaba de miedo o de alegría, pero comenzó a correr y sus gritos se perdieron poco a poco hacia la terraza del hotel y enseguida dejó de oírse la música y se produjo una desbandada de aquella gente que estaba bailando tan feliz. Y entonces el tren comenzó a recular hasta la estación de Castellón. El novio iba callado y al llegar de nuevo a casa, donde aún quedaban en la alacena restos de la tarta de merengue y chocolate y todos los farolillos de la fiesta en el patio, se dirigió a un armario del desván y sacó la escopeta de caza. José Manuel comenzó a limpiarla y a darle grasa en silencio, muy reconcomido por dentro. «¿Qué vas a hacer?», le preguntó la novia. «Lo que está mandado», respondió el novio. Pero ella le dijo: «Hagan lo que hagan los militares, tú esta noche tienes otra obligación. Quiero que vengas conmigo a la cama y que te olvides de todo». Él contestó: «Eso ya no es posible». El marido se dirigió al bar de la CNT con la escopeta y el cinto lleno de cartuchos de perdigones para ponerse a las órdenes del sindicato y no volvió hasta las ocho de la mañana. La novia estuvo en vela contando las horas. Imaginaba que le podía pasar algo muy grave si se enfrentaba con los guardias del cuartelillo. Ya estaba el sol en la ventana cuando el novio volvió a casa. Traía colgadas del cinturón dos liebres que había cazado en la sierra de Espadán. «Éste es el regalo de boda», gritó lleno de alegría desde la puerta. Una partida de anarquistas desde el bar de la CNT se había echado al monte para verse con los fascistas y, no habiendo encontrado a ninguno, puesto que todos se habían escondido, se pusieron a disparar contra los conejos, liebres y alimañas. Después de esta inocente cacería el novio se acostó con la novia y le llenó los oídos de palabras bonitas. Le recitó incluso una poesía de Rubén Darío. En ese momento por la ventana entraba el sonido de una radio que daba las noticias del golpe militar. El marido se fue voluntario a la guerra y como tenía estudios lo llevaron a una academia en Villarreal y lo hicieron oficial en pocos meses. Cayó herido en el frente de Teruel y después de un año de no saber de él, terminada la guerra, lo vio sólo por la espalda sentado en el banquillo en un juicio sumarísimo que le hicieron en Madrid los militares de Franco.

—Y ahora mi marido está ahí dentro, en prisión —añadió María.

—Siento no poder ayudarte en nada —dijo el joven.

—Puedes hacerlo si quieres. Vuelve a la verbena y diles a los músicos que toquen otra vez el pasodoble *El gato montés* para que lo oiga mi marido desde la celda y le traiga buenos recuerdos de mí. Diles, por favor, que se lo dediquen a José Manuel Beltrán, de parte de María, su mujer.

El joven se alejó en la oscuridad sorteando bultos de mujeres que dormían en el suelo. María se puso a contar estrellas desvaídas a la luz de la luna y hasta el muro de la cárcel al poco raro llegó el sonido del altavoz de la verbena con las palabras del vocalista:

—Este pasodoble se lo dedica con mucho cariño a José Manuel Beltrán su mujer María, que ha venido a verle.

A continuación *El gato montés* se apoderó de toda la oscuridad de Ocaña y sin duda, saltando el muro, penetró también hasta las últimas galerías de la prisión mientras la gente del pueblo lo bailaba. En ese momento, en mitad del pasodoble, se produjeron varias descargas no muy lejos. Parecían descargas de fusil que llegaban confundidas con los cohetes de la fiesta de la Virgen de Agosto. Estaba segura de que los cohetes no sonaban de esa forma, pero María dejó de pensar en eso y se quedó mirando los fuegos artificiales mientras entre la música sonaban otras descargas de fusilería.

Se despertó con el sol en la cara. Se lavó en la fuente pública, comió sentada en el bordillo de una acera un trozo de pan con chorizo y se acercó a la puerta del presidio a esperar que se hiciera la hora de la comunicación. Había otras mujeres como ella pegadas al muro, guardando cola en silencio hasta la garita donde permanecía en pie un guardia civil con tricornio y naranjero. Cuando llegó el momento un guardia abrió el portón y María entró en el zaguán, donde tuvo que cumplir todos los trámites. Dijo que venía a ver a su marido, que se llamaba José Manuel Beltrán García. Tenía pedida la comunicación desde hacía tres meses.

—Vamos a ver. ¿Beltrán, dice usted? —preguntó el funcionario mientras deslizaba el dedo índice por unas hojas administrativas muy sudadas, y finalmente añadió—: Lo siento. Ese nombre no consta en esta lista.

—Llevo varios días de viaje. En Madrid me han asegurado que mi marido está aquí —exclamó la mujer.

El funcionario no era un mal hombre. No respondía en nada a la imagen del funcionario de prisiones de aquellos años de plomo. Estaba demasiado gordo para ser malo del todo. Con una sonrisa amable le dijo que esperara. En la escancia contigua, bajo un pestilente olor a zotal, se oía una algarabía de mujeres agolpadas a unos barrotes que hablaban a gritos a sus familiares, padres o maridos, quienes a su vez respondían también con gritos detrás de otros barrotes, separados unas de otros por un pasillo por donde caminaba un guardia civil arriba y abajo. Después de una larga espera, cuando ya había terminado la comunicación y el ámbito de la cárcel había quedado en silencio con lejanos golpes de rastrillos y cerraduras, el funcionario volvió con un expediente.

—Lo siento. No consta que su marido esté ya aquí. Anoche hubo un traslado de internos al penal de Chinchilla. Tendrá que ir allí, si quiere verlo.

—¿A Chinchilla? —exclamó María desesperada.

—Sí, a Chinchilla. Hacia el sur. Hacia Andalucía. Pregunte a alguien que lo sepa —dijo el funcionario para quitársela de encima.

Otra vez la carretera descarnada, abrasada por la canícula de Castilla, que se extendía entre

rastrojos y barbechos, campos recién arados con terrones negros como la hulla, los postes del teléfono, a veces una hilera de chopos junto a un regato agostado, el viñedo escuálido peinando sucesivas colinas, un paso a nivel con los rieles bruñidos del tren que se perdían hasta una cadena de montes oscuros que cerraba el horizonte, un camión destartado o un autobús de línea que dejaban atrás un gas apestoso o un jumento arreado por un campesino. Se levantaba algún grajo desde el sembrado o pasaba el bando de torcaces. La mujer llevaba la misma determinación en el ceño, como si el destino la impulsara sólo a caminar con el caucho de las sandalias hirviendo. Parecía una más en la cuerda de mendigos que llenaban los caminos en aquellos años de posguerra.

Hasta ese momento no se había cruzado con ninguna pareja de la Guardia Civil, pero eso sucedió esa mañana en medio de un erial bajo la luz violenta del mediodía. Primero vio a lo lejos dos puntos negros, que poco a poco fueron tomando figura y tamaño, y cuando los tuvo a cien metros de distancia divisó la forma triangular del tricornio silueteada a contraluz del sol y el naranjero apuntando al firmamento. La pareja de la Guardia Civil mandó que se acercara. Le preguntaron quién era, adónde se dirigía y qué cosa llevaba en el fardo. María les dio el nombre y filiación, les dijo que iba al penal de Chinchilla a ver a su marido, que estaba preso. Uno de los guardias le arrebató el hatillo sin mucho miramiento, deshizo el nudo de la soga y lo escarbó por su cuenta para saber qué contenía.

—¿Sólo esto? ¿No llevas comida?

—No.

—¿Y qué comes?

—Hierba.

—Mucho ojo. No andes robando nada por ahí, ¿estamos? No te mezcles con gitanos. Anda, sigue —dijo el guardia devolviéndole el pequeño fardo atado de nuevo con la soga.

—¿Queda mucho camino hasta Chinchilla? —preguntó la mujer.

—Se te van a reventar los pies, pero si no abandonas esta carretera, llegarás —dijo uno de los guardias, el mejor encarado.

Dormía cuando le vencía el sueño o el cansancio, por la mañana la despertaban los pájaros y llegó un momento en que apareció un tapial, luego un almacén de chatarra, luego unas eras donde aún estaban trillando y a lo lejos un campanario y un cerro coronado con un castillo de murallas redondas con muchas ventanas enrejadas. A la entrada del pueblo había un yugo y unas flechas de madera, algunos chopos de tronco encalado que contenían los perfiles estampillados de Franco y de José Antonio y en la fachada de la iglesia una cruz presidía una lista de los caídos por Dios y por España. La carretera atravesaba el centro del pueblo y María entró en un bar de mala muerte a pedir que le llenaran la cantimplora de agua. Mientras el dueño le hacía el favor le preguntó:

—¿Eres también artista?

—No, señor.

—Lo digo porque acaba de llegar al pueblo una caravana con gente de teatro y esta noche hay función. Estamos en fiestas.

—Para ser artista hay que llevar más alegría en la cara —comentó a su lado un tipo sentado a la barra en un taburete.

—Guapa sí es —dijo el dueño.

—Ponle una cerveza a esta chica de mi parte, Froilán —exclamó el tipo del taburete.

—Sólo bebo agua, gracias —dijo María.

—¿Andas sola por el mundo, o qué? En estos tiempos a Chinchilla una chica tan joven sólo puede venir a algo que yo me sé. Al penal a ver a un cabrón o a buscarse la vida haciendo algún favor. Habla claro. ¿Eres puta?

—¡Eh, eh! Anda, deja tranquila a la chica —dijo el dueño del bar al tipo del taburete—. Venga, mujer, la casa te invita a una ración de callos y a un vino de Jumilla en honor a la patrona del pueblo.

María devoró en silencio aquella vianda, mientras oía que en la calle un pregonero hacía bando anunciando el espectáculo. A la caída de la tarde se sentó en el rastrillo de la plaza y contempló el ajeteo de los cómicos que levantaban el tinglado. Al verla sola y desamparada uno de los saltimbanquis se acercó a hacerle una propuesta de cama y comida a cambio de que se dejara tirar cuchillos por un mago contra un tablón de corcho. María se negó, pero el guardia que acababa de pedir al jefe de la caravana los salvoconductos y el impuesto de la actuación, al tomarla por una actriz de la compañía, le preguntó si esa noche iba a enseñar las piernas. Cuando llegó la hora, en la plaza se congregó el público alrededor de un tablado formado con algunas maderas sobre cuatro bidones y unas bambalinas pintarrajeadas con máscaras y antifaces. María se situó en primera fila con el fardo en los brazos acunado como un niño.

Primero hubo un número de circo. Una niña caminaba una y otra vez sobre una cuerda floja tendida entre dos escaleras de mano mientras un trompetista de aspecto balcánico la acompañaba con la melodía de *Levando anclas* haciendo muchas pifias con su trompeta abollada. A este número siguió la actuación de unos contorsionistas que entraban y salían por el cuadro de una bicicleta plantada sobre tres banquetas superpuestas. Mientras María volvía a imaginar el paradero de su bicicleta roja y con el ánimo suspendido atendía después a la representación de un cuadro de *El puñal del godo* de Zorrilla, en medio de las voces de los cómicos sonó muy cerca el silbido desgarrado de un tren.

A continuación se representó un número de ilusionismo. Un mago vestido de chino emergió por detrás de las bambalinas arrastrando un gran baúl y el presentador pidió un voluntario del público señalando a María, que jaleada por los espectadores de alrededor se vio obligada a subir a empujones al entarimado. Fue recibida con un gran aplauso y el presentador la dejó en manos del mago, quien explicó al público qué iba a hacer con ella. La iba a partir en dos con un serrucho dentro del baúl.

En ese momento el tren soltó otro silbido aún más lastimero y desde el tablado María creyó ver, iluminados por el farol de la esquina, a una formación de hombres esposados por parejas que cruzaba el fondo de la calle. Se trataba de una cuerda de presos conducida a la estación por varios guardias civiles con el naranjero al hombro. Sus siluetas puntiagudas se estampaban en las paredes. El tren volvió a silbar. Sin pensarlo un segundo, María dio un salto y corrió hacia la esquina por donde pasaban los hombres maniatados y durante un trecho fue preguntando uno a uno si conocían a José Manuel Beltrán, maestro de escuela. Todos los presos negaban con la cabeza, salvo uno que trató de explicarle que había hablado con su marido, pero no consiguió precisarle su paradero porque la mujer fue arreada hacia un lado por uno de los guardias con la culata del fusil.

María había asistido a la función mientras por encima de los cómicos se oscurecía cada vez

más la sombra de un castillo, que era el penal donde su marido estaba preso. Cuando terminó el espectáculo y la plaza quedó desierta, los cómicos volvieron a los carrromatos y María quedó en medio de la soledad del pueblo. Orientada por aquella sombra de la montaña, fue ascendiendo hacia ella a través de callejuelas empinadas y hubo un momento en que sus pasos terminaron al pie de un muro y allí se tumbó de cualquier manera sobre un talud sirviéndose del hatillo como cabezal. Arriba estaban las estrellas y abajo el sonido de las ranas y los grillos. Al amanecer había otras mujeres como ella a la puerta del penal de Chinchilla. Cuando se hizo la hora de la visita la mujer entró en el zaguán y cumplimentó todos los requisitos formales, incluidas las miradas de desprecio. Esta vez la recibió un funcionario con dientes de estaño y malas pulgas.

—A ver, ¿cómo se llama el preso?

—José Manuel Beltrán García. Me han dicho en Ocaña que está aquí.

—Aquí hay más de tres mil cabrones de toda calaña. ¿Su marido ha sido ya juzgado?

—Pasó por un tribunal militar en Madrid —contestó la mujer.

—¿Cuánto le ha caído?

—No me pregunte. Me dijeron que le habían conmutado la pena de muerte por una condena de treinta años.

El funcionario consultó varias listas y al ver que el nombre no aparecía preguntó a un superior. Al rato volvió a asomarse a la jaula de la ventanilla.

—Ese preso no figura en ninguna parte. Lo más seguro es que se lo hayan llevado a la cárcel de Cartagena. Anoche hubo traslado. Pregunte allí.

María volvió de nuevo al camino. Iba por el borde de la carretera con el hatillo en la espalda, con la misma determinación en el ceño. Ahora la tierra parecía de cal fulminada, con montes y barrancos violentos, pero hubo un momento en que el horizonte se llenó de una vaga bruma azul, que ya era el mar, y aparecieron las palmeras. Cuando llegó a su destino era media tarde y paró en un bar al borde de la carretera, donde parpadeaban unas bombillas rojas. En el salón a media luz, detrás de la barra, había varias mujeres atendiendo a clientes sentados en taburetes frente a la consumición. Entró en aquel prostíbulo como una mujer derrotada por la vida, que finalmente parecía haberse abandonado al infortunio. Antes de que llegara a la barra le salió al paso una señora con un dedo de crema en la cara, la boca pintada en forma de corazón y cien kilos de peso. María le explicó que llevaba cuatro días de camino, a pie, desde que saliera de casa para ver a su marido, que estaba en la cárcel. Le habían dicho que se encontraba en Cartagena.

—He dormido en las cunetas, en los pajares. Ya no puedo más. Necesito una cama para morir —dijo la mujer.

—Tranquila —exclamó la gobernanta del prostíbulo.

—Por una noche, al menos. No llevo dinero.

—Tranquila, tranquila.

Necesitaba una cama para morir a como diera lugar, para olvidar que existía. La gobernanta del prostíbulo consultó con un hombre flaco comido de viruela que emergió de la trastienda, quien miró a María de arriba abajo como quien analiza una carne nueva de frescos.

—Que se lave y que se quede. Dale algo de comer —dijo de forma tajante.

—Has tenido suerte —dijo la gobernanta.

—Una cosa. No soy puta, ¿eh? Que quede claro.

—Eso ya se ve —dijo el flaco.

—Tranquila, hija, yo me encargo de que no te pase nada —dijo la gobernanta.

María devoró un bocadillo de calamares y luego fue guiada hasta la planta de arriba, donde había un pasillo con cuatro habitaciones de las que salían carcajadas. Se echó vestida en la cama y se durmió profundamente. Soñó que iba a la Escuela Normal con su bicicleta roja, la misma que la llevaba a la playa en verano. Quería ponerle un cestillo en el manillar para cargar los libros, pero se la requisaron al acabar la guerra con todos los bienes de la familia de su marido. Ahora la usaba un falangista del pueblo, quien se paseaba con todo descaro tratando de provocarla.

Hacia la medianoche despertó sin saber dónde estaba, pero mientras dormía, el tipo que, al parecer, mandaba en aquel negocio había realizado una llamada por teléfono en voz baja a alguien que tenía el privilegio de ser avisado el primero cuando llegaba una chica nueva. Se lo había ganado a pulso después de tantos favores como había hecho a la casa. Cuando María bajó al bar un poco aturdida, con sus pertenencias en la mano, vestida con la misma ropa, la falda marrón y la blusa blanca, antes de llegar a la barra fue requerida por el dueño del prostíbulo, quien la invitó a que entrara en un pequeño reservado para dar un poco de conversación a un señor bien trajeado, con bigotito y gafas de miope, que la esperaba detrás de una cortina verdosa. En el reservado había un sofá raído con unos cojines de cretona manchados y una mesita con una botella de champaña. Con una sonrisa complaciente, relamiéndose como un gato, el caballero le dijo:

—Siéntate conmigo. Tú y yo nos vamos a entender enseguida. Me dicen que has venido de muy lejos a ver a tu marido, que está en la cárcel.

—¿Qué quiere de mí? —le preguntó María.

—Eres muy guapa. ¿Qué imaginas que voy a querer?

—Señor Ribera —terció la gobernanta antes de correr una cortina—, esta mujer no es del oficio. Hágase cargo de la situación y tú, chica, no pierdes nada por ser un poco cariñosa. Tómate una copa.

—Yo puedo solucionararte cualquier problema a cambio de un pequeño favor —dijo el hombre poniendo la mano en el antebrazo de la mujer—. ¿Qué llevas en ese fardo?

—Nada. Mis cosas.

—Tienes que saber que yo soy una autoridad en la comarca. No creo que estés aquí por nada. Ésta es una casa de putas y tú no eres puta, pero tienes a tu marido en la cárcel, ¿estás de acuerdo?

—Sí.

—No te va a pasar nada. Puedo hacer algo por tu marido. ¿Y tú qué puedes darme a cambio, eh?

—No tengo nada.

—Sí tienes. Piénsalo bien. Aquí —dijo el caballero llevando su mano hacia los senos de la mujer.

—¿Cómo van las cosas, señor Ribera? —preguntó el flaco comido de viruela apartando de pronto la cortina.

—Necesita un poco de doma. Lo normal —dijo el sujeto.

Fue el principio de un largo y penoso forcejeo en el que María llegó a arañarle la cara a aquel cliente privilegiado, cosa que a él le excitó aún más. La mujer se sentía humillada hasta el fondo de la desesperación, pero dentro de ella aún encontró fuerzas para resistir. Pensó que si perdía la dignidad, todo habría terminado, el cielo y la tierra se fundirían en su cabeza y se haría para

siempre la oscuridad. La batalla sobre el sofá terminó cuando al sujeto se le cayeron las gafas al suelo y se puso a cuatro patas para buscarlas. En aquella terrible lucha María podría jurar que no había sido violada, aunque recibió toda la baba de aquel jabalí en la cara y le quedaron restos de semen en los muslos y entre las bragas desgarradas. Ante los gritos que se oían desde la sala detrás de la cortina, se acercó la gobernanta y dijo:

—Señor Ribera, esta mujer está demasiado cansada. Y tú, deja ya de llorar.

—Esta zorra me ha roto las gafas.

—Perdóneme —exclamó María.

—Nada. Volveré por ti mañana —dijo el señor Ribera dándole un suave pescozón de despedida.

—Tranquila, tranquila, deja de llorar, esta noche dormirás en mi cama —dijo la gobernanta.

Al día siguiente, a las diez de la mañana, María se presentó en la puerta de la cárcel. Otra vez el olor a zotal en el mismo laberinto de otros días condujo a la mujer de un funcionario a otro, de un expediente a otro, de un cuarto sucio a otro más desconchado, y al final ya era mediodía cuando se encontró sentada con el hatillo en brazos en un banco corrido ante una puerta distinta de las demás, de cristal velado, propio de alguien que mandaba en el establecimiento. Después de media hora de espera se abrió el despacho y un celador la hizo pasar. Detrás de la mesa estaba el funcionario señor Ribera, trajeado, con una patilla de los lentes de miope pegada con un esparadrapo y el arañazo visible en la mejilla.

—Otra vez nos hemos encontrado. Eso querrá decir algo —exclamó con una sonrisa macabra.

—No sé —murmuró María.

—Viene usted en busca de su marido, ¿no es eso? Un maestro anarquista llamado José Manuel Beltrán García, juzgado por un tribunal militar en Madrid, etcétera, etcétera.

—Así es.

—¿Y cómo es que ha venido hasta Cartagena?

—Me dijeron que lo habían trasladado aquí.

—Señora, siento decirle que su marido fue fusilado hace cinco días en la cárcel de Ocaña.

—¿Hace cinco días?

—El 15 de agosto, exactamente, hacia la una de la madrugada.

—¿El día de la Virgen?

—Así es. Es todo lo que tengo que decirle. ¿No la habían avisado? Si vuelve a Ocaña, en la cárcel le darán el certificado de defunción. Muerte por hemorragia causada por un pequeño proyectil. Si lo solicita sabrá dónde está enterrado el cadáver.

María bajó la cabeza. Sin decir palabra salió del despacho y abandonó la cárcel. Comenzó a caminar por una carretera desolada bajo un calor asfixiante. Entonces volvió a su memoria la melodía de *El gato montés* de aquella verbena y el sonido de unas descargas de fusilería que ella había confundido con los cohetes y fuegos artificiales de la fiesta de la Virgen en Ocaña. Cuando ya estaba en medio del paisaje fulminado y no se veía ni siquiera una sombra en todo el horizonte, apoyada en un leguario, se quitó el vestido, la falda marrón y la blusa blanca, arrojó esa ropa lejos de sí, quedó desnuda a pleno sol, deshizo el hatillo y de él sacó un vestido negro, se lo puso y continuó caminando. Todo lo que llevaba en el pequeño fardo era la ropa de riguroso luto, que antes de salir de camino había sacado del armario por un presentimiento. Ahora caminaba vestida

de negro sólo con la soga de esparto en la mano. Unos gitanos que se cruzaron con ella pensaron que era una más que se iba a ahorcar.

Una sesión de hipnosis

Por unos días la tropa de cineastas desapareció del hotel Voramar para rodar exteriores en otro lugar y yo me olvidé de aquella actriz adolescente que me había enamorado. Los veraneantes recuperaron la tranquilidad, cuyo tedio sólo se alteraba con las verbenas de los sábados, amenizadas por un vocalista que masticaba lentas melodías bajo gallardetes de la bandera española. *C'est si bon*, cantaba. Y el viento se llevaba su voz de caramelo hacia la oscuridad del mar y allí se ahogaba.

El pez gordo, don Aquilino de Sostieles, había anunciado una gran chocolatada en su villa para el último día del mes en que daría por terminadas sus vacaciones antes de regresar a Madrid. Entre algunas familias conocidas del hotel y los propietarios de las villas se estableció, como todos los años, una pugna sorda por conseguir una invitación a esa merienda que marcaba el auténtico nivel social de aquella burguesía provinciana. Varias tazas de chocolate por persona, toda clase de bollería, una piñata para los niños en el jardín de atrás bajo las palmeras centenarias y baile con gramola en el salón con muchos tangos y pasodobles eran una cima sólo coronada por unos pocos privilegiados. El doctor Aymerich se divertía haciéndome ver la estrategia de que se servían algunas madres para colocar a sus hijas en aquella fiesta donde se podían emparejar con los vástagos de los mejores apellidos de Valencia. Pequeñas pasiones de verano, decía.

—Puede que este año a esa chocolatada asista incluso un asesino convicto y confeso —añadió muy misterioso el doctor Aymerich.

A la caída del sol, en los sillones de mimbre de la terraza del Voramar los bañistas hacían esfuerzos denodados para sacudirse el aburrimiento de encima. El tiempo pasa muy deprisa cuando no sucede nada y el verano parecía resbalar sobre los días iguales en los que las señoras se intercambiaban recetas de cocina y los hombres hacían planes para ir de excursión a algún pueblo del Maestrazgo. Para dar emoción a las tardes la imaginación no iba más allá de las partidas de cartas y de dominó, de algunos juegos de manos, adivinanzas o tarots y en el mejor de los casos de alguna sesión de ilusionismo.

Una mañana se me acercó un huésped del hotel que se hacía llamar Leo Bogardi, profesor de ciencias ocultas, y me propuso que le sirviera de conejillo de Indias para una sesión de hipnosis. Era la diversión del verano más requerida. Según su opinión, yo era el tipo idóneo para esa experiencia, porque después de escrutar me el iris de los ojos había llegado a la conclusión de que vivía ya un mundo de ensueños y con eso él se ahorra la mitad del trabajo. Lejos de correr ningún riesgo, me aseguró que la hipnosis me abriría muchas puertas por dentro y detrás de ellas

descubriría mundos desconocidos.

Alentado por algunos veraneantes, me dejé llevar. El acto fue anunciado en el tablón del vestíbulo para las siete de la tarde de un viernes y cuando llego la hora me puse en manos de aquel hombre, rodeado de una pequeña y escéptica concurrencia. El profesor Bogardi se había investido con una camisola blanca casi sacerdotal hasta las rodillas, de cuello y puños ribeteados con signos cabalísticos, triángulos, serpientes y búhos. Sus patillas grises se unían a un bigote austrohúngaro y tenía las uñas de ave rapaz, largas y enceradas, y bajo la maraña de sus cejas unos ojos negros como olivas mojadas no carecían de cierto magnetismo.

Había una puesta de sol muy elegante aquella tarde, con un cielo lacado en morados, malvas y calabazas. El profesor inició la sesión reclamando silencio a los curiosos y a continuación me invitó a ponerme cómodo en el sillón con los brazos relajados, el cinturón aflojado y los pies apoyados en una banqueta. Este mago tenía un método propio, según rezaba su prospecto de propaganda. Para empezar trazó con su mano blanda varios círculos por encima de mis ojos, me pidió que los cerrara y que concentrara la mente en el dedo gordo del pie izquierdo y luego en el derecho hasta sentir que pesaban como una piedra. Lo hice. La cosa funcionaba. Después me susurró al oído que llevara esa concentración lentamente a las pantorrillas, suave, suave, decía, y luego a los muslos, muy bien, muy bien, y ahora al sexo, y luego al vientre, al estómago, suave, suave, susurraba, y ahora al diafragma, a los brazos, a las manos. Muy bien, muy bien. El ilusionista me guio a media voz por cada órgano y miembro del cuerpo hasta llevar mi concentración al cerebro. Y allí me dejó. Vamos a ver qué pasa ahora, me dije.

En teoría, una vez alcanzada esta última cota dentro del cráneo, debía haberme deslizado ya en el sueño, pero juro por Lucifer, príncipe de las tinieblas, que nunca me había sentido más despierto y excitado. El corro de curiosos guardaba silencio, salvo alguna leve risita que me descolocaba, y al sentirme observado no lograba perder la conciencia. Oía el mar como la respiración de un poderoso animal en el interior de una campana neumática. Para no desafiar el poder del profesor ni desairar su prestigio simulé un letargo acompasando los pulmones a la cadencia del oleaje. Dentro de la insonoridad del aire oí que el profesor se dirigía con autoridad a los espectadores para comunicarles que la cosa iba bien y que estaba totalmente dormido.

—Duerme, duerme —insistía con un susurro en mi oído—. Imagina que estás tumbado en la playa y las olas muy suaves entran y salen de tu cuerpo. Tú mismo no eres más que agua.

En ese momento, de forma extraña, me sentí poseído por unas imágenes sumergidas en alguna parte de mi cerebro y que ahora afloraban en la conciencia como un légamo de algas podridas. Los primeros meses de mi vida los había pasado en la playa, en una casa de pescadores que se llamaba Villa Alegría, alquilada por mis padres, y aunque mi carne tan tierna, sin duda, estaba amasada por aquella luz, de eso no guardaba memoria, pero sabía que formaba parte sustancial de toda mi estructura. Después de vagar por la oscuridad escarbando en el subconsciente sin saber el tiempo que había pasado, oí una orden perentoria.

—¡Despierta!

Abrí los ojos. Al final de la sesión algunos espectadores aplaudieron y luego me pidieron que les contara mi experiencia de aquel viaje. Había llegado el momento de rendir cuentas a la curiosidad de aquel grupo de ociosos. Mientras simulaba estar hipnotizado había preparado una salida culta para presentarme ante aquella gente como un corsario negro entreverado de argonauta, de modo que comencé a narrar episodios que había leído en la *Odisea* y en las novelas de Salgari.

Entonces describí con todo pormenor que había visto algunos monstruos, los mismos que sorprendieron a Ulises en Escila y Caribdis, grandes pulpos de enormes brazos iridiscentes que se movían entre bancos de coral y dioses de mármol ahogados y pecios de barcos piratas con cañones cubiertos de mejillones. Algunos oyentes respondieron con risitas, pero les rogué con mucha convicción que me creyeran. Juré que decía la verdad. Les podía asegurar que en el mar, a quince millas del hotel Voramar, a veinte brazas de profundidad, había visto un tesoro que la marea de fondo había hecho aflorar después de varios siglos de estar cubierto de arena y de algas. Consistía en un cofre lleno de monedas y vasos de oro del tiempo de los sarracenos. Fuera del cofre brillaban algunos alfanjes. Añadí bajo juramento que muy cerca de este tesoro había una Venus hermafrodita que gozaba de genitales masculinos y femeninos. Esta aseveración, reafirmada con gran pasión por mi parte, redobló risas de incredulidad en el auditorio e incluso algunas burlas de mal gusto, porque si bien varios clientes del hotel ponderaban admirados mi imaginación, otros, en cambio, sospechaban que me había puesto de acuerdo con el profesor Bogardi para simular una hipnosis feliz, llena de visiones de dioses y tesoros, ya que a los demás les iba a cobrar doscientas pesetas por el mismo experimento, pero en ese momento el viejo coronel en la reserva, Alberto Morata, se levantó del sillón y muy erguido proclamó que él podía confirmar ese hecho sin necesidad de ser hipnotizado. Algunas mañanas en que salía a navegar en su velero, cuando los rayos del sol incidían con un ángulo determinado sobre el mar en calma, ese tesoro se hacía patente a simple vista desde la superficie. Él sabía el punto exacto donde se encontraba. Delante de todos prometió llevarme un día en su velero a comprobarlo. El tesoro se hallaba a mitad de la travesía de las islas Columbretes y desde entonces no hubo día en que el coronel no me recordara que teníamos esa travesía pendiente.

A partir de aquella sesión de hipnosis comencé a tomar gusto por la narración de viva voz; me sentía capaz de transformar los hechos reales en imaginarios sin que perdieran la sustancia verídica. Me hice con cierto prestigio. A la hora de contar historias me sumergía en el fondo de un espejo cuyo azogue se movía como aguas marinas. Tal vez ser escritor, aun sin haber escrito nada, consistía en aplicar esta fórmula a un estilo de vida.

Con suficiente antelación, algunos clientes del hotel Voramar recibieron una invitación para la chocolatada, fin de verano. Un sobre azul con el escudo de España en el ángulo superior izquierdo contenía una tarjeta de ribetes dorados en la que decía en letra redondilla que el Excelentísimo Señor Don Aquilino de Sostieles, conde de Larqués, y señora tenían el gusto de invitarle a la fiesta de despedida de vacaciones en su villa Lucila, el último sábado de agosto, a las siete de la tarde. En los sillones de la terraza los elegidos se mostraban unos a otros la cartulina con orgullo. Un enviado del pez gordo preguntó en conserjería el nombre y la habitación de aquella francesita con cola de caballo y cara de lulú que obligaba a volver la cabeza a aquel ídolo de madera en la playa. El chico traía también una invitación para ella y su familia. La dirección del hotel le comunicó que los señores Bardot y su hija Brigitte seguramente se sentirían muy halagados de asistir a esa chocolatada porque, al parecer, en Benicasim se estaban aburriendo como ostras.

A la partida de frontón seguía el baño en el mar por la mañana y luego me tendía en la playa bajo la indolencia del sol o caminaba descalzo quinientos pasos medidos por la arena mojada. La brisa feliz levantaba los manteles en el comedor durante el almuerzo, en la modorra de la siesta oía el sonido del oleaje y por la tarde a veces iba de paseo con mi tío hasta el Torreón. En el

camino me cruzaba con veraneantes en chaqueta de pijama y pantalones de mil rayas, con señoras con turbantes blancos y las cejas puntiagudas muy depiladas, con niños repeinados y niñas adolescentes en bicicleta. El puesto de helados era una parada obligatoria. Los conocidos se saludaban con una simple inclinación de cabeza. Si entablaban conversación, hablaban de las oposiciones a notario o del ingreso en la Escuela de Ingenieros de Caminos, que había conseguido alguno de sus hijos, con los parabienes de rigor.

Algunas tardes iba con el doctor Aymerich a la fábrica de licor carmelitano o me llevaba en su coche al Desierto de las Palmas. Al doctor le gustaba oír de boca del prior del convento los casos más extraños de vocación de algunos novicios. Cerca del convento había unas ruinas muy románticas de un monasterio anterior derruido por un terremoto en el siglo XVIII, y esparcidas por la falda de la montaña aún quedaban ermitas de los primeros cenobitas que se retiraban allí para meditar durante varios días acompañados tan sólo de un mendrugo de pan y un poco de agua. El padre prior, que era a medias relamido y campechano, nos contó que aquel verano estaban pasando por una grave contrariedad. La regla del convento prohibía el acceso de mujeres a todo aquel ámbito, una medida que había comenzado a relajarse por culpa de los nuevos malos tiempos. De hecho, cuando los novicios salían a pasear por la pinada en horas de asueto y se veía ascender por las curvas de la montaña un autobús cargado de turistas, del que solían apearse chicas extranjeras en pantalones, con los hombros y axilas al aire, el prior estaba obligado a encerrar precipitadamente a los novicios dentro de las tapias, como hace el pastor con las ovejas en el aprisco cuando se ve que se acerca una tormenta. El día anterior había llegado una familia de franceses, unos padres con su hija en un Dauphine, y se había armado un revuelo entre un grupo de novicios. La belleza extraordinaria de esa chica los dejó verdaderamente alhelados, era toda ella un pecado mortal.

—¿Tenía cara de perrita lulú, con cola de caballo? —pregunté.

—Más que de perrita yo diría que tenía cara de gata —contestó el prior.

—Es la francesa, seguro —dijo el doctor.

—La verdad es que no se puede ir por el mundo con esos pantalones tan ajustados. Anoche en el refectorio los novicios estaban exaltados y algunos hicieron comentarios de los que tendrán que confesarse. Y no quiero decir nada de los malos pensamientos que esa gata habrá provocado en estas almas cándidas.

Pero a fin de cuentas la excursión de los señores Bardot con su hija Brigitte al monasterio sólo duró una hora. Se pasearon bajo los pinos, tomaron un refresco en la cantina de la hospedería, contemplaron el panorama y se fueron. En esos días el prior pasaba por un asunto mucho más enojoso. En una de aquellas ermitas, colgada sobre un precipicio como un nido de halcones, se había instalado una mujer abandonada por uno de los novicios. Habían sido novios cuatro años, iban a casarse, ella tenía ya el ajuar completo con sus iniciales bordadas en las sábanas, en la parroquia se habían proclamado las amonestaciones e incluso la familia ya había comprado el chocolate y los rollos careados para el banquete de boda, pero dos días antes de la ceremonia al novio le había dado el rapto y desapareció después de dejar una carta en la que decía haber recibido una llamada celestial que le forzaba a tomar los hábitos de carmelita. La novia había conseguido dar con su paradero y parecía empeñada en rescatarlo. El prior había llamado a la Guardia Civil para desalojarla de la gruta, pero ella se hizo fuerte y desde lo alto de la montaña a

veces le daba por gritar el nombre de su novio. Cuando veía llegar a la Guardia Civil la mujer se echaba al monte y pasado el peligro volvía a la gruta, y en las noches en que el amor le daba como una fiebre en el cerebro gritaba el nombre y por todo el valle se oía: «¡¡An... tooo... nio, te... quiee... roo!! ¡¡Sal de ahí!!». El nombre de su novio lo devolvían varios ecos, saltaba la tapia del convento y llegaba hasta su celda. El caso rayaba con la novela gótica.

El olor a pino lo tenía yo entonces adoptado como una forma de espiritualidad laica. Era el olor que bajaba con la brisa macerada por el rodeno de las agujas de Santa Águeda a media tarde con el sonido de las chicharras hasta la terraza del hotel. Envueltos en ese aroma, un día volví con el doctor al Desierto de las Palmas, dejamos el coche en la explanada del convento y subimos a pie a la cima del monte Bartolo, donde se conservaba el basamento de una cruz de hierro que fue destrozada en la guerra, y durante la ascensión nos detuvimos para retomar aliento muy cerca de la ermita ocupada por la novia del fraile. El doctor, siempre precavido, temía enfrentarse con una loca agresiva, que podría recibirnos a pedradas. No fue así. Al acercarnos me sorprendió que en la boca de aquella cueva de eremita hubiera una joven atractiva, aunque muy desaliñada, detrás de un cartapacio apoyado en una roca en el que estaba pintando una acuarela. No hizo ningún amago de huir cuando caímos allí por sorpresa: al contrario, nos saludó muy amable y permitió que contempláramos su trabajo. Con trazos muy sutiles, en la acuarela aparecían en primer plano los muros y la osamenta de los arcos derruidos del antiguo monasterio del siglo XVIII, a contraluz del valle cruzado por el camino viejo que serpenteaba hasta la fábrica de licor carmelitano de Benicasim, la planicie de moscatel y la línea del mar al fondo. Según nos contó, algunas noches de luna llena la chica bajaba a darse un baño en la playa del Voramar y al amanecer ya estaba de nuevo encaramada en la gruta de los eremitas, en lo alto de la montaña, para recibir el sol en la cara esperando ver a su novio saltar por la tapia del convento. Estaba dispuesta a resistir. En la gruta tenía agua y viandas.

—Conozco muy bien a Antonio. Estoy segura de que un día se vendrá conmigo. Tiene que aceptar lo que ha hecho —dijo la chica.

—¿Qué te ha hecho ese hombre? —le preguntó el doctor.

—Esto —exclamó la chica mostrando el perfil de la barriga.

—¿Estás embarazada?

—De cinco meses. Un día Antonio me vino con el cuento de que se le había aparecido la Virgen del Carmen y le había dicho que tomara los hábitos de la orden. ¿Hay derecho a eso? Tenía ya el ajuar bordado. Cuando se enteren en casa de que voy a tener un hijo sin estar casada me van a matar. Podría irme de puta a Madrid, pero soy una artista y pienso parir en esta gruta, si es necesario.

En la cumbre del Bartolo, en un pequeño mirador, a la sombra de un pino, nos extasiamos ante aquel panorama espectacular. Se veían abajo las villas de Benicasim y el doctor las señaló una a una con los nombres de sus propietarios. En el horizonte aparecían los perfiles calcáreos de las islas Columbretes y en medio del mar había una concentración de barcos que participaban en el concurso de la pesca del atún. A primeros de agosto los alevines que habían nacido en el golfo de León bajaban por estas aguas cerca de la orilla casi a flor de agua, pero sus padres, que a veces pesaban hasta cien kilos, hacían el viaje a mayor profundidad varias millas adentro. A esa altura se realizaban las capturas del concurso.

En aquel mirador, frente a la belleza espectacular de nuestra tierra y de nuestro mar, el doctor

me dijo que estaba realizando los últimos cálculos y mediciones de un asunto muy importante y que dentro de poco me comunicaría el resultado. Mantuvo el secreto, pese a mi insistencia, algún tiempo, hasta que una de aquellas tardes de pronto me recordó lo que un día le dije lleno de envidia por las cartas de lejanos países que recibía el elegante anciano Gabriel Casamediano: que yo a veces abría el atlas y señalaba un punto al azar para huir hasta donde había caído la yema del dedo, porque en Castellón nunca pasaba nada, que sólo pasaba el paralelo cuarenta y el meridiano cero, que se cruzan por estos parajes. Al parecer esta salida había calado en el espíritu del doctor Aymerich, de modo que esta vez hizo que le acompañara en una excursión, bastante extraña, cuyo objetivo guardaba todavía en secreto. Dejó el coche aparcado junto al santuario de la Virgen de Lidón y me dijo que le siguiera hacia unos humedales por una senda entre carrizos y tablas de hortalizas. Con una devoción desmesurada hacia las causas perdidas y proyectos inútiles, el doctor iba delante con su melena blanca aleonada al viento, con el cariz de un personaje de Baroja. Llevaba una vara de cerezo en la mano y me hablaba del cometa Halley, que pasó por el cielo en el año 1910, cuando él era un niño. De pronto se volvió y me dijo:

—Espero estar vivo cuando el Halley pase por aquí otra vez en el año ochenta y seis. Pero antes de morir he querido cumplir esta misión.

—Suena muy bien. Adelante. Cuento conmigo —le dije.

—Al final lo he conseguido. Es algo que tiene que ver con el planeta Tierra.

Sorteamos algunos sembrados con el mar al fondo y de pronto se detuvo junto a una huerta de tomates lindante con otra de pimientos y judías. En la intersección de ambos cultivos, muy cerca de un pequeño olivar, el doctor elevó el tono de voz hasta alcanzar una sonoridad muy solemne y afirmó en el suelo la puntera de su zapato.

—Lo he conseguido —exclamó—. Según mis cálculos y mediciones, confirmados por un almirante de mi confianza experto en ejes de ordenadas y abcisas del planeta, el paralelo cuarenta se desarrolla por encima de las villas de Benicasim, atraviesa el hotel Voramar y en este punto exacto, que marca mi zapato de Segarra, se cruza con el meridiano cero. Voy a iniciar una colecta entre los amigos para levantar aquí un monumento después de pedir los permisos correspondientes.

—Pero esto no dejará de ser una huerta de tomates y judías —le dije.

—Deberías tener más imaginación si quieres ser escritor. A partir de hoy los tomates, las habas, las alcachofas, las judías y cada aceituna de estos olivos serán estrellas y formarán nuevas constelaciones —contestó el doctor, clavando en la encrucijada la vara de cerezo, como la señal que en adelante podía servir de hito para nuestros sueños.

La niña de los bucles de oro

Muchas veces acudía a mi memoria la imagen de aquella niña muerta, sentada en el cuerno de la luna, que había sido objeto de mi neurosis al llegar al uso de razón. Ella sonreía como lo hacen todas las niñas muertas en un retrato colgado en la pared en una habitación casi siempre cerrada, que olía a madera de palosanto, a alcanfor y a lavanda. Mi padre a veces la señalaba y me decía: «Es tu hermana, murió de tifus antes de que tú nacieras, se llamaba Rosita, y tan pequeña como era ya sabía llevar el compás de tres por cuatro cuando yo tocaba un vals con el clarinete».

Antes de llegar al uso de razón tuve un problema neurótico a la hora de distinguir a una Rosita muerta de otra Rosita viva. La Rosita viva tenía dos años más que yo. Era mi compañera de juegos y estaba unida al recuerdo imborrable de mi descubrimiento del mar, de aquel viaje en el carro del labrador que nos llevó a la playa el día de San Pedro, que abría oficialmente el verano. Ella fue la que me despertó cuando quedé dormido a pleno sol en la arena y después me señaló la casa de pescadores donde veraneábamos en julio de 1936, Villa Alegría, que después fue sustituida por una casa en Villarreal en la calle llamada del Ecce Homo, esquina a la calle Virgen de los Dolores, donde permanecimos refugiados hasta el final de la guerra. La Rosita viva tenía celos de la Rosita muerta, según me contó aquel verano en la terraza del Voramar. Creía que mi padre prefería a la niña del retrato porque a los tres años sabía llevar el contrapunto de vals y, en cambio, ella no lo sabía hacer, aunque lo intentaba con la ilusión de sustituir a la muerta y estudió solfeo sólo para alcanzar ese reto.

Ese verano supe que la niña Rosita rubia del retrato estaba también en un altar de la iglesia del pueblo convertida en una imagen de escayola del Niño Jesús, con los mismos bucles dorados hasta la mejilla, con el mismo vestido de seda con encajes, con los mismos zapatos de charol blanco. Este hecho añadió un nuevo conflicto a mi neurosis y pese a tener una explicación lógica no por eso dejó de atormentarme.

Éstos fueron los hechos. Al iniciarse la guerra todos los santos de la iglesia habían ardidido en una hoguera en medio de la plaza del pueblo, entre ellos la imagen de San José con el Niño Jesús, que era a la que mi padre, por lo visto, tenía más devoción. Cuando terminó la contienda los retablos fueron levantados de nuevo en cada capilla y las hornacinas se llenaron de imágenes recién fabricadas a expensas de algunas familias devotas. Mi padre sufragó la de San José con un capricho añadido. Había llevado el retrato de su hija muerta al imaginero de Villarreal para que le sirviera de modelo de la figura del Niño Jesús que acompaña a la imagen del santo. El artista se tomó su tiempo. Con la victoria de los nacionales la demanda de nuevas imágenes de vírgenes, cristos y santos era incommensurable.

Cuando el imaginero terminó el trabajo, el jornalero Macareno fue el encargado de traer a San José y al Niño Jesús a casa desde Villarreal en una tartana tirada por la yegua *Maravilla*. Yo tenía entonces seis años y le acompañé en el viaje. Recuerdo lo que Macareno me contaba mientras la tartana daba tumbos por un camino de ocho kilómetros entre huertos de naranjos partidos por trincheras y trochas plagadas de cascos militares con algunas calaveras de soldados, bombas, morteros y proyectiles oxidados.

—Hay que andar con mucho ojo —me decía Macareno—. A veces una serpiente se mete en una bomba y la bomba estalla. Eso mismo le pasó a un niño de tu edad, que buscaba caracoles después de una tormenta en un barranco muy cerca de aquí. Una culebra se deslizó muy cerca de sus pies y el niño vio que metía la cabeza por el hueco de un bote oxidado y se enrollaba dentro. El bote era un mortero. La culebra accionó el fulminante y se produjo la explosión, que se le llevó media mano al niño, le reventó los tímpanos y a partir de ese momento quedó sordo el resto de su vida.

Desde el asiento de la tartana Macareno me señaló una bomba junto a una zarza que contenía dentro un avispero. Yo ignoraba que en ese viaje mi hermana Rosita muerta venía de la mano de San José envueltos con virutas de carpintero entre dos colchones atados en un fardo, que se agitaba de un lado a otro de la tartana debido a los hoyos abiertos por los morteros de la guerra. El trayecto era muy peligroso. La tartana cargada con las imágenes de San José y el Niño Jesús podía esquivar este arsenal esparcido por cunetas y barrancas gracias al olfato que Macareno tenía para saber en qué hierros herrumbrosos habitaba todavía la muerte y podían ser activados por una serpiente, por una lagartija, por una simple avispa o por un escarabajo. Una de ellas podía muy bien llevarnos al cielo otra vez al Niño Dios, a San José, a mí, a Macareno y a la yegua *Maravilla* en medio de un cono de fuego.

Cuando desembarcaron el cargamento en casa y San José fue liberado de los colchones y virutas nadie reparó en el parecido del Niño Jesús con la Rosita muerta, porque el imaginero se había servido de un retrato que nadie del vecindario conocía. San José tenía los rasgos finos de un guapo agricultor joven, de aspecto sereno, ojos oscuros y una barba apenas perceptible. La niña lo miraba con la misma sonrisa de cuando oía tocar a mi padre el clarinete. En casa, alrededor del santo, se celebró una merienda con granizados de café y leche merengada y también se abrieron algunos melones y sandías después de que el cura rociara la imagen con agua bendita. San José con el Niño fue entronizado en la iglesia en procesión desde casa para quedar finalmente instalado en la hornacina del altar, en la misma capilla de antes de la guerra.

Desde aquella tarde de verano en que la Rosita viva me contó en la terraza del hotel Voramar la historia de sus celos, supe que tenía una hermana viva que sabía bordar, guisar y hacer las camas y otra hermana muerta que era de escayola, que había cambiado de sexo para convertirse en un ser divino, al que los fieles le rezaban pidiéndole favores. Pensé entonces que aquella imagen tendría conmigo un trato de favor, ya que éramos consanguíneos, y si le pedía ser alto, sano, inteligente y seductor, virtudes que entonces me parecían los bienes más preciados del atletismo espiritual, mi hermana Rosita, la muerta, no me los negaría. Entonces imaginé a mi padre rezando a su hija. Pero no suponía que esta neurosis se iba a complicar más todavía.

Una tarde de aquel verano quise comprobar si era cierto lo que me había contado mi hermana y que de alguna u otra forma había alterado mi subconsciente. La iglesia estaba vacía. El altar de San José se halla en la primera capilla de la izquierda y la luz difusa del vitral que iluminaba el

retablo fue suficiente para que se me revelara un hecho inquietante. La niña estaba de pie en la hornacina sobre un cúmulo de nubes a una altura medida de forma que San José pudiera tenerla de la mano. Efectivamente, la Rosita del retrato era el Niño Jesús. Tenía la misma sonrisa de mi hermana muerta, el mismo perfil ovalado, los mismos bucles, la misma mano delicada, que sostenía en el retrato el hilo de un globo sobre el cuerno de la luna.

Me senté en un banco para demorarme en la contemplación de la imagen. Después de todo, pensé, no era tan raro que un padre quisiera tener en un altar a su hija muerta bajo cualquier forma de divinidad. Mientras miraba la hornacina experimenté un estremecimiento. El rostro de San José emitía una suerte de energía que parecía agitar mi memoria. Aquellos ojos me habían mirado así en mi infancia, ese perfil de la boca lo había visto yo en otro rostro sorbiendo un consomé y lo mismo sucedía con la frente cruzada por una vena y el mentón ligeramente partido por una barba muy tenue. La capilla tenía suficiente luz para que pudiera escrutar hasta el último detalle, pero el secreto parecía estar escondido en algún pliegue de mi memoria. De pronto lo recordé. El rostro de la imagen de San José era exactamente el rostro de mi padre, sacado de la fotografía que yo había visto desde niño encima de la cómoda de su dormitorio, vestido de soldado músico con un clarinete enhiesto en el puño, que en la imagen se había convertido en la vara florida del santo.

A partir de ese día comencé a investigar. Pude haberle preguntado directamente al protagonista si su retrato de soldado le había servido de modelo al imaginero para el rostro de San José. No lo hice por pudor. Traté de encontrar al artista en Villarreal. Allí no existía nadie que se dedicara ya a ese oficio de santero. Un día comencé a escarbar en la escribanía de mi padre las facturas y recibos de aquella época. Sin duda, un hombre tan ordenado guardaría algún comprobante de aquel encargo. Mi trabajo clandestino de rebuscar entre los papeles desveló algunas cartas que mi padre le escribió a mi madre durante el viaje que hizo a pie a Zaragoza en 1940 para darle las gracias a la Virgen del Pilar por haber salido vivo de la tragedia de la guerra. En una de aquellas cartas le encargaba que llevara al santero de Villarreal el retrato de Rosita que estaba colgado en la habitación de los abuelos. También le decía que el imaginero le había pedido una foto suya por si le podía servir de modelo para San José. Aludía a la foto vestido de soldado músico, con un clarinete en la mano, que estaba encima de la cómoda. No estaba seguro de hacerlo, lo pensaría después del viaje. En la posdata constaba la dirección y la cantidad de dinero que debía adelantarle, setecientas cincuenta pesetas.

Le conté esta historia al doctor Aymerich. Le dije que San José era mi padre y que había visto a una hermana Rosita muerta convertida en Dios, a los dos los habían traído a casa en una tartana por un camino cuajado de bombas y cada bomba contenía en su interior una culebra. Una de las bombas estalló y había dejado sordo de por vida a un niño que buscaba caracoles después de una tormenta. El doctor no entendió nada.

En la relación neurótica de padres e hijos muy pocas veces se habrá dado el caso de un chico de diecisiete años, envuelto en una maraña de dudas acerca de su personalidad, en la que se cruzaban la pérdida de la fe religiosa, el ansia por afirmar su vida escribiendo historias, la falta de autoestima debido a su convicción de que nunca llegaría a nada por ese camino, los primeros amores contrariados por la timidez patológica y al mismo tiempo una sensación de plenitud de los sentidos, y que un día se entera de que su progenitor, al que respeta e incluso teme, se encuentra en una hornacina de la iglesia convertido en un santo.

El doctor bromeó diciendo que además de mi hermana muerta convertida en Niño Dios ahora

tenía a mi padre San José para pedirle favores. No era fácil esa convivencia dentro de mi cabeza. Cuando veía a mi padre de carne y hueso sentado en su despacho leyendo la Biblia o en la cabecera de la mesa bendiciendo los alimentos, mi pensamiento se iba hacia el retablo de la iglesia, donde aparecía a merced de las plegarias de los fieles con una vara florida en la mano que pudo ser un clarinete y sosteniendo con la otra la mano de mi hermana Rosita, la muerta, encaramada en un cúmulo de nubes. En cambio, cuando entraba en la iglesia y veía aquella imagen de escayola de San José la imaginaba leyendo el diario *Las Provincias* en la mecedora de casa a la espera de que mi madre sirviera la comida. Y ya en la mesa podía contemplar a San José comiendo canelones o cualquier plato que le sirvieran con mucho respeto aun sin saber que se trataba de un santo.

El miliciano y Dorothy Parker

Es muy fácil dar con el paradero de un tipo que tiene un vicio consolidado. En el bar de Castellón donde Juanito Ruano solía abreviar me dijeron que lo encontraría sin lugar a dudas en el trinquete de pelota de la calle Gobernador, en la partida de las seis de la tarde todos los martes hasta el final de la temporada. El trinquete de pelota tenía una barra de bar en el vestíbulo donde a esa hora la gente con la camisa abierta y la barriga sudada se agolpaba en tres filas pidiendo cervezas, cocas con tomate y bocadillos de longanizas, raciones de mojama con aceitunas amargas bajo la humareda apestosa de los farías y caliqueños. En medio del bullicio se oían desde la cancha las voces de los pelotaris teloneros que jugaban la primera partida y los aplausos con que el público celebraba alguna jugada. A veces entraba una pelota disparada a doscientos por hora como una pedrada por un ventanuco y rebotaba entre las cuatro paredes llenas de carteles de toros, de anuncios de espectáculos de variedades y de fotografías enmarcadas de viejos pelotaris que hicieron historia. Sobre la taquilla, bien visibles, había dos avisos. Uno decía *Se prohíbe la blasfemia* y otro *Se prohíbe escupir en el suelo*. Ninguno de los dos se cumplía.

Juanito Ruano era un punto fijo en este establecimiento y el doctor Aymerich lo conocía hasta el fondo de los pulmones por haberle curado una pleuresía. En ese momento se encontraba en una grada apostando para una partida de desafío entre dos grandes figuras que iba a empezar a continuación. «¡¡Azules, azules!!», vociferaba un marchante de apuestas con un taco de papeletas en la mano, de cara a los espectadores. «¡¡Coloraos, coloraos!!», gritaba otro vendedor para cubrir la apuesta por bando contrario.

Yo sabía de Dorothy Parker lo que me había contado el doctor Aymerich y poco más. En todo caso mi imagen de aquella mujer neoyorquina tan sofisticada estaba lo más alejada posible del clima de un trinquete de pelota valenciana, poseído en ese momento por un calor pegajoso de agosto, con cazuelas de pajaritos fritos en la barra del bar, y era mucho más difícil todavía asociarla con aquel tipo descamisado, con la colilla en la boca, la gorra de medio lado, con pinta de jornalero, que al ver al doctor levantó el brazo desde la grada para llamar su atención y reservarnos un asiento a su lado.

Juanito Ruano había tenido tres noches de amor con aquella mujer nacida en Long Island entre mansiones de grandes magnates, que se apellidaba Rothschild antes de tomar el apellido de su primer marido. Este analfabeto salido del agro valenciano había hecho gritar de deseo a una escritora neoyorquina que estaba en boca de todos los intelectuales, y en la que confluían John Dos Passos, Hemingway, Scott Fitzgerald, Faulkner, Dashiell Hammett, Truman Capote y medio Hollywood, la época dorada de Montparnasse, las vacaciones en la Riviera, siempre invitada por

amigos ricos que necesitaban de su ingenio en la sobremesa o en las copas en los sillones de mimbre de los jardines para sentirse maravillosos, malvados y evanescentes. Era más de lo que un aprendiz de escritor como yo podía imaginar. De las fiestas en la mansión del magnate Swope en Long Island sacó Scott Fitzgerald los personajes de la novela *El gran Gatsby*. Allí estaba Dorothy Parker, y varios de aquellos seres divinos con pantalón de pliegues y jerséis blancos habían pasado por su cama. Juanito Ruano también había estado en sus brazos, pero estaba muy lejos de ser una criatura de Scott Fitzgerald.

La partida de pelota de ese martes era un desafío particular entre dos pelotaris, cabezas de cartel, Juliet de Alginet, la gran figura, contra Rovellet del Pelayo, el aspirante a desbancarle del primer puesto, en cuyo caso le arrebataría la faja roja, distintivo del número uno, y le entregaría la faja azul. Un paquete con cien mil pesetas, envuelto en un plástico, colgaba de la cuerda como una cucaña. Era el premio que se jugaban a cargo de la casa. En sillas de enea en el lugar preferente en medio de la cancha bajo la cuerda se sentaban labradores ricos y exportadores de naranjas famosos que apostaban muy duro, decenas de miles de pesetas a la partida y a veces un puñado de billetes a un solo tanto. Juanito Ruano era un aficionado de medio pelo, un cuarentón todavía cuadrado en el que uno podía imaginar, no sin cierta dificultad, al miliciano guapo capaz de enamorar fugazmente a aquella paloma torcaz que llevaba en el pico siempre un cigarrillo Chesterfield. Ahora Juanito Ruano trabajaba a jornal como cabeza de cuadrilla en la recogida de naranjas para un comerciante de segunda clase que mandaba la fruta al interior. La vida le había castigado. Tenía la boca exhausta entre dos profundas arrugas y la piel dañada por diversas erosiones, aparte de la dentadura mellada. Aquel balazo que recibió en el frente de Teruel le había permitido vivir una aventura de amor loco. No la había olvidado. De hecho, era la única marca indeleble que guardaba de la guerra, mucho más profunda que la muesca que se le veía debajo del pelo en el cráneo por encima de una oreja.

—Esto está hoy de bote en bote —dijo el doctor al ver la expectación de la partida.

—De bote en bote estaba este trinquete el año 38, cuando era una cárcel —contestó Juanito Ruano—. En ese rincón donde ahora Rovellet juega de resto me pasé yo tres meses tirado en el suelo esperando juicio cuando entraron las tropas de Franco en Castellón. Había más de mil personas aquí dentro, como un ganado que van a llevar al matadero.

—¿Y cómo se te ocurre volver a este lugar? —le preguntó el doctor.

—El vicio, el vicio, sólo el vicio que encima me ha arruinado. A muchos presos los sacaron de aquí para fusilarlos en un barranco. Salvé el pellejo de milagro. Me salieron veinte años pero sólo cumplí seis, que pasé en el penal de Ocaña. Aquella partida a vida o muerte sí que era difícil de ganar y no esta de pelota. Allí en Ocaña vi sacar a rastras de la celda a un paisano que era maestro de escuela, José Manuel Beltrán se llamaba, el pobre, un chico estupendo. Lo fusilaron a la una de la madrugada en el mismo patio de la cárcel. Aún estoy oyendo los tiros.

En Castellón se improvisaron varias cárceles, aparte de la prisión provincial, para recoger el aluvión de presos republicanos. Por lo visto este trinquete era una de ellas. ¿Cómo era posible, pensaba yo, que este espacio lleno de pasión por el juego donde se cruzaban apuestas millonarias hubiera sido años atrás un depósito de cuerpos derrotados que esperaban el azar de la muerte, a merced de la venganza, como la última jugada del destino? Ahora en el trinquete la palabra rojo no se podía vocear. La partida era entre azules y colorados, y a este bando rojo apostamos juntos el doctor, Ruano y yo, veinte duros. Había comenzado la partida. La pelota de vaqueta volaba

sobre las cabezas de los espectadores, se producían aplausos y seguían los gritos de vendedores de apuestas, pero yo no atendía al juego.

En medio de la partida, sabiendo lo que buscaba el doctor, Juanito Ruano se echó mano a la cartera y sacó una foto dentada en la que se veía a una mujer pequeña de ojos muy grandes cogida del brazo de un soldado con la cabeza vendada. Detrás aparecía el hotel Voramar y parte de la torreta de una villa. Entre los vecinos de la grada se produjo algún comentario jocoso. No era la primera vez que este jornalero enseñaba a los amigos del trinquete aquel recuerdo de la guerra para presumir de galán. La foto estaba ya muy manoseada. Había comenzado a ponerse amarilla.

—La llevo siempre en el bolsillo porque mi mujer me la quitó del cristal de la alacena. Aún está celosa.

—Hombre, eso es ya agua pasada —dijo el doctor—. La guerra es la guerra.

—Mi mujer cree que me la follé. Ya éramos novios y todavía no me lo ha perdonado. La primera noche me llevó a la playa y conmigo hizo todo eso que se puede hacer, si es eso lo que queréis saber. Era muy experta, muy alegre, muy descarada. Ni yo entendía sus palabras ni ella entendía lo que yo le decía. Me daba a beber whisky en una petaca de plata que le había regalado en París un hombre muy famoso. No recuerdo el nombre. Al día siguiente vino a verme al hospital y siguió dándome en la cama cucharaditas de whisky y a las enfermeras les decía que era un jarabe. Yo era muy pardillo comparado con ella.

Dorothy Parker se llevó al miliciano de paseo en una ambulancia a las Playeras de Bellver, una cala desierta, al otro lado del cabo. Allí Ruano descubrió una cicatriz en su muñeca. Ella trató de explicarle que en un momento de locura había intentado acabar con su vida cortándose las venas con una cuchilla de afeitar de su marido, después de haberlo intentado con pastillas. El miliciano quedó sobrecogido con esta confesión tan espontánea, pero ella ahora parecía dispuesta a beber, a bailar, a mentir, a amar bajo las tumultuosas noches de la guerra española.

—Me obligó a que le besara la muñeca y que le pasara la lengua por la cicatriz, como hacía su perro.

Soñaba con beber champaña en un lupanar, decía el doctor Aymerich, y parecía una mujer frívola, siempre con un lulú en brazos, pero Dorothy Parker acabó siendo una radical, lo mismo en el placer que en la justicia. A raíz de la ejecución de los anarquistas Sacco y Vanzetti, en 1927, se la vio por las calles de Boston junto a John Dos Passos en un acto de protesta cantando la Internacional con falda bordada y bufanda de seda. Años después vino desde París a España convertida en una activista de izquierdas a visitar hospitales en plena guerra. Compartió cigarrillos y obuses con los milicianos en Valencia.

—Tuviste mucha suerte de que te eligiera a ti y no a otro. Vive en Nueva York. Escríbele —le dijo el doctor a Juanito Ruano.

—¿Para qué? Ya no se acordará de mí.

—No creas. Posiblemente habrá sido la experiencia más rara de su vida. Esas cosas no se olvidan.

—No va a venir de tan lejos para ver a un desgraciado. Me basta con que usted me crea, doctor, porque en el bar hay mucho cabrón que se burla de mí. ¿Es verdad que es una escritora muy importante? —preguntó el miliciano.

—Sí.

—Estoy seguro de que nunca se habrá acostado con un hombre más infeliz que yo. Es posible

que me recuerde por eso.

La partida de pelota estuvo muy viva hasta el final. En el último momento Rovellet tiró tres veces seguidas la pelota fuera de la cancha hasta el tejado y algunos aficionados dijeron que había llegado hasta la plaza del Ayuntamiento. Rovellet ganó el desafío y entonces Juliet, que hasta ese día fue el número uno de la pelota valenciana, se quitó la faja roja y se la entregó a aquel fino pelotari que lo había desbancado. Los tres ganamos la apuesta. Después de pasar por taquilla Juanito Ruano nos invitó a una cerveza y a una coca con tomate y a aceitunas amargas.

—Al tercer día me llevó al jardín de El Palasiet, que era una mansión propiedad del cónsul de Checoslovaquia, la única villa que no fue requisada. Creo que cumplí con mi deber. Parece que quedé bien, la verdad. Créame, doctor. Ya me tenía encelado. Yo la esperaba a la mañana siguiente, pero ya no apareció. Se fue sin despedirse. Esta fotografía nos la hizo un alemán de las Brigadas frente al hotel Voramar. Es el único recuerdo que tengo. Si se rompe se acabó todo.

Al volver esa tarde al hotel imaginé de nuevo en aquella terraza, que sirvió de teatro al aire libre, a Dorothy Parker compartiendo sus cigarrillos Chesterfield con milicianos analfabetos, pero llenos de corazón; ella les pedía que le enseñaran las fotos de sus novias y le gustaba mucho que le contaran cómo habían sido heridos en el frente y también sus historias de amor. El negro Robeson cantaba un blues de espaldas al mar, en el mismo escenario donde se hallaba montado ahora el set de la película. Mientras aquel negro inmenso cantaba, la escritora, sentada en uno de estos sillones, bebía whisky de una petaca de plata que se había traído de París, regalo de Scott Fitzgerald, y miraba a un miliciano guapo que tenía la cabeza vendada.

La función del áspid

Ricardo Seisdedos, a quien sus amigos de la timba llamaban Richard el Guapo, llegó por primera vez al pueblo de marras un domingo de verano por la tarde montado en una moto Norton con el escape trucado metiendo tremendo ruido para que todo el mundo supiera que pasaba él y no otro cualquiera. Llegó solo. Descabalgó en la entrada del polideportivo, donde había un gran jolgorio, y encadenó la máquina con la parsimonia con que los vaqueros del Oeste ataban el caballo a la puerta de la cantina con las piernas muy arqueadas. Además de frontón y bolera, en el polideportivo también había pista de baile, una piscina pública, un cine al aire libre y un hotel de dos estrellas, propiedad de una hija única, soltera y ya heredada, puesto que sus padres murieron al caer su coche por un barranco.

Los domingos de verano aquel complejo recreativo atraía mucho público de los pueblos de alrededor y Richard el Guapo era uno más entre todos los jóvenes que iban allí a cazar. Otros se conformaban con bailar boleros con sus novias o con alguna de aquellas chicas de faldas tubulares y pelo cardado que anduviera suelta, con la esperanza de que, llevada por la música, bajara las defensas y aflojara el cuerpo e incluso, si había suerte, cediera a acompañar al galán hacia alguna oscuridad de las afueras para saciar sus deseos al pie de un chopo o contra la tapia del cementerio y poderlo contar después a los amigos en el bar como una hazaña. Pero Richard el Guapo no era uno más. Él iba siempre de caza mayor y se creía el que mejor rifle tenía. La primera vez que llegó al polideportivo ya llevaba unos datos constatados y una obsesión en la cabeza. Había quedado allí con un amigo de correrías, un tal Jaime, sin más atributos que la amistad que decía tener con la dueña del negocio.

Richard el Guapo, en las partidas de póquer, era muy duro y apostaba siempre hasta el límite, muchas veces de farol, sin más objetivo que desplumar a la mesa o quedar desplumado. Con las chicas se comportaba igual. La verdad es que hasta entonces había consumido sexo en todos los antros del contorno, en los que se hizo un nombre por su desparpajo, pero fuera de ese circuito prostibulario tenía señaladas entre ceja y ceja a varias mujeres adineradas de los pueblos de alrededor, solteras, mal casadas o viudas e incluso a una señorita de la misma Valencia, hija de un famoso estraperlista. A todas había tratado de enamorarlas sin resultado. Ahora quería probar fortuna con la pieza más codiciada, con Tónica Cantó, la dueña del complejo recreativo de este pueblo de la costa de quince mil habitantes. Los puntos de las partidas de póquer con los que jugaba regularmente en varios garitos de la comarca convenían en que algún día el Guapo engancharía a una millonaria y pagaría las deudas. Había que darle tiempo. Y entre ellos hacían porfías sobre este caso. No tenía otras armas que su descarada simpatía y un cuerpo bien

construido, que cultivaba a conciencia más que nada para poder resistir, como un profesional, partidas de póquer de dos días enteros con sus noches respectivas.

Con el amigo que le esperaba en el baile había quedado en que le presentaría a la dueña Tonica esa misma tarde. Cuando Richard el Guapo llegó a la terraza la orquesta tocaba su canción preferida y la gente bailaba a cielo abierto sobre unos tableros que cubrían la piscina. Se puso de espaldas a la barra y estiró el cuello como hacen los halcones cuando se posan en lo alto de un risco para ver si descubría al compinche Jaime en medio del sarao o en su defecto a alguna chica suelta que mereciera la pena. De un tiempo a esta parte Richard el Guapo tenía el propósito de empatarse con la reina de este tinglado llevándola en brazos al compás de una canción de Machín. No la conocía, pero su amigo se la había descrito con bastante detalle. Rondaba los treinta y cinco años, era morena, exuberante, de ojos negros, peinada siempre de peluquería, la piel muy blanca, cuajada de caderas, con muchos moscones a su alrededor pero con ganas de encontrar al hombre de su vida, un anhelo que en algunas mujeres se les va por la mirada y por la risa. Como ella había varias en el baile, pero ninguna tenía pinta de que el dinero le saliera por las orejas.

El compinche llegó por detrás con sigilo y quiso hacerle una gracia. Richard el Guapo sintió su palmada imprevista en la espalda y al tratar de esquivarla se le derramó sobre su camisa inmaculada el vino que tenía en la mano. Presentarse ante la mujer soñada con la camisa manchada no era precisamente lo que más deseaba un vanidoso como él, por eso hubo entre los dos bandarras un conato de bronca, pero el galán no sabía que ese vino derramado sobre su camisa marcaría la señal de salida en la gran aventura de su vida, porque al pedir un quitamanchas en la barra, el camarero les dijo que en el hotel les podrían proporcionar el remedio. El hotel estaba a menos de cien pasos y al llegar a la recepción les atendió el ayudante del conserje, un chico muy espabilado y de buena facha que se llamaba Ismael. Rondaba los dieciocho años y aún le quedaban los últimos granos rebeldes de acné en la cara, residuos de la reciente pubertad. Cuando el chico llegó con el quitamanchas desde la cocina ya venía acompañado de la dueña Tonica. Jaime le presentó a Richard el Guapo y le explicó que se había tirado el vino encima. Al requerirle ella que se quitara la camisa para limpiarle la mancha el galán quedó con el pecho desnudo e hizo un gesto de quien está orgulloso de enseñar una estupenda mercancía, los bíceps y pectorales muy cuadrados, bronceados hasta el color chocolate en las playas de Alicante, y Tonica por su parte le echó un vistazo de soslayo que no logró disimular y después dijo: «La mancha de vino se quita con agua. No te preocupes. Te la secaré con la plancha». Hizo el trabajo muy solícita ella misma y al devolverle la prenda impoluta y planchada el Guapo le preguntó qué le debía. «Nada, ha sido un placer. Basta con que hayas venido con el amigo Jaime», dijo ella. «Te lo puedo pagar con un pasodoble o con un bolero. Elige», dijo él, muy sobrado. Tonica aceptó, encantada. Bailaron. Fue la primera vez que el público asiduo del complejo recreativo vio salir a la pista a la dueña con alguien que no era de la familia. De hecho, era la primera vez que bailaba desde que murieron sus padres. Richard el Guapo sacó la cola de pavo real y desplegó todas sus artimañas de seductor. Sonaba una canción de Jorge Sepúlveda, que un vocalista aficionado estaba asesinando de modo infernal. Mientras la llevaba en brazos, lejos de hacerse el suavón ni el desahogado, el galán comenzó a hablarle de negocios. Era una lástima que aquel espacio privilegiado con vistas al mar estuviera llevado de forma tan poco profesional. Envueltos los dos en unas melodías de amor, el Guapo le decía a la dueña Tonica que él conocía a mánagers de orquestas y atracciones de primera clase. Había que enfocar el negocio a lo grande, traer a artistas

consagrados, a Bonet de San Pedro, al trío Los Panchos y a Machín, a los divos del momento y de ahí para arriba, pagando lo que fuera necesario para hacer la competencia a Torremolinos y a Benidorm, que en ese momento comenzaban a ponerse de moda. Trataba de llevarla a su terreno haciéndole ver que aquel local tenía muchas posibilidades y podía convertirse en un emporio con la llegada de turistas en masa. Sólo necesitaba un hombre de negocios con imaginación a su lado que la quisiera a ella tanto como a la empresa. La canción que bailaban decía: «Mirando al mar soñé que estabas junto a mí...». Como toda respuesta hubo un momento en que la mujer apretó los senos contra el pecho del galán, que él interpretó como una prueba de que su labia había hecho mella tanto en la cartera como en el corazón de la dama.

—¿Es verdad que conoces a Machín en persona? —le preguntó ella con los labios muy cerca del oído.

—¡Amigo mío íntimo! —exclamó el Guapo, apostando de farol.

—Me encanta. A ver si un día me lo presentas.

Ésa fue la llave que en adelante le abriría la puerta. De hecho, al cabo de unos meses Tonica Cantó y Ricardo Seisdedos se unieron en matrimonio, con una boda por todo lo alto, con trescientos invitados. Hubo un gran banquete en el propio complejo alrededor de la piscina, aunque Machín no había aparecido aún por ninguna parte.

Después de dos años de casado no había abandonado el póquer duro ni las putas cada vez más caras, pero lo cierto es que Richard el Guapo le dio un gran impulso al negocio familiar. Por propia iniciativa, sin consultar con su mujer, comenzó a hacer reformas en el establecimiento llenándolo de mármoles y Antonio Machín, al que no conocía de nada, acabó por actuar una noche al aire libre en la pista de baile para coronar la fiesta de la patrona del pueblo. El éxito produjo un extraño giro en la mente del Guapo. Un día, mientras estaba sentado en su despacho rodeado de papeles, de pronto se sintió invadido por el sentimiento de una doble posesión: el negocio y su mujer eran suyos, absolutamente suyos, podía hacer lo que le diera la gana, y esa sensación de poder le bajó desde el cerebro por todo el cuerpo hasta el fondo de los pies como una oleada de sangre, y al pasar por los testículos los dejó duros como el mármol. A eso se llamaba triunfar en la vida, comprar cosas, jugar al póquer, apostar en los trinquetes de pelota, acostarse con las putas más caras y después llegar a casa y tener las camisas planchadas. Sólo faltaba que un notario diera fe de ello en escritura pública, cosa que el Guapo consiguió sin más problemas que el de hacerle cuatro carantoñas a su mujer. En la mayoría de los casos éstos son sentimientos vulgares, sin otro peligro más grave que la propia vulgaridad, pero de pronto en ellos se introduce un áspid venenoso.

En la mesa del despacho tenía una foto con marco de alpaca, que fue tomada durante el banquete de boda. Al pie de la tarta, detrás de los novios, en segundo plano, se veía el rostro de Ismael entre otros invitados. Después de dos años de tener presente aquella imagen, el Guapo reparó por primera vez en la mirada del joven empleado. Había algo en sus ojos que le perturbó. Realmente se trataba de un muchacho muy atractivo. Miraba a la novia con una veneración absolutamente entregada, una actitud que le sirvió para ganar la confianza absoluta de sus amos. Con el tiempo Ismael había dejado de ser ayudante del conserje del hotel para convertirse en secretario del matrimonio, una especie de asistente particular para todo. El día en que Ismael los llevaba en el coche a una notaría de Valencia fue cuando Richard empezó a imaginar que aquella

mirada de la foto guardaba un secreto, Y esta sospecha, al principio sólo una simple fantasía, al mismo tiempo que le despertaba los celos, le excitaba, y a partir de entonces comenzó a ahondar en esa sensación, aunque en ese momento aún le excitaba más el pensar que iba a firmar un testamento en que en caso de muerte de su esposa recibiría todos sus bienes en usufructo vitalicio con derecho a disponer de ellos si había necesidad.

Ricardo había intuido esta pasión imaginaria de Ismael y lejos de atajarla comenzó a avivarla de forma ladina empujando a su mujer a entrar en el juego real. Al principio todo era inocente y divertido. En las fiestas que se celebraban en la piscina el marido obligaba a Tonica a bailar con el joven empleado. «Hacéis una buena pareja», les decía. Sentado a una mesa con una copa en la mano, asentía con una sonrisa al espectáculo de aquellos cuerpos que se juntaban más de lo debido y luego se separaban coqueteando. Si cruzaban con él la mirada desde la pista, Ricardo les correspondía con un guiño de complicidad para animarles indistintamente a pegar más las carnes. Al ver a su mujer abrazada por aquel joven atractivo que tanta pasión ponía en el baile, con las mejillas juntas, a Ricardo le entraba un deseo furioso de poseerla y al recibir a su mujer en la mesa le daba un beso y le decía al oído: «Gracias, esta noche te voy a recompensar en la cama». Y ella reía acalorada, pero de noche, durante los juegos amorosos que precedían al coito preceptivo de otras veces, ahora Richard la obligaba a imaginar que ella hacía el amor con el empleado mientras él se limitaba a mirar. Tonica nunca pudo sospechar hasta qué punto este juego le abría por dentro pozos tan oscuros y excitantes. Richard cada noche le contaba historias eróticas y todas terminaban con el mismo desenlace. Ismael y ella en la cama y el marido contemplando la escena con ojos inyectados de placer. Al poco tiempo era Tonica la que le reclamaba esta forma de iniciar el coito mediante un relato cada vez más enrevesado y morboso.

Durante el día, cada vez que Tonica, su marido y el empleado coincidían en el trabajo, había una emoción añadida en cada gesto anodino. También las miradas tenían ya una doble veladura y las palabras un doble sentido cada vez más directo, abierto y desinhibido. Este juego finalmente derivó en una pasión oculta entre la mujer madura, atractiva y el muchacho encelado e inexperto. Comenzaron a rozarse levemente al cruzarse en algún pasillo, luego a besarse de forma furtiva, a cogerse de la mano bajo el mantel de las mesas de los restaurantes mientras el Guapo pedía la carta de vinos y elegía el más caro. El juego a veces llegaba hasta acariciar con el pie descalzo los muslos de la mujer durante los postres. Este río voluptuoso estaba destinado a desembocar muy pronto en el mar.

Una tarde caliginosa de verano en que el Guapo se hallaba enfrascado en naipes duros en un garito, Tonica e Ismael cayeron en una tentación inexorable que había sido meticulosamente preparada, aunque ninguno de los dos hubiera sabido explicar qué fuerza misteriosa les obligó a enredar sus cuerpos sin poderlo evitar ni medir las consecuencias. Mientras en el pueblo se celebraba una capea y sonaba la música de la banda municipal en lo alto de un catafalco de la plaza, Ismael entró en casa de Tonica y sin mediar palabra comenzaron a besarse en el pasillo y ella le fue desabrochando la camisa y los pantalones al mismo tiempo que lo empujaba hacia el dormitorio, donde ambos cayeron sobre la cama de matrimonio envueltos en una batalla a muerte. Al volver de madrugada a casa el Guapo encontró a su mujer despierta y él leyó en sus ojos que algo anormal había sucedido. El juego amoroso tuvo en ella una respuesta de pasión inesperada. Por primera vez Tonica le dijo que estaba cansada, que le dolía la cabeza, le pidió que apagara la luz y le volvió la espalda.

En la historia de un crimen es difícil saber en qué momento penetra la maldad en el tejido cotidiano de la vida hasta convertirle a uno en un asesino. Al abismo también se puede llegar por simple frivolidad. Richard el Guapo intuyó el adulterio en los ojos de su mujer y consideró que esto la ponía a su merced, como un atún dentro de la almadraba, y le daba una sensación de poder absoluto sobre la vida y la muerte. Pero los celos, al mismo tiempo que le excitaban, ya no le dejaban vivir y para librarse de esa angustia tomó una decisión muy arriesgada, que no dejaba de excitarle aún más si cabe. Todo era cuestión de esperar el momento propicio. El joven empleado y su ama se fueron enredando cada día más. Ricardo incluso dejó que el rumor de esta pasión se extendiera por el pueblo. Cuando consideró que la trama ya estaba madura le dijo a su mujer que tenía que ausentarse unos días a Valencia para contratar orquestas y vocalistas para los bailes de la piscina, no sin antes haber quedado con un guardia municipal, compinche en las partidas de póquer, que le debía dinero, al que hizo sabedor del asunto, para que de noche vigilara su casa y le avisara por teléfono si veía al muchacho entrar por la puerta principal o por la de servicio. El Guapo no salió del pueblo. Permaneció escondido en un sótano del polideportivo con suficientes viandas y bebidas, dispuesto a esperar, con la seguridad de que no sería demasiado conociendo la urgencia de la pasión de un joven de veinte años encelado hasta los huesos.

El pueblo estaba en fiestas. Hasta el escondrijo del Guapo llegaban los sonidos de pasacalles, de fuegos artificiales e incluso de las marchas de la procesión de la patrona, de petardeos de motos que iban y venían, de los boleros que sonaban alrededor de su propia piscina. Él esperaba. Un especialista en el alma humana describiría a este hombre agazapado en un agujero palpitando como una fiera en el momento de cazar y podría analizar todos los pensamientos oscuros que atravesaban su mente, la frialdad de su propósito unida a los latidos de su corazón que transportaban su codicia hasta los últimos capilares de su cuerpo. Y todo por nada, por el simple hecho de haberse enredado en deudas de juego, en promesas de matrimonio que había hecho a varias mujeres y por no poder soportar que el juego de seducción que había iniciado con su pareja por un simple capricho se le había ido de las manos y ahora le estaba haciendo sufrir.

Al comprobar que el enamorado no caía en la trampa, Ricardo salió de noche de su madriguera, se dirigió a un pueblo vecino y llamó a Tonica por teléfono para decirle que se iba a demorar varios días más. Después volvió de madrugada a su encierro con más viandas dispuesto a esperar. Pese a todo, el hecho de imaginar que su mujer podía estar en brazos de su amante en otro lugar le exaltaba los celos, lo consumía de remordimientos, le alentaba la venganza y al mismo tiempo le daba un placer insospechado.

Por fin, una noche de domingo en que en el pueblo se había celebrado el día grande de las fiestas con verbena en la plaza, el Guapo recibió la llamada que esperaba. A la una de la madrugada en la oficina del polideportivo sonó el teléfono y el hombre oyó una voz que le dijo:

—El chico acaba de entrar en tu casa.

—Está bien. Gracias.

—De nada —dijo la voz.

—Eres un amigo. Te perdono todas las deudas si callas —contestó el Guapo.

La acción se puso en marcha. Richard el Guapo cogió la pistola cargada, se la metió en el bolsillo, salió de su escondrijo y su sombra se alargó en la soledad de las calles hasta llegar a su casa. Abrió la puerta y anduvo con sigilo a oscuras hasta la habitación guiado por los gemidos de placer que emitía la pareja de enamorados en el propio lecho matrimonial. La luz del cuarto

estaba tamizada por la camisa del amante sobre la lámpara de la mesilla de noche. Sin mediar palabra el marido les sirvió cuatro tiros, dos para cada uno, y entonces dio la luz por completo y cuando vio con certeza que habían muerto el corazón le palpité por un doble motivo: había matado a dos personas y él ya era rico por sí mismo mediante aquel acto de honor.

Esa misma noche se entregó en el cuartelillo de la Guardia Civil. Estaba entero, como un marido vengado en su afrenta. Confiaba en la justicia. Por su parte se había tomado la molestia de aprenderse de memoria el artículo del Código Penal que en el momento del juicio el abogado exhibiría a su favor: el que sorprendiera a su mujer en adulterio y la matare será condenado a dos años de prisión y seis de destierro del lugar.

La opinión del pueblo se dividió en dos: unos ponderaban el orgullo indómito del Guapo que había llegado al crimen como un ejercicio de expiación de su mala vida, por lo que sería perdonado. Otros, en cambio, comenzaron a sospechar que algo turbio había en este asunto, puesto que el Guapo antes del crimen, había creado una sociedad en la que él se había constituido en dueño absoluto de todos los bienes de su mujer. No eran más que habladurías. Las mismas que corrían por los sillones de mimbre del hotel Voramar.

El legado del escritor

Por mis lecturas afortunadas de adolescente supe desde el principio en qué consistía el milagro de escribir bien, y esta percepción la compartía con la conciencia de mi incapacidad para llegar a ser un buen escritor por mi falta de fuelle y de talento. En este oficio o eres uno de los grandes o no eres nadie. Siempre he compadecido a los estudiantes de piano o a las chicas que practican ballet. Todos sueñan con ser grandes concertistas o con interpretar como primera bailarina *El lago de los cisnes*, en la Scala de Milán y en los mejores teatros del mundo, pero el duro sacrificio de muchos años suele terminar tocando la canción de *Amapola* en el bar de un hotel de cuatro estrellas o dando clases de gimnasia en un colegio. Condenado en todo caso a ser un autor menor, me asaltaba la tentación de abandonar esta pasión para dedicarme a jugar al fútbol, ir al gimnasio, estudiar una carrera que tuviera muchas salidas y ser el día de mañana registrador de la propiedad o notario, cosa que complacería mucho a mi padre. Se trataba de sacrificar tres años ante un programa de cuatrocientos temas de Derecho y si sacaba las oposiciones ya no tendría que trabajar más. Podría vestir abrigo de cachemir, corbatas de seda y trajes gris marengo; me levantaría de la cama a las once de la mañana y sería un señor respetable. En cambio, escribir era una aventura en la que uno tenía la obligación de descubrir cada día una isla del tesoro. Esto me deprimía hasta el punto de que a veces encontraba un placer masoquista con sólo verme desolado ante el espejo del cuarto de baño.

Si persistía en la idea de ser escritor tenía dos caminos: huir para acumular experiencia viviendo aventuras y pasiones de primera mano o quedarme anclado y pasarme los días leyendo boca arriba en la cama, en el sofá o en la hamaca hasta que las lecturas acumuladas en un bulbo del cerebro rompieran la pared y se derramaran por todo el cuerpo como una corriente convulsa hasta llenar los brazos y asomar por la yema de los dedos para entrar en contacto por pura inercia con las teclas de la máquina Hispano Olivetti. Todos los héroes de novela leídos, todas las pasiones sentidas a través de los libros se me habrían hecho sangre y saldrían al papel con una vida propia.

El caso de sangre en que murieron dos amantes había sucedido un par de años antes en un pueblo de Valencia y daba la casualidad de que yo conocía al asesino, quien una tarde me ofreció un cigarrillo Pall Mall y me dio fuego con su Dupont de oro. Había escrito la historia de ese crimen según las habladurías que corrían por los sillones de la terraza del Voramar, y sin duda no conseguí extraer todos los matices con que el destino rige las pasiones de algunas criaturas.

Necesitaba recuperar la fe en mí mismo y, sabiendo que sería un juez benévolo, a veces le leía al doctor Aymerich los apuntes que tomaba en mi cuaderno de tapas negras. Había escrito ya

algunos bocetos más o menos acabados de algunas historias. María, la cocinera del hotel, me había inspirado el relato *La mujer de la bicicleta roja*, según la experiencia que ella nos había contado aquella noche de San Lorenzo en la escalinata del hotel mientras el cielo estaba lleno de estrellas errantes. Según la opinión del doctor, debería trabajarla más. El estilo realista exigía un lenguaje muy apretado y duro como un hueso. En esa historia se echaba de menos un análisis más profundo, aunque fuera sólo poético, de lo que significaba una bicicleta para una niña que se hizo adolescente sobre su sillín y luego se convirtió en una muchacha alegre y feliz que quería ser maestra de escuela. La bicicleta fue en el siglo XIX el primer vehículo romántico que te permitía ser libre. Si la chica de la historia la usaba para ir al instituto, a la Normal, a la playa en verano, de excursión con su novio, debería estar más metida en sus sueños y relatar con todo pormenor cómo le fue incautada después de la guerra junto con todos los bienes de su marido y la forma en que luchó por recuperarla con el deseo de volver a los felices tiempos perdidos en medio de una tragedia.

El hecho de que el doctor se tomara en serio mis primeras tentativas de escritor me animó a seguir llenando el cuaderno de historias reales o imaginarias. Me dio un consejo. A mi edad debería probar primero a escribir poemas. La narración exigía más experiencia. Tenía que vivir más, sufrir más, gozar más, haber reído y llorado más, haber sido golpeado por la vida para llevar esas heridas a las novelas. En cambio, la poesía sólo requería sensibilidad e intuición, un espíritu sin adherencias, para que la mente penetrara de forma muy pura en la esencia de las palabras. Porque la poesía se hacía sólo con palabras, con su sonido, con su cadencia. Pero yo me sentía ridículo luchando contra crepúsculos amarrotados y amaneceres de rosa, envuelto en perfumes de azahar o exaltando lleno de pasión amorosa el color de las mejillas de las niñas que me gustaban. Yo quería ser un escritor duro.

No lo era suficiente, según parece, porque el doctor me recriminó que no hubiera captado el alma de Dostoievski, mi autor preferido de aquel verano, para transferirla a la historia del crimen que le acababa de leer. Por supuesto, Richard el Guapo no era Raskolnikov, pero no se puede leer a Dostoievski impunemente. El crimen que cometió el protagonista del relato no tenía nada que ver con el artículo del Código Penal que favorecía sus planes. Era la historia de unos celos provocados por el criminal que se habían vuelto contra su propia alma como un áspid venenoso; era la pasión del perdedor en el juego como destrucción y al mismo tiempo la sensación de omnipotencia, no exenta de vanidad, que le daba apretar el gatillo de la pistola y ver que el mismo proyectil, después de atravesar la espalda del amante, se introducía en el cuerpo de su esposa como una eyaculación de plomo y no de esperma. Tal vez en el fondo el asesino era sólo un galán impotente. ¿Por qué no investigaba por ahí? En el relato Richard el Guapo no encontraba ni un solo segundo para dudar. Cuando estaba agazapado en el sótano del polideportivo esperando la llamada para entrar en acción había que describirlo como un ser acosado por su propia conciencia, o como un animal que huye de sí mismo y que a la vez se dispone a atacar. En el fondo era un crimen gratuito, que destruía el orden natural de las cosas. ¿Un crimen gratuito?, pregunté. Fue una pregunta que, sin pensarlo, me abrió un mundo. El doctor me recomendó que leyera una novela prohibida en España y titulada *El extranjero*, de Albert Camus, un autor que no me sonaba de nada. Fue su primer regalo. A partir de esa novela abandoné a Dostoievski y a sus almas pecaminosas y podridas y comencé a descubrir el Mediterráneo, que tenía a unos pasos ante los ojos desde niño y que yo ni siquiera sospechaba que existía. Frente a esa voluptuosidad solar sin

sentido moral dejé *La montaña mágica*, de Thomas Mann, y *Manhattan Transfer*, de John Dos Passos, para más adelante.

La lectura de Albert Camus me llevó a la primera visión consciente que, a los cuatro años, tuve del mar como una forma de libertad. Acababa de terminar la guerra. Fue en la fiesta de San Pedro de 1941, cuando un labrador que vivía frente a casa, después de misa primera, arreó su caballo con collera de campanillos, lo unció al carro de labranza y fui invitado junto con mi hermana Rosita para acompañar a su familia en una excursión a la playa. Después de una hora de viaje el carro del labrador, que llevaba colgada del barandal una paella como un escudo romano, llegó a los marjales de Nules, donde había acequias dormidas rayadas por insectos, sobrevoladas por libélulas y charcas primigenias con nenúfares salvajes, y desde los carrizos las ranas saltaban al agua. Había también grandes copas de sauces llorones, higueras y ciruelos. Los sapos palpitaban bajo las verdolagas y me miraban con ojos vidriosos. En aquel silencio del paraíso sonaban voces y risas de otras pandillas que encendían fuegos para preparar arroces y longanizas con tomate. Las ranas estáticas, inamovibles, con las piernas abiertas en el agua estancada las tengo todavía como el símbolo de la eternidad. Las acequias estaban cubiertas con limo verde que sabía a fruta amarga. La piel del conejo recién sacrificado se pegaba al tronco de un chopo mientras el sofrito crepitaba en las sartenes. Así era el rito que abría el verano. Yo no conocía todavía la sensación del pecado. Recuperar esa armonía natural para convertirla en una moral era lo que me había enseñado la lectura de Albert Camus.

Aquella mañana me perdí entre unos cañaverales y vi una escena que tardé mucho tiempo en interpretar. Un chico y una chica echados en la hierba parecía que se estaban peleando a muerte. Sus cuerpos desnudos se entrelazaban, rodaban. Unas veces ella estaba arriba y otras abajo. Con la respiración contenida asistí escondido en unos matorrales a una lucha sudorosa llena de mordiscos y lengüetazos, risas y gemidos. La chica se quejaba cuando el chico le mordía los muslos, pero enseguida recobraba fuerzas, incorporaba la espalda llena de tierra y de hormigas y le agarraba del pelo y le hundía la cabeza entre sus piernas y le pedía por favor que siguiera. «Mátame, mátame», le decía, llorando y riendo. Este ejercicio misterioso sería más tarde descrito bajo el nombre del amor. La pareja había escapado de su pandilla para amarse al resguardo de un sauce entre insectos y serpientes, en medio de aquel paisaje del cuaternario. Por la tarde vi a la chica muy pudorosa bañándose en el mar con enaguas.

El viaje continuó después de comer hacia una playa cercana con el aire ya cargado de sal. Conservo fragmentos de visiones superpuestos como los vidrios de un espejo roto. Las ancas del caballo marcaban toda su musculatura sudada y cruzada de venas a punto de estallar al tirar del carro cuando las ruedas se trababan con las primeras dunas. Sonaba entonces el látigo del labrador y también los campanillos de la collera se ponían furiosos. El animal ganaba con mucho esfuerzo la arena entre los cantos azules rodados y aunque el mar aún no se veía sonaba ya el oleaje seguido por el bramido de la resaca. «Ahí está, ahí está», gritaba alguien. A mí se me antojaba que nos íbamos a enfrentar con un monstruo. Al coronar la última barra de dunas, anunciado por un golpe de brisa fresca, el mar se ofreció delante y recuerdo todavía la alegría salvaje que el clamor de su luz me liberó entre los gritos de felicidad de todos.

Aquel día de San Pedro en la playa había muchos carros de labranza en medio de la arena y sentada a la sombra de sus velas o de las barcas de pescadores varadas a media tarde la gente

merendaba longanizas con tomate, abría sandías y echaba tragos de vino y los niños se perseguían lanzando gritos de placer o lloraban y todos los sonidos se fundían con la claridad del cielo hasta hacerse de su misma sustancia. También había silencios. Muchos dormían. Se veían caballos dentro del mar y el oleaje les llegaba hasta la barriga y dejaba espuma en los ijares y los dueños les echaban cubos de agua en las crines sin quitarse el cigarro de la boca, con los pantalones arremangados y sombrero de paja. Los caballos relinchaban y cerca de ellos las muchachas se bañaban con enaguas cuyo vuelo recogían con el puño para que las olas no descubrieran sus muslos, pero al salir del mar llevaban la ropa mojada muy pegada a la curva del vientre y les marcaba una sombra en el pubis que atraía las miradas de los hombres. La pareja a la que vi aparearse de forma descarnada estaba ahora a la sombra de una barca varada junto con el resto de la pandilla bebiendo vino, cantando tonadillas obscenas, con las mejillas encendidas por el calor de la canícula.

Bajo la cúpula solar muy violenta yo fui uno de aquellos niños que cayó rendido. Quedé dormido en medio de la playa y dentro del sueño aún oía, como aquella tarde durante la sesión de hipnosis del profesor de ciencias ocultas, los mismos golpes del oleaje hasta que lentamente todo el mar se fue hundiendo en mi inconsciente, pero dentro de mis sentidos sonaba el bullicio de los bañistas con una resonancia neumática y la voz de alguien que decía: «Manuel, despierta. Nos vamos ya». Esa voz de mi hermana Rosita se superpuso aquel verano en la terraza del Voramar a la del profesor Leo Bogardi, que me mandaba también que abriera los ojos.

—Despierta. La sesión ha terminado.

En el momento de partir mi hermana Rosita señaló una casa de pescadores pintada con cal y rematada con una cenefa de azulete con el nombre de Villa Alegría.

—Ahí vivíamos nosotros cuando empezó la guerra —me dijo—. Tú eras un niño de pañales.

El día de San Pedro de 1941, al llegar al pueblo, la gente endomingada tomaba el fresco en la puerta de casa con las mesas llenas de cáscaras de sandía. Esa noche las sábanas estaban llenas de granos de arena y la banda de música tocaba la obertura de *La boda de Luis Alonso* en una serenata en la plaza, y mientras sonaba la música, dentro del placer de la fatiga, en sueños tenía la sensación muy agradable al pasar la lengua por los labios hinchados de sal y la piel ardiendo por el sol inoculado que mi madre me calmó con un masaje de aceite de oliva.

Cuando el mago Leo Bogardi me hizo salir del letargo y algunos veraneantes me preguntaron qué había visto en el otro lado del cerebro pude haberles contado mi experiencia de la infancia con mis sentidos diluidos dentro del mar, las voces, las risas y juegos en la playa, el sabor de las algas unidas a la memoria, las canciones en torno a los guisos a la sombra de las higueras cuyo olor acre se fundía con un silencio del cuaternario, la imagen de aquel amor violento de dos cuerpos desnudos que se devoraban detrás de unos matorrales. Pero eso no lo había descubierto literariamente todavía, pese a haberlo vivido. Fue una conquista ardua que sólo alcancé cuando supe que el Mediterráneo era una pulsión moral sin Dios, un mar interior que sólo se navegaba desnudo sin más adherencias que el deber de sobrevivirse todos los días.

La isla del tesoro

Después de haberlo vivido tantos años, aquel verano era la primera vez que me enfrentaba al mar. El coronel Alberto Morata se me presentó de repente para decirme que al día siguiente, a las seis de la mañana, me esperaba al pie del león de escayola de la escalinata del hotel para que le acompañara en busca del tesoro. El coronel tenía un barco de 31 pies, con el nombre de *Zorro One*, atracado en el Náutico de Castellón. Me advirtió que llevara la ropa apropiada, un chubasquero, unas zapatillas con suela de goma blanca, una gorra de visera y todo lo que se me ocurriera para combatir el frío o el calor. Lo demás era cosa del ánimo porque, según me dijo el coronel, hay que navegar con el corazón. Quedaban de su cuenta las viandas precisas, frutos secos, mojamas, pan y fruta, en cantidad suficiente para pernoctar en el barco si lográramos fondear al abrigo del viento en la mayor de las islas Columbretes.

A las seis de la mañana del día de la Virgen de Agosto, víspera de la festividad de San Roque Peregrino, a la hora exacta el coronel me esperaba al pie del león con la bolsa de lona que compró en Hamburgo, su gorra de la liga hanseática, pantalón de loneta y una chupa de raído algodón. Hay navegantes que van disfrazados de marinero, pero el mar te bautiza con su nombre después de que le hayas dado suficientes pruebas de que eres esforzado y, al mismo tiempo, precavido. Sólo entonces te conviertes en un auténtico lobo de mar por dentro y no por fuera.

Estas cosas me decía el coronel mientras me llevaba desde el hotel en su coche por la carretera de la costa hasta el puerto de Castellón. Los jardines de las villas estaban penetrados por la primera luz cenicienta y detrás de la verja rematada con lanzas doradas de la mansión del pez gordo franquista se veían sillones y tumbonas bajo las palmeras centenarias, que sobresalían varios metros por encima del tejado. Sin duda en la habitación de la torreta dormiría el conde a pierna suelta como el resto de los burgueses, capitanes de empresas cementeras y de la construcción, profesionales de la medicina o de la abogacía cuyas placas adornaban las jambas de las mejores fincas de Valencia. Algunos propietarios de las villas, todas bautizadas con nombres de mujer, tenían mucho prestigio en la región y sus vástagos bronceados y sus hijas de oro eran bocados deliciosos para las comadres casamenteras. Esos ejemplares humanos por las tardes se saludaban con una inclinación de cabeza cuando se cruzaban en el paseo y en los puestos de helados.

Pasado el torreón y la almadraba, en el borde del mar estaba la villa que le acababan de construir los soldados al capitán general de Valencia. En su jardín se elevaban dos enormes palmeras que mandó traer del patio interior del Ayuntamiento de Castellón. Un día de agosto, mientras el alcalde estaba veraneando en el balneario de La Toja, mandó a un comandante con la

orden perentoria de que las arrancaran de ese lugar simbólico donde habían crecido a lo largo de un siglo para trasplantarlas en el jardín de su villa. El alcalde en funciones no pudo hacer nada para evitarlo. Una excavadora les sacó de cuajo el cepellón y en un volquete del Ejército fueron trasladadas a su jardín de Benicasim. Cuando el capitán general decidía bañarse en la playa una guarnición de soldados con el fusil cargado y la bayoneta calada despejaba la arena y hacía guardia para impedir que alguien se le acercara en cien metros a derecha e izquierda. Ahora el capitán general también dormía y al pasar por delante de su villa el coronel subió la mano derecha hasta la visera de la gorra marinera y esbozó un saludo militar, como un acto reflejo condicionado.

Cerca ya del puerto se veía a mucha gente durmiendo bajo los pinos. Era uno de los ritos de aquella fiesta de la Virgen de Agosto. La gente había bajado al Grao desde la ciudad. Familias enteras habían extendido mantas junto a coches, motos, tartanas y carretas en una acampada campestre. Al caer la tarde del primer día los niños suplicaban a los padres pasar la noche en la playa. Unos padres transigían y otros no. Cuando los niños conseguían por fin su propósito comenzaban a gritar: «*Ens quedem, ens quedem!!*». Y ése era el grito de felicidad, que se ondulaba en el aire de lado a lado hasta el mar. El campamento dormido que ahora se extendía en la pinada del puerto eran los vencedores de aquel desafío.

Primero tomamos un café en una cantina del puerto donde los participantes en el concurso de la pesca del atún se surtían de viandas, realizaban apuestas y soltaban bravatas. En la explanada algunos viejos pescadores vendían cucharillas y palomitas de curricanes y distintos cebos y carnadas, según salieran al atún o a otras capturas. Llegado el momento, al pie del pantalán el coronel me tendió la mano para ayudarme a subir a bordo de su barco. El sol aún no había secado la humedad en la cubierta. Los catavientos pendían muertos en los obenques y el trapo del pabellón de la bandera española también permanecía flácido e inmóvil en la popa sin un hálito de brisa. El coronel pasó la yema de los dedos por los aparejos y dijo que el rocío indicaba que había anticiclón y que el mar estaría apacible. Empezábamos con buena suerte, cosa que en la navegación es una gracia nunca merecida.

Salvo alguna excursión que realicé de niño en una golondrina cargada de pasajeros, ésta era la primera vez que salía en barco a la mar con un propósito deliberado como navegante. Nuestro destino consistía en descubrir el tesoro. No sabía quién de los dos, el coronel o yo, era más insensato o fantasioso, ya que entre nosotros la imaginación no encontraba barreras y se retroalimentaba con un optimismo infantil. Pese a todo, el coronel se tomaba muy en serio todos los detalles previos a la travesía, como un profesional de la mar. Para empezar, tenía el barco muy cuidado, cada driza, escota, cabo, manivela, cornamusa y rodela a punto, con los nudos correctos y los goznes del ancla engrasados, la mayor bien plegada sobre la botavara y el foque trincado al estay con mosquetones. Sin que yo tuviera experiencia alguna ni supiera apenas nada del mundo marino, notaba que aquel hombre maduro sabía lo que se traía entre manos, aunque fuera militar de tierra, cosa que a un novato como yo le daba mucha confianza. Su barco tenía el carácter de un animal salvaje bien domado y bien navegado, con todos los aparejos elegantemente fatigados. Lo primero en un buen navegante es ser precavido, dijo al abrir el camarote. Fuera de esto, el hombre parecía un soñador.

En el camarote el coronel me mostró la mesa de cartas, los distintos compartimentos y pañoles, la ducha, la caja de herramientas, el bichero, los salvavidas, las bengalas. Hizo que aprendiera a manejar la radio y otras cosas elementales que yo trataba de absorber de memoria.

Mientras colocaba en su sitio cada uno de los enseres y preparaba unos curricanes para entretenernos durante la travesía, el coronel me contaba sus aventuras de mar y algunos casos de naufragios que tal vez había sacado de las lecturas de algún libro de piratas. Me juró que un día por estas aguas habían extraído del fondo del mar a una Venus hermafrodita, dotada de genitales masculinos y femeninos, tal como yo la había descrito en la sesión de hipnosis.

—¿Que te parece?

—Me parece bien —le dije.

—Seguramente habrá más —añadió el coronel.

Entonces puso en marcha el motor. A continuación empuñó la caña y comenzó a darme órdenes de forma que no tuviera que traducirme el vocabulario marino. Tenía que largar las amarras de proa y recoger la guía de las de popa. Si yo dudaba, el coronel repetía las instrucciones con palabras corrientes sin humillarme ni darle más importancia. Se caló la gorra e inició la maniobra. Lentamente el barco abandonó el atraque del pantalán y yo iba de pie en cubierta agarrado al estay de proa. La dársena del Náutico tenía el agua dormida bajo manchas iridiscentes de gasoil, que al partirlas la quilla realizaban otros dibujos informales de color azul y amarillo. Enseguida la velocidad de tres nudos me obsequió con una agradable brisa en la cara. Otros barcos de pescadores y de deportistas abandonaban también la bocana del puerto a esa hora incierta del amanecer, cuando el mar tenía un color de plata vieja aunque el rodano de las agujas de Santa Águeda ya estaba encendido con un color dorado.

Desde el mar vi por primera vez el perfil de la costa. Fue una sensación casi espiritual, por decirlo de alguna forma. Aquella tierra era la mía, pensé, al pie de la sierra de Espadán había caído yo a este mundo desde la nada, aquella luz era la que me había alimentado, dentro de ella había crecido, aquel paisaje era mi placenta, aquellos montes llenos de trincheras, que recorrí en la niñez buscando balas, bombas y morteros, ahora mostraban una sombra de humo. Allí estaba mi pasado, con mis primeras correrías y experiencias. Desde la mar creí que me estaba contemplando a mí mismo con una visión extracorpórea, y aunque este pensamiento me parecía ridículo fue una experiencia que no he olvidado.

El coronel puso rumbo noreste hacia el cabo de Oropesa y después de una hora de navegación a motor, a cuatro nudos, llegamos a la altura del hotel Voramar, donde el patrón tenía que realizar las mediciones correctas en la carta náutica para llegar al punto en que se hallaba sumergido el tesoro que buscábamos.

Durante este trayecto amaneció abiertamente y no resistí la tentación de repetirle al coronel los versos de Homero, la aurora con sus dedos de rosa, creyendo que celebraría con admiración ese pequeño alarde poético, pero el hombre se limitó a sonreír ante algo tan consabido, mientras preparaba el primer bocadillo de mojama. El mar mostraba una calma blanca, ligeramente vinosa, sin un rizo. El motor sonaba hasta muy lejos y en el horizonte se veían algunas barcas de pesca de arrastre faenando el salmonete con la primera corrida. Pensé que en ese momento María la cocinera acabaría de llegar al hotel montada en su bicicleta roja, Brigitte Bardot estaría en la cama con un camisón de seda color malva, Richard el Guapo tal vez dormiría con una redecilla en la cabeza para no despeinarse y el elegante anciano paralítico Gabriel Casamediano tendría un paquete de cartas en la mesilla de noche selladas en ciudades lejanas. En la playa había ya algunos bañistas paseando descalzos por la arena, alguna mujer solitaria, soñadora de mediana edad, algún caballero cardíaco que simplemente quería bajar la tripa.

En el hotel se había quedado la señora del coronel, con la que no pasaba día que no tuviera en público una bronca sonada. Algunos creían que estaba un poco desequilibrada porque disfrutaba llevándole la contraria a su marido. Le corregía cualquier mínima equivocación, como quien le pillara en falta, aunque se tratara de cosas que ella ignoraba por completo. El coronel se limitaba a elevar los ojos al cielo y a soltar una imprecación por un lado de la boca, cosa que divertía a los amigos hasta que se producía la explosión. Doña Jerónima Santos era hija de un general y creía que esto le daba un ascendiente sobre su marido, que sólo era coronel.

La silueta del hotel Voramar se elevaba a babor. El coronel señaló la tercera habitación de la segunda planta y dijo sin más. «Ahí está ella». En principio creí que se refería a su mujer, pero se trataba de la chica francesa que al parecer lo traía de cabeza. «Cómo está de buena esa niña», repetía a menudo. Esa frase había sido motivo más de una vez de que se desencadenara una tempestad matrimonial, que al coronel le parecía más peligrosa que el azar de cualquier travesía. El hotel, en medio de la primera calima dorada, parecía estar lleno de fantasmas. Uno de ellos, al que yo adoraba, era el doctor Aymerich, que ahora estaría durmiendo metido en un pijama a rayas. Otro era mi tío Benjamín, gracias al cual estaba yo pasando las vacaciones en la playa, lejos del pueblo. Mi tío se había caído de un caballo en una fiesta taurina que celebró con unos amigos en una dehesa de Sevilla. Lo trajeron a casa en camilla con los huesos quebrantados y el asa de la nuca machacada. Ese verano tomó habitación en el Voramar para realizar ejercicios de recuperación en un establecimiento situado muy cerca en la falda del monte, al que yo lo acompañaba todos los días para una sesión de baño con algas, junto a curas de barro y masajes. Estaba lleno de enfermos en silla de ruedas quebrantados por la parálisis. Yo llamaba a aquel lugar la montaña mágica. A veces estos enfermos venían a la terraza del hotel a tomar helados.

Teniendo a popa el Voramar enfilamos el rumbo hacia las islas Columbretes, situadas a treinta millas de la costa. Antes que nada, el coronel puso a trabajar el curricán. Lanzó al agua la cucharilla, fijó el sedal en la cornamusa de la aleta de popa y a continuación me ofreció el bocadillo de mojama, y al cuarto bocado el mar comenzó a rizarse con una ligera ventolina. El sol apenas levantado iluminaba sólo una cara de las pequeñas olas y también encendía de un lado a las primeras gaviotas. La visión de la tierra comenzó a ensancharse. A estribor cerraba el paisaje el castillo de Sagunto. A popa se elevaban las agujas de Santa Águeda. Más allá humeaban los dientes de la sierra de Espadán y en ella se erguía la cima del Puntal de Eslida, cuya escalada era un reto que marcó mi iniciación a la hora de abandonar la niñez para convertirte en un adolescente audaz. A babor el cabo de Oropesa se abría a los bajos de Alcocebre.

Ahora tenía ante mí otro reto en el mar. Más que encontrar un tesoro, lo importante era no marearse. No podría perdonarme nunca empezar a vomitar como un niño y echar todo el bocadillo de mojama por la borda. Me consolé pensando en que Ulises también se mareaba. Si tuve un momento de angustia debido sobre todo al olor del gasoil, se me pasó cuando a las dos horas de navegación vimos saltar a flor de agua a un pez trincado al anzuelo, que tiraba con fuerza del sedal. «Hemos cogido una llampuga», exclamó el coronel. Era un pez con vetas verdes, azules y amarillas muy brillantes, que enseguida se apagaron para tomar un color ceniciento en cuanto expiró dentro de un cubo en la bañera. «Éste es un pez pequeño en el Mediterráneo —dijo el coronel—, pero después de atravesar todo el Atlántico llega con más de cien kilos al Caribe y allí le llaman pez dorado».

El coronel tenía propósitos muy elevados. Con una habilidad fuera de toda duda cosió el

cuerpo de la llampuga en el anzuelo y el sedal y la echó al mar para que sirviera de carnaza. Trataba de pescar una lecha, un propósito que no había conseguido nunca y se había convertido en un ideal de su vida. La lecha tenía a la llampuga como un bocado exquisito. Gracias a este ajeteo de la pesca, la primera vez que lo contemplaba en alta mar, dejé de pensar en mí mismo y comencé a diluir mi espíritu en el horizonte, otra virtud fundamental del buen navegante. Al poco rato se levantó la brisa y el coronel se dispuso a izar las velas, y en cuanto apagó el motor comenzó a sonar el oleaje en las amuras y el viento a vibrar en la tensión del foque y de la mayor, y con todo eso tuve la primera experiencia de la gloria de navegar. Y mucho más porque en medio del silencio del mar sentí un fuerte tirón en el sedal que me vibraba en el dedo. El coronel se hizo cargo del asunto y dijo que algo muy gordo llevábamos trincado en el anzuelo. Comenzó a cobrar suavemente el aparejo y entre el hombre y el misterioso pez se estableció un combate muy duro de cobrar y amollar para traer la captura hasta la bañera. «Ahí hay un monstruo de más de cincuenta kilos. Me has dado suerte. Si es una lecha, éste será un regalo inolvidable», dijo el coronel. Pero de pronto la lucha terminó. Había perdido toda la tensión en la mano. El monstruo se había tragado la llampuga y había partido el sedal. El coronel volvió a preparar la cucharilla y puso a trabajar de nuevo el curricán y no pasaron ni dos minutos y ya había picado un atún de dos palmos. Estábamos atravesando un banco y aquél había sido el primero, que sirvió para llenar medio cubo.

Hasta ese momento no habíamos hablado del tesoro, aunque los dos lo llevábamos en el pensamiento. Por mi parte no era más que un juego literario, pero el coronel se refería a esa visión como algo real, que íbamos a contemplar en cuanto alcanzáramos la posición correcta. A popa aún se hacían muy presentes las agujas de Santa Águeda. Las villas de Benicasim estaban a punto de desaparecer en la calima y el hotel Voramar se había convertido en un punto blanco. La costa comenzaba a ser algo mental, una línea brumosa que ya no se distinguía del pensamiento.

Las velas desarrollaban cuatro nudos y tuvimos que realizar bordadas para llegar al punto deseado, puesto que el viento no era muy propicio. Sólo la pericia del coronel hizo que después de cuatro horas de navegación nos encontráramos con la proa enfilada sobre nuestro deseo. Las referencias eran las exigidas por la carta. A estribor se avistaba el humo del cabo de San Antonio de Denia y a babor el cabo de Oropesa. Entre los dos salientes calcáreos se formaba la comba del golfo de Valencia. Más allá aparecía Peñíscola, el monte Caro y el Montsià en el horizonte de las aguas de Tarragona. Eran las diez de la mañana y el sol estaba ya debidamente levantado para que el ángulo de sus rayos, según el coronel, incidiera de forma adecuada hasta el abismo. El mar tenía las aguas azules muy transparentes, con un oleaje suave, que no tenía por qué impedir que la luz llegara a unas veinte brazas de profundidad.

El coronel acuarteló las velas y el barco dejó de navegar, movido sólo por una deriva apenas perceptible.

—Si mis cálculos han sido correctos aquí debajo tenemos el tesoro, chaval. Dime si se ve el fondo desde uno u otro costado de cubierta.

—Nada, mi coronel. No se ve nada.

—Hay que insistir. No pretenderás descubrir un tesoro a la primera de cambio. Hay que sufrir.

—Ahora veo la cucharilla plateada del sedal que brilla sobre un lecho de algas.

—No pueden ser algas. Si fueran algas el color del mar sería de un azul zafiro. Este azul esmeralda indica que el fondo es de arena. ¿No brilla nada más ahí abajo?

—Nada.

—Piénsalo mejor.

—Nada, mi coronel. Pero si el azul del mar unas veces es de esmeralda y otras de zafiro parece que el tesoro está en la superficie. No hay por qué buscado abajo. ¿No le parece?

El coronel celebró esta salida con una sonrisa ladeada, mientras desde una aleta escrutaba el abismo. Los rayos de sol a esa hora flechaban la superficie del mar en un ángulo de cuarenta y cinco grados y su lanzada se alabeaba y se quebraba dentro del agua. A medida que se acostumbraban los ojos, el fondo se hacía más patente. Permanecimos una hora en aquella situación hasta que el sol nos impidió ver más allá de tres brazas de profundidad. Con lo cual el coronel decidió que siguiéramos navegando rumbo a las Columbretes. De regreso podríamos tener otra oportunidad. Al fin y al cabo el tesoro no se había movido de ese lugar desde el tiempo de los sarracenos.

Al descuartelar las velas el barco comenzó a navegar y el aparejo del curricán volvió a trabajar. El coronel sacó otras viandas y mientras preparaba los bocadillos se puso a cantar alegremente una tonadilla italiana.

*Quant'è bella giovinezza
che si fogge tuttavia!
Chi vuol esser lieto, sia:
Di doman non c'è certezza.*

En efecto, era muy bella la juventud, que sin embargo se va, quien quiera ser feliz sepa que del mañana no hay certeza. A cinco nudos, con un viento de través íbamos a avistar las islas en un par de horas. El coronel me parecía un hombre romántico, con un punto de demencia necesario para que mi imaginación tomara partido por él. Tumbado boca arriba en la cubierta con la gorra en la cara, comencé a pensar en mis cosas, pero ahora cualquier pensamiento vulgar estaba poseído por la intensidad del silencio del mar, por la música del viento, excitado por la soledad. Esa idea no me abandonó desde aquel día. Nuestro espíritu toma la forma de la naturaleza.

Después sobrevino una encalmada, pero el coronel estaba dispuesto a aprovechar el menor soplido de viento con tal de no verse obligado a poner el motor, cosa que consideraba un sacrilegio. Herir la brisa de sal con el olor del gasoil y romper la armonía del silencio con un petardeo monocorde era lo último que estaba dispuesto a hacer. El foque daba bandazos y la botavara trasluchaba violentamente con un trallazo sobre mi cabeza. La luz pesada, harinosa parecía haberse apoderado de nuestras conciencias. Me di cuenta entonces de que el viento era la musculatura de un dios muy poderoso que ponía en tensión no sólo las velas, las jarcias y las escotas, los obenques y estáis de la embarcación, toda su nervadura hasta hacerla crujir, sino que era un don que tenía que atravesar nuestro cuerpo antes de impulsar la proa con el rumbo adecuado. Ésa fue la segunda lección que aprendí en aquella travesía. Cuando el viento se volvió a levantar el coronel me invitó a coger la caña. La sentí vibrar en el puño. «Deja que el viento pase primero por tu mente y entonces comprenderás por qué la historia se ha hecho a la velocidad de las velas». Luego me dijo que debía procurar que el cataviento señalara siempre al centro de la vela mayor. Así navegaba la embarcación con todos sus sentidos.

Era media tarde cuando avistamos las islas. El sol estaba sobre la sierra de Espadán. Pocas

millas al este se levantaron en el horizonte las formas de cuatro agrupaciones rocosas iluminadas por una luz dulce de poniente. El coronel me dio los nombres. La isla Grossa, la Ferrera, la Foradada y el Carallot o Bergantí. Sobre la isla Grossa aparecía el bastimento blanco del faro. Luego me explicó que los griegos las llamaban Ophiusas y los romanos las bautizaron Columbrarias, que derivan los dos nombres del vocablo culebra, aunque allí lo más abundante no son las serpientes sino una lagartija autóctona interesante, halcones de Leonor y gaviotas Audouin, algunos alacranes de mucho carácter y un farero que se llamaba Tomás, amigo suyo, que esa noche podría darnos una sopa de pescado.

—¿Y después?

—Después, tumbados boca arriba en la cubierta contaremos estrellas, como si fueran las pecas que tiene en los hombros esa chica francesa. Qué buena está esa niña.

Pensé en la advertencia de mi tío Benjamín. Si al coronel le gustaban los chicos, hasta el momento no había descubierto en aquel hombre tan espontáneo una sola mirada de doble veladura, pese a que seguía insistiendo en que la Venus hermafrodita era la diosa más completa de la mitología, la fuente de toda fertilidad, pues más aún que los genitales dobles de Afrodita al coronel Morata parecían interesarle las pecas rubias que Brigitte tenía en los hombros.

Estas pecas habían sido motivo de discusión apasionada entre algunos veraneantes señeros en las tardes del Voramar. Unos decían que tenía ocho, otros nueve, otros diez, pero un viejo que se había dedicado a este menester exclusivo durante varios días era la máxima autoridad en este asunto. El viejo solía plantarse a su lado cuando la francesa tomaba el sol en la playa; se le acercaba a la mesa del comedor por detrás o a las tumbonas del hotel y de forma descarada con un dedo tembloroso las iba señalando. El viejo decía que en bañador sin tirantes tenía diez visibles, a las que había que sumar las tres pecas más cerca de las axilas, una de ellas en la bajada hasta el seno izquierdo, que sólo aparecían cuando levantaba los brazos. El coronel decía estar enamorado de esa chica. Hasta el punto que me confesó que la había invitado a esta travesía y ella se había negado con la excusa de que ese día esperaba la visita de un amigo, un tal Roger, director de cine, que venía a verla desde París, cosa que le pareció una fantasmada.

Cuando fondeamos en la herradura de la isla Grossa y el coronel tuvo certeza de que el ancla había mordido bien y no garreaba y que no íbamos a perder el sotavento en toda la noche, según opinaban los tripulantes de otros barcos fondeados a nuestro lado, tomamos el baño desnudos teniendo a la vista el Carallot iluminado por el último sol de la tarde. Su roca negra de 32 metros de altura, vestigio de la chimenea de un volcán, emergía del mar con la figura inquietante de un enorme falo. Después, desde cubierta hicimos señales por si el farero señor Tomás nos veía. Intentamos atracar en el pequeño muelle de fortuna para bajar a tierra y vernos con él, pero desde otro barco nos advirtieron que desistiéramos de este empeño. El muelle estaba ocupado por un lanchón militar y un soldado nos dijo que al farero lo estaban operando de la vesícula en un hospital de Castellón. Su puesto lo había ocupado un sargento del Ejército. Había que dormir en el barco con una oreja levantada, como las liebres, y sin cerrar un ojo, ya que la herradura de la isla Grossa estaba abierta a gregal y a cualquier viento que llegara del primer cuadrante. Pero no fue el gregal ni la tramontana, sino el mando del Ejército el que nos ahuyentaría de la bahía.

El coronel sacó unas bebidas y unos aperitivos de nueces a la bañera de popa. Mientras yo me servía una cerveza y él se tomaba lentamente un ron, comenzó a desescamar dos atunes de cuarto de kilo, limpió las tripas con agua salada y prendió un infiernillo del camarote para calentar la

plancha. Los lomos azules con vetas blancas de los atunes comenzaron a crepitar sobre una lámina de aceite de oliva. El aroma que liberó la grasa del pescado me pareció lo más próximo a lo que yo imaginaba que olería el paraíso. Esta situación preternatural duró muy poco. Una canoa con dos militares a bordo se acercó a nuestro barco para advertirnos que debíamos abandonar la isla lo más tarde a las seis de la mañana. Al día siguiente comenzaban unas maniobras en las islas con fuego real. Había que largarse si no queríamos caer abatidos por una lluvia de hierro.

—¡Pobres lagartijas! —exclamé.

—Las cosas son como son —contestó el coronel—. No se puede hacer nada. Hay que obedecer.

Nos quedaba toda la noche, tumbados en cubierta. El coronel conocía algunas constelaciones y las fue señalando con sus nombres. La armonía de las estrellas me llevaba a ahondar en recuerdos y sentimientos muy puros e incluso religiosos, pero el coronel me dijo que muchas estrellas que veíamos ya habían desaparecido hace siglos y no había nada detrás de su luz, de modo que era mejor que habláramos de la chica francesa, una de sus obsesiones, mucho más profunda que el tesoro que buscábamos. Por lo visto aquella muñeca descalza con cara de perrita lulú había ocupado toda su imaginación desde que entró en el hotel al principio del verano. El coronel era muy franco y a sus sesenta años esa actitud que tenía con las mujeres me parecía que no encajaba con su personalidad tan soleada. A mí también me gustaba mucho aquella chica, pero consideraba que era una obra de arte que podía romperse con aquellas palabras obscenas que le dedicaba el coronel. Me sucedía también con otras adolescentes en la playa. Consideraba que las miradas turbias con que eran perseguidas por los hombres ensuciaban el candor y la belleza de sus cuerpos. El gerifalte franquista ocultaba los ojos detrás de sus gafas negras, pero otros derramaban tanta lascivia que incluso la brisa del mar se volvía viscosa.

Las palabras del coronel rompían la armonía de la noche entre las sombras minerales de las cuatro islas. Mientras en silencio yo miraba las constelaciones tenía que oír de su boca que él a veces se masturbaba en la habitación mirando por la ventana a aquella chica francesa, que se llamaba Brigitte, echada en bañador rojo sin tirantes en la tumbona de la terraza del hotel. Las confidencias eróticas me ponían en una situación muy embarazosa. Oír las confesiones lascivas de un viejo me causaba una inquietud extraña, porque comencé a sospechar que esas palabras tan sucias estaban pronunciadas para preparar algunas preguntas directas sobre mi sexualidad, que dada mi timidez no sería capaz de soportar. El coronel quiso saber si yo también me masturbaba. Le conté que lo hice de niño con otros amigos puestos en círculo bajo los naranjos, un rito de iniciación tan común que en nada me comprometía. Pero mi rubor no le detuvo. Quería saber si había tenido alguna experiencia homosexual. Le dije que siendo monaguillo un fraile capuchino que se llamaba fray Pacífico quiso acariciarme los genitales en la sacristía después de ayudarlo a misa. Tal vez mi tío Benjamín no estaba equivocado, pero el coronel cambió de dirección. Me preguntó si había besado ya en la boca a alguna chica. La noche se alargó con algunas confidencias sobre mis amores de adolescencia. Le confesé al coronel que a mí me gustaba la chica francesa pero que estaba enamorado de una niña paralítica de la montaña mágica que se llamaba Lydia.

Contemplar el amanecer fondeados en la herradura de las Columbretes podía redimirnos de cualquier caída. El resplandor que despidió el Carallot o Bergantí, aquel gigante carbonizado, al ser iluminado por el sol me hizo abrir los ojos al filtrarse por un ventano del camarote. Fuera oí

un chapuzón. El coronel me gritó desde el agua que no me perdiera aquel placer. Desde el sueño pasé desnudo directamente al abrazo del mar. La claridad de aquel azul llegaba hasta el fondo, donde a veinte brazas podían verse varios lenguados jugar con el ancla. En ese momento estábamos fuera del horario que nos habían impuesto los militares. Otros barcos habían abandonado la zona, pero el coronel sabía cómo funcionaba el Ejército y se permitió el lujo de hacer café y tostadas para el desayuno demorándose casi hasta la provocación. Y no zarpamos hasta las diez, cuando se levantó el viento propicio bajo el sonido del primer avión que cruzó el espacio.

En la travesía de regreso teníamos todavía el compromiso de vislumbrar el tesoro, pero después de dos horas de navegación, cualquier fantasía que sumergiera nuestra mente en el fondo del mar fue asaltada por la primera explosión que vulneró el horizonte. Un avión de combate en la primera pasada descargó una bomba cerca de la isla Foradada.

—No ha dado en el blanco. Son unos incompetentes —exclamó el coronel.

—Esta bomba habrá reventado más de mil salmonetes —dije.

—Los salmonetes que se jodan. Lo que importa es que las cosas se hagan bien —contestó el coronel.

Las sucesivas descargas, al dar en el blanco, hacían saltar los escollos de las cuatro islas y las que caían en el mar levantaban un cono de agua fantasmagórica. Se oían las explosiones en el silencio de las velas y las nubes negras que seguían a cada ataque creaban una línea de sombra. Las maniobras militares duraron un par de horas. Al final las nubes de humo y el fuego de la pólvora se confundieron con los relámpagos de un chubasco que se había establecido por el norte de las islas. El mar se estaba levantando. El coronel decidió que el tesoro lo debíamos dejar para otra ocasión. Ahora había que atender a capear la tormenta que se avecinaba.

La marejada comenzó a batir contra el costado de estribor y a veces las olas entraban en la bañera. Probablemente el coronel vio mi cara de espanto y trató de infundirme ánimo. El mar no quiere que nadie lo desafíe, pero exige que en el momento de dificultad se arrostre el peligro con serenidad. Es como esas fieras que si notan que tienes miedo te devoran. El viento comenzó a soplar con fuerza, el coronel hizo un rizo en la mayor y cobró el foque hasta convertirlo en tormentín. Me puse el impermeable. Me agarré bien a un obenque y me dispuse a sufrir sin que se me notara el pánico ante aquel percance inesperado. Ése era mi más alto objetivo en esta vida.

—Piensa en cosas agradables —me dijo el coronel—. No pienses en el mar.

—No pasa nada. Si naufragamos y nos vamos al fondo, habremos encontrado el tesoro. ¿No era eso lo que buscábamos?

—Eso es, chaval. Así me gusta.

Ciertamente estaba muy asustado. Era mi primera travesía. Zarpamos en medio de una calma chicha, con anticiclón, y de pronto se había producido una bajada térmica, que es la característica del Mediterráneo después de unos días de bochorno, y ahora estábamos a merced de un oleaje con cara de perro. El barco crujía. El viento creció aún más y hubo un momento en que se rasgó parte de la vela mayor y comenzó una verdadera zarabanda. Pensé que si vomitaba y devolvía al mar el atún que tan feliz me hizo la noche anterior no me lo perdonaría jamás.

—Piensa en esa chica francesa. Imagina que te la llevas a las Playetas de Bellver y se te entrega.

Estuve a punto de blasfemar de miedo. El coronel dijo que me concentrara en cada ola.

Nuestro destino dependía de saber vencerla. Una y después otra y después otra. La batalla duró tres horas en las que no pude hacer nada sino admirar cómo el coronel supo capear la tempestad, el viento racheado que nos obligaba a escorar en medio de un mar espumoso, que parecía un ser omnipotente y furioso con un alma malvada. No lograba imaginar que aquel tormento tendría fin en algún momento si no era en el abismo. De pronto un estay saltó por los aires como un látigo de acero y el foque cayó abatido sobre la bañera de proa. Fue el instante en que me consideré perdido. Tres horas de sufrimiento eran exactamente el infierno espumoso con algas arrancadas por los embates que flotaban como islas malditas.

Cuando la tormenta amainó y el coronel consiguió hacerse con el gobierno de la embarcación, contemplando las velas rasgadas y el palo quebrantado, hice un ejercicio de introspección y no encontré en mi espíritu nada de que pudiera avergonzarme salvo el pánico del principiante. Me sorprendió que no hubiera pensado en Dios ni le hubiera pedido ayuda a ningún poder celestial, pese a que hubo un momento en que tuve la certeza de que todas mis esperanzas de ser escritor se iban a convertir en carnaza para los peces. En medio de la tempestad tampoco me arrepentí de haberme embarcado.

Avistamos las luces de la costa con un mar de olas largas que habían dejado de estar coronadas de espuma verde. También se veía un castillo de fuegos artificiales que estaban soltando en algún pueblo en honor a San Roque Peregrino. Al llegar al Náutico de Castellón oímos la música de una fiesta en el aire en la explanada. Cantaba Juanito Valderrama y a lo largo de la costa sonaban también toda clase de canciones de moda en distintos saraos. En los jardines de las villas algunas pandillas de jóvenes cachorros celebraban guateques y en la terraza del Voramar había verbena con farolillos y gallardetes. Llegué derrotado, con la piel y la ropa impregnada de salitre, con la vanidad del superviviente.

Mi tío Benjamín me dijo que había llamado a salvamento marítimo por si sabían algo de nuestro paradero. Muchos creían que nos habíamos ahogado, con lo cual sin cambiarme de ropa comencé a pavonearme por la pista como un héroe. En una esquina de la terraza estaba la chica francesa con un tipo con gafas de pasta negra, pantalón negro y camisa negra, como uno podía imaginar a un existencialista francés. Alguien le preguntó al coronel si habíamos encontrado el tesoro. Y el coronel le contestó que no hay tesoro más valioso en este perro mundo que seguir vivos. Y lo habíamos conseguido. Sobre la balastrada de la terraza el mar golpeaba con fuerza.

Lydia en la montaña mágica

Podía describir todos los matices de la salida del sol: la raya de oro que se filtraba entre las cortinas y se desplazaba por la pared frente a la cama, la brisa que movía el ala del toldo azul y rojo de la terraza de la habitación, el vino que la aurora había derramado sobre el mar, el perfume de alga que me llenaba los pulmones al hacer ejercicios de respiración en pijama, pero antes de complacerme en la gloria de la naturaleza tenía que cumplir con un deber muy rudimentario. Mi trabajo de aquel verano, aparte de ensayar mis primeras armas de escritor en un cuaderno de tapas negras, consistía en incorporar de la cama a mi tío Benjamín un par de veces en mitad de la noche y guiarlo hasta el cuarto de baño y en casos de urgencia colocarle un orinal entre las piernas. Mi tío se pasaba la noche en vela silbando algún fragmento de la zarzuela *Los gavilanes* y yo dormía en una cama a su lado. Generalmente caía rendido después de un día en que el baño en el mar, las excursiones, el juego del frontón, las pláticas del doctor Aymerich me habían dejado agotado, pero mi tío parecía esperar a que mi sueño fuera muy profundo para despertarme con voz autoritaria: «¡Manuel, quiero mear!». Yo tenía tanta práctica que a veces realizaba mi labor de enfermero como un sonámbulo sin abrir los ojos, con movimientos automáticos. Como mi tío con algún esfuerzo podía valerse por sí mismo sin mi ayuda, creía que lo hacía sólo por la envidia de verme felizmente dormido, pero en compensación yo pasaba las vacaciones en el hotel Voramar gracias a su capricho de tenerme consigo. Salvo este trabajo desagradable, yo vivía libremente en la playa más distinguida y me permitía cualquier escapada.

A media mañana le acompañaba a darse algas y barro a un establecimiento situado muy cerca del hotel, en la falda de la montaña, a unos cuarenta metros sobre el nivel del mar. Tenía que llevarlo del brazo por debajo del puente de Pontazgo, llegar hasta el oratorio y dejar a un lado el apeadero del ferrocarril; después había que subir cincuenta pasos por un sendero bajo los pinos y atravesar un jardín. Yo llamaba a aquel lugar la montaña mágica. En las salas, en los pasillos y en el jardín del establecimiento había artríticos en sillas de ruedas, asmáticos, tuberculosos y algunos atacados por la poliomielitis.

Como en la novela de Thomas Mann, el doctor Aymerich se refería a aquellos enfermos como «la gente de arriba» cuando bajaban ayudados por los familiares o enfermeras a tomar refrescos a media tarde en la terraza del hotel. Mi tío Benjamín pertenecía a «la gente de abajo», como se denominaban a sí mismos los veraneantes del Voramar y de las villas.

Mientras mi tío tomaba los baños de algas y los masajes, me quedaba esperando en un banco del jardín bajo los pinos, cuyas copas agitaba la brisa con un rumor fresco que se fundía con el sonido del oleaje. No había nada en la naturaleza que no ayudara a la exaltación de los sentidos.

Una mañana en aquel jardín conocí a una niña que leía un libro sentada en una silla de ruedas. Nunca había visto a ninguna niña más bella. Sus ojos verdes transparentes me tenían obsesionado. Al comprobar que aquella niña era paralítica de nacimiento intuí por primera vez que la estética escondía siempre un desorden muy difícil de aceptar. Se llamaba Lydia y a sus catorce años me conmovió la fuerza misteriosa que contenía su alma, tanto que cambió mi visión de la naturaleza, del mismo modo que el doctor Aymerich me había abierto los ojos para que conociera la historia de otra forma.

Aquel verano sufrí una transformación hasta el punto de que mi vida desde entonces tomó un giro que nunca antes hubiera imaginado. Lo que había sucedido a mi alrededor parecía algo sencillo, pero era extraordinario. Todas las mañanas a las nueve desde mi habitación oía el sonido del mar unido al de una campana que tocaba a misa. Algunas señoras de las villas y del hotel se ponían la mantilla y acudían a diario a un oratorio cercano, pero el domingo el recinto se llenaba por completo de veraneantes acicalados que muchas veces rebosaban el espacio de la capilla y tenían que derramarse por la pequeña explanada hasta cubrir parte de la ladera. Tampoco yo había abandonado todavía la práctica religiosa. Los domingos acudía a misa de doce como un acto reflejo que llevaba inscrito a fuego en el cerebro, aunque ya tenía la sensación de que los elementos naturales de aquel lugar privilegiado se fusionaban muy mal con la piedad cristiana. Llegó un momento en que el sonido de la campana me pareció que hería la belleza. Fue aquel verano cuando como un acto de rebeldía decidí obedecer a los sentidos. A las doce del mediodía, mientras oía que la campana llamaba a la misa del domingo, comencé a bañarme en el mar. Todavía creía entonces que estaba sustituyendo un acto religioso por otro. Adentrarme en el agua y sentirme golpeado por el oleaje me parecía un ejercicio sagrado, más auténtico que permanecer arrodillado en un banco ante un altar y oír el sermón pedestre de un cura que daba consejos edulcorados a unos burgueses para que fueran más felices todavía en la tierra antes de ir al cielo. No había oración más íntima y rítmica que el eterno retorno de las olas. Esta rebelión natural la asimilé a un acto pagano. Y a partir de aquel verano dejé de ir a misa y también desacralicé la naturaleza para convertirla en una forma de pensar.

Algo semejante a esta sensación experimenté cuando vi por primera vez a aquellos enfermos de la montaña mágica tomando el sol en la playa. Creía que los cuerpos rotos quebraban la armonía de las cosas. Es cierto que en la playa había viejos y personas sanas con un cuerpo repulsivo cuya imagen destruía la línea pura del horizonte, pero la enfermedad entonces la consideraba como una especie de castigo de una misteriosa culpa. Brigitte, la chica francesa, se movía con la gracilidad de un animal salvaje e inocente entre aquella gente quebrantada y su belleza física me parecía la verdadera redención de todos los pecados. Por la tarde algunos de estos enfermos del pulmón y poliomielíticos en sillas de ruedas se instalaban en la terraza del Voramar, en el mismo lugar que en plena guerra ocupaban los brigadistas heridos en el frente de Madrid. La imagen romántica de estos soldados atendidos por enfermeras internacionales y admirados por escritores famosos no se correspondía en nada con esta gente de la montaña mágica. Pero entre estos seres quebrantados se hallaba la niña Lydia. Sus ojos verdes me tenían consternado. Podían desafiar con su belleza a cualquier milagro de la naturaleza. Tenía una pierna seca bajo su falda de flores azules y al principio yo no estaba suficientemente maduro para aceptar este agravio. Fue esa niña la que me hizo saber que el dolor puede llevar dentro una suerte de júbilo cuando se comparte con un enamorado.

Una mañana me senté a su lado bajo los pinos del sanatorio. Lydia levantó los ojos del libro que estaba leyendo y sonrió. Al mostrarle mi interés por su lectura la niña me enseñó la tapa. Leía *El jardinero*, de Rabindranath Tagore. Antes de cruzar entre nosotros una palabra recitó a media voz: «Corro por colinas y valles, vago por tierras sin nombre, porque he salido a cazar el ciervo dorado».

—¿Te gusta? —me preguntó cerrando el libro.

—Sí.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Manuel —le dije.

—Yo me llamo Lydia. ¿Tú no estás enfermo, verdad? Todos los días te veo jugar al frontón. ¡Qué suerte!

A partir de aquella mañana nos veíamos casi todos los días durante la hora en que mi tío tomaba las algas. Lydia salía sonriendo del sanatorio, dejaba las muletas apoyadas en el banco, se sentaba a mi lado y primero me preguntaba siempre por la partida de frontón. Me dijo que desde la terraza alta del sanatorio veía la cancha allí abajo y tenía mucha envidia de aquellos muchachos, entre los que yo me encontraba, que gritábamos corriendo para alcanzar la pelota. Pese a que me daba mucha lástima ver a aquella niña tan bella con la pierna muerta mal ensamblada en la cadera que la obligaba a torcer el cuerpo al caminar, me admiraba aún más el comprobar no sólo su resignación sino la alegría interior que le brotaba en cada palabra, en cada gesto, en la mirada limpia de sus ojos verdes. Lydia pertenecía a esa clase de seres que tienen más alma que cuerpo. Estudiaba piano y escribía versos. La música y la poesía le servían para superar los momentos de desánimo en que no podía soportar no ser como las demás muchachas que corrían en la playa felices detrás de una pelota de Nivea.

Un día decidí ayudarla a bajar a la terraza del hotel por un sendero a la sombra de los pinos, y Lydia me dijo que yo era muy gentil cuando la cogí del brazo para que pudiera superar algún obstáculo con las muletas. Era la niña más hermosa en la terraza del hotel, con la falda de flores y su sombrero de paja con una cinta de color cereza. Allí me seguía leyendo algunas frases de *El jardinero* de Tagore: «¿Quién es el que llega pausado a mi puerta y llama dulcemente?». Después me miraba a los ojos con la detenida suavidad de una vaga promesa.

Un día la besé bajo los pinos del jardín del sanatorio. Sus labios tenían un sabor agraz y tuve que impulsarla levemente para que entreabriera la boca. Lydia empezó a llorar y yo creía que la había ofendido, pero lloraba de amargura de sentirse tan feliz, me dijo, sabiendo que aquel instante de placer se iba a desvanecer muy pronto. Por mi parte el peligro constituía la mitad de mi pasión. Temía herirla. Temía enamorarme. Temía tenerle lástima. Lydia me presentó a sus padres, una pareja de mediana edad, muy educados. Él era profesor auxiliar de Arte en la Universidad de Barcelona y ella dirigía una asociación de amigos del Liceo. Parecían estar preocupados y a la vez agradecidos por la amistad que su hija y yo habíamos comenzado a trabar. Veían a su niña feliz y, sin decirme nada, con los ojos trataban de suplicarme que no le hiciera ningún daño. Un día la madre quiso hablar conmigo a solas. Me dijo que Lydia estaba más enferma de lo que parecía. En realidad padecía una parálisis progresiva, aunque sus efectos, según los médicos, tardarían varios años en hacerse evidentes.

—Está loca por ti. Es la primera vez que tiene esta experiencia con un chico. Comprenderás que esté contenta y nosotros muy atormentados por si ese estado de felicidad acaba por

desbocarse y la acaba destruyendo. Espero que seas responsable. Lydia es muy sensible. No sabe que su enfermedad es irreversible. No le hemos dicho nada.

—Adoro a su hija —le dije.

—Por favor, no le des falsas esperanzas. ¿Me lo prometes? Me ha dicho mi hija que quieres ser escritor. ¿Es cierto?

—Bueno, no sé. Ya veremos —dije lleno de rubor.

—Lydia escribe versos. Os podríais ayudar mucho.

La madre de Lydia comenzó a llorar sin poder controlarse y sus lágrimas me dejaron anonadado. Lydia me esperaba todas las mañanas en el jardín del sanatorio. Me leía sus poemas. Le besaba suavemente los labios. Lloraba. Comenzaba a reír. Volvía a refugiarse en el libro de Tagore mientras se secaba una lágrima de la mejilla con el dorso de la mano. Yo le decía que un día escribiría sobre estos momentos maravillosos que habíamos pasado juntos, pero ella no me llegó a creer nunca. Una mañana quise llevarla a la playa. Lydia se negaba a ponerse bañador porque decía que dejaría de gustarme si la veía con el cuerpo roto en medio de aquellas niñas que gritaban y se perseguían contra las olas. Lo conseguí después de prometerle que la amaría siempre. En la arena un día se quitó la falda y la blusa. Se quedó en traje de baño. Apoyada en mi hombro la llevé hasta la orilla del mar. La mantuve en mis brazos desafiando el oleaje. Su risa comenzó a liberar todo el aire. Ése fue el día en que descubrí el lado más dulce de la belleza.

Una mañana en que aguardaba en el jardín a que mi tío se diera el baño de algas oí el silbato de un tren que realizaba una parada en el apeadero de las villas. No era un mercancías ni el borreguero, ni el expreso ni el correo, aquellos convoyes que hacían trepidar todos los cristales, vajillas y lámparas del hotel y que de noche me llevaban hacia la parte más aventurada de mi imaginación. Era un tren especial cargado de enfermos que se dirigía a Lourdes. Algunos paralíticos del establecimiento estaban en el andén preparados para incorporarse a aquellos peregrinos que buscaban el remedio a sus dolencias a cambio de una plegaria. Por debajo de los pinos del sanatorio seguían pasando algunos enfermos en sillas de ruedas ayudados por unos enfermeros voluntarios, que se llamaban brancadiers, equipados con tirantes de cuero y distintivos especiales. Eran jóvenes muy saludables que ejercían esta caridad con buen ánimo y en el vagón cantaban a coro y rezaban el rosario en compañía de los enfermos.

Pensé en los brigadistas heridos en la guerra. Otras enfermeras internacionales los bajaron en camillas en este mismo apeadero para curarlos junto al mar. Cuando vi salir del establecimiento a Lydia con las muletas creí por un momento que su familia había decidido llevarla también a Lourdes. Pero la niña se sentó a mi lado. Vimos cómo los brancadiers tiraban de las sillas de ruedas y ayudaban a subir a los paralíticos al vagón de aquel tren blanco cuyas ventanillas soltaban bocanadas de cánticos religiosos para mover a la Virgen a que hiciera un milagro sobre sus cuerpos quebrantados. Lydia me preguntó con un verso de Tagore:

—«¿Por qué estás tan quieto, amor, a la sombra de este árbol?» Llévame al mar otra vez.

—Te llevaré como si fueras una miliciana herida en la guerra.

—No me importa estar enferma. Sé que un día me pondré bien sin necesidad de ningún milagro. Sería feliz si este verano no terminara nunca. ¿Por qué no podrá ser siempre así?

El tren de los peregrinos partió hacia Lourdes, pero nosotros bajamos de nuevo al mar. Tomé a Lydia en brazos hasta la orilla y la dejé con cuidado sobre las tenues olas que se extendían como

láminas muy puras sobre su cuerpo quebrantado. Quise besarla cuando el agua cubría su rostro. Bajo la espuma, que estallaba al sol, buscaba sus labios, ella los entreabría y su saliva me sabía a sal. Pero este placer fue interrumpido por una señora de vientre abultado que nos gritó:

—Eh, eh, chicos, eso está muy feo. Esas cosas no se hacen.

—¿Estamos haciendo algo malo? —me preguntó Lydia muy asustada.

El largo viaje de Paula Jaramillo

Había gozado de una intensa vida amorosa antes de caer postrado en la silla de ruedas este caballero del pelo y bigote blancos, don Gabriel Casamediano, ingeniero de caminos, condecorado en varias universidades españolas y extranjeras. Tuvo muchas amantes antes y después de casarse con una señora sin más interés que su capital, pero sólo una chica colombiana llamada Paula le había herido de verdad el corazón. Su biografía no podía separarse de su fama de donjuán, porque en su juventud había sido un tipo galante y su atractivo le había acompañado hasta edad muy avanzada.

Tenía treinta y cinco años cuando conoció a Paula en un viaje profesional a Medellín. Tuvieron una noche de amor loco. Durante una cena oficial la habían sentado a su lado. Hablaron efusivamente hasta el segundo whisky de la sobremesa y antes de despedirse Gabriel le dijo: «Te esperaré hasta las tres de la madrugada en la habitación 315 de mi hotel». A las tres menos cinco minutos recibió una llamada de conserjería en que le decían que una chica quería verle. Gabriel nunca había poseído a una mujer que le hablara tan dulce con aquel acento paisa y que le dijera palabras tan ardientes en el momento de fundirse sus cuerpos. Fueron unos días de amor entre frutas exóticas. Después viajaron desde Medellín a Cartagena de Indias y desde allí en un barco visitaron las islas del Rosario.

Eso había sucedido hacía más de cuarenta años. Ante una puesta de sol particularmente hermosa que contemplaban en una playa bajo los cocoteros, los amantes enfebrecidos pensaron lo maravilloso que sería dar la vuelta al mundo, hospedados en grandes hoteles o en simples cabañas, juntos amándose con toda la furia posible en los lugares más exóticos. Poseídos por la locura del primer encuentro, se juraron formalmente que un día lo harían y sellaron el pacto con un beso ardiente mientras volaban los cormoranes hacia el fuerte de Cartagena.

Pudo haber sido una pasión esporádica, una más, como otras. De hecho sus vidas se alejaron. Pasaron algunos años y cada uno tuvo otros amores, pero de una u otra forma nunca dejaron de estar unidos. Se escribían cartas de vez en cuando. Se veían en algún viaje que el ingeniero realizaba a Bogotá. Se volvían a amar y después de fundir sus cuerpos, mientras compartían un cigarrillo, entre calada y calada, redoblaban la promesa de dar la vuelta al mundo. Un día el amante vendría por ella, embarcarían en distintos puertos y comenzarían a navegar por todos los mares.

Gabriel estaba casado con una señora del barrio de Salamanca de Madrid, llamada doña Sonsoles, educada en las Esclavas, hija de abogado, buena madre, que presumía de llevar el orden de la casa y de tener a los hijos muy educados. Al parecer se le daba de maravilla el brazo de

gitano y el arroz con leche, cosa muy celebrada en las comidas familiares de cumpleaños. Paula se casó con un profesor de dibujo, hombre reverencioso y anodino, llamado Néstor Andrade. Un día Gabriel recibió de su amante lejana un tarjetón anunciando su boda. De su puño y letra en el anverso había escrito: «Amor mío, hasta la muerte me seguirás debiendo un viaje alrededor del mundo, besos». Estando cada uno por su parte muy casado, ese viaje comenzó a transformarse en un destino imaginario que sólo servía para calentarles el corazón.

Pasaron unos años, le llegaron hijos a Paula y también otras amantes a aquel hombre galante. Gabriel Casamediano se hizo muy pronto un nombre en la profesión durante la República. Tuvo un cargo en el Ministerio de Fomento. Planificó algunos puentes, algunos puertos. A veces salía su foto en los periódicos. Paula Jaramillo soportó aquel amor lejano con una nostalgia que se diluía en lágrimas cuando recibía una carta de tarde en tarde, aunque con una pasión más intensa a medida que se hacía más extraña. El marido de Paula la quería y trataba de animarla, pero a veces su melancolía la hacía sufrir demasiado. Encerrada entre las cuatro paredes de un piso de Medellín, sin más horizonte que la pared de enfrente, trataba de olvidar aquella locura. No lo consiguió nunca.

Un día Paula leyó en los periódicos los sucesos de España que presagiaban una tragedia. Finalmente llegó lo inevitable. Los españoles comenzaron a matarse y aquella sangría duró tres años. Paula dejó de recibir cartas. Imaginaba que toda clase de penalidades, cárceles, fusilamientos, exilios, agonías que leía en el periódico de Medellín las estaba soportando su amante. Ella le había seguido escribiendo en medio de aquella terrible carnicería y al final atribuyó su silencio a que Gabriel había muerto, porque las cartas volvían meses más tarde al remite con la anotación en el sobre de paradero desconocido.

A la guerra española siguió la contienda mundial. De pronto, después de varios años, Paula recibió una nueva carta de Gabriel en la que le hacía saber que no la había olvidado. Le contaba toda clase de aventuras y en medio de estas historias de guerra el amante lejano le mostraba una pasión hasta los límites de un erotismo exacerbado que hasta entonces nunca había manifestado tan abiertamente. Paula le contestó a vuelta de correo. También ella dejó fluir libremente sus fantasías. A partir de ese momento las cartas tomaron un cariz algo procaz, más cerca del sexo que del sentimiento. A veces ella le provocaba con relatos pornográficos de sí misma y Gabriel correspondía incitándola a seguir por ese camino licencioso, porque esas cartas calientes le ayudaban a soportar el tedio de su vida matrimonial. «Haz que me masturbe pensando en ti, llévame a una cima muy alta desde donde te pueda divisar desnuda, muy hermosa», le decía.

Algunas cartas incluían fotografías de fiestas, excursiones y eventos familiares que cada uno había realizado por su lado. En la secuencia de las imágenes a través del tiempo se veía cómo los amantes iban envejeciendo. Hay un momento en la vida en que un rostro ya hace posible imaginar cómo será esa persona a los sesenta, a los ochenta años. A este desgaste de los cuerpos llegaron a unirse las noticias de las primeras desgracias. El marido de Paula había muerto después de una enfermedad cuyo largo proceso Gabriel había seguido con todo detalle, pero el dolor no había impedido que el erotismo de ambos creciera aún más. Después llegó la noticia de la muerte de un hijo de Gabriel en un accidente de automóvil y luego la foto de la fiesta que los colegas de la Escuela de Ingenieros le dieron con motivo de una medalla de oro, previa a la jubilación. Pasaron unos años de ir gastándose los cuerpos de uno y otro, a una y otra parte del Atlántico. Un día Gabriel se cayó de una banqueta cuando trataba de alcanzar un libro del último estante de su

biblioteca. Se rompió la cadera y el fémur por tres partes y después de la operación quedó condenado a ir en silla de ruedas el resto de su vida. Y así también llegó la hora en que doña Sonsoles dio señales de estar atrapada por una demencia senil, que obligó a su marido a comportarse con ella como un héroe solícito hasta que finalmente salió su esquila de media página en el *Abc*.

Y aquí empieza la verdadera historia del largo viaje de Paula Jaramillo. Un día recibió una carta de Gabriel que decía así:

Madrid 10 de marzo de 1953

Querida Paula:

He hecho unas gestiones en el Instituto de la Moneda, que han supuesto un trabajo improbable, para obtener unas divisas a través de una buena influencia, como te prometí en la carta anterior. En el banco de Medellín donde tienes abierta la cuenta recibirás seis mil dólares desde París destinados al proyecto que desde el día en que te conocí imaginamos juntos. Nunca es demasiado tarde. Como verás, mi pasión por ti no ha decaído. Al contrario, a medida que ha pasado el tiempo tu imagen se ha acrecentado y ahora te quiero más que nunca. Tu imagen me visita cada día y cada noche. Sabes que no puedo moverme de la silla de ruedas, Tú eres todavía joven si se compara con el trasto inservible en que me he convertido. Pero te mando el dinero suficiente para que des tú la vuelta al mundo, sola o acompañada, si es de tu gusto, y que desde lejanos mares y ciudades me vayas contando por carta el viaje. Estaré en Madrid hasta final de junio. Después, mándame las cartas al hotel Voramar de las villas de Benicasim, provincia de Castellón, España, donde me hospedaré hasta el 31 de agosto. Espero tus noticias. Ya sabes que eres mi locura. Besos apasionados de tu Gabriel.

Paula Jaramillo tenía setenta y cinco años cuando emprendió el viaje alrededor del mundo. Era la primavera de 1953. Se embarcó en Cartagena de Indias hasta Nueva Orleans. La primera carta la escribió sentada en un banco del embarcadero de madera del río Misisipi, cerca de la plaza de Armas, y en ella le decía que unas orquestinas de negros tocaban jazz con trombones y trompetas en las cubiertas de los barcos que pasaban por el río impulsados por unas palas que sacaban colores del agua como las colas de un pavo real. El barrio francés tenía los balcones llenos de filigranas de hierro. Había visitado una mansión que fue la última en la que los esclavos trabajaron el algodón antes de ser liberados. De noche sonaban blues en la calle Bourbon y dormía desnuda con la ventana abierta a causa del calor pegajoso en una cama con mosquitera pensando en su amor. El barrio francés de noche olía a magnolio.

El anciano, muy elegante en su silla de ruedas en la terraza del Voramar, acariciaba a veces el paquete de sobres color de rosa, atados con una cinta, y todas las mañanas, alrededor de las once, le acercaba un nieto en la silla de ruedas hasta conserjería a preguntar si había llegado ya el cartero. A veces recibía cinco cartas de una vez y por el matasellos adivinaba el punto del mapamundi donde se encontraba su amante, aunque el correo no obedecía a reglas fijas. Cartas de lugares más distantes llegaban antes a su destino que las remitidas de ciudades más cercanas, de modo que el viaje de Paula seguía un rumbo quebrado. Gabriel no sabía si Paula había pasado antes por Chicago que por Nueva York. Desde Manhattan le decía que había visto a Gregory Peck

en persona desayunando huevos con beicon en el *lounge* del hotel Westbury, en la calle Madison. Le había parecido muy guapo, pero no tanto como el hombre del que ella estaba enamorada. Había ido al Centro Rockefeller a ver patinar mientras saboreaba un *ice cream* y después se había tomado en su honor media docena de ostras en el bar del hotel Plaza y había paseado por la Quinta Avenida y se había comprado una sortija muy barata en Tiffany y para él un pasador de corbata.

Los sellos de las cartas mostraban paisajes, rostros de dictadores negros, blancos y amarillos, estrellas, reinas coronadas, bajeles y fechas conmemorativas de grandes batallas nacionales. Desde San Francisco había volado a Hong Kong en un avión Super Constellation con escala en una isla del Pacífico. Le decía que en Hong Kong circulaban tranvías decorados como antiguas cajas de galletas. Allí se había mandado hacer un traje de seda color pistacho, que le habían confeccionado a medida de un día para otro. En Hong Kong había muchas tiendas de aparatos nuevos que ni siquiera había soñado que existieran. Había comprado la última novedad, una máquina de retratar marca Polaroid que revelaba las fotos en unos segundos. Un día a la semana se realizaba una subasta de esclavas filipinas, y la gente se volvía loca comprando y vendiendo cosas. En el barrio de Aberdeen, formado por barcas flotantes, había asistido a un entierro muy exótico en que los deudos echaban al agua todos los objetos queridos del muerto envueltos con ramos de flores, y en un monasterio un monje budista le presagió el augurio de que pronto encontraría el amor. «Habrás algún árbol en una ladera que podamos contemplar de nuevo cada día; nos queda el camino de ayer lleno de felicidad.»

Paula había tratado de viajar a Shanghai, un propósito imposible, pese a que había acudido a los buenos oficios del cónsul de Colombia. La China comunista estaba herméticamente cerrada, pero Gabriel, por su parte, imaginaba también las aventuras de su amante en países lejanos que no describía en sus cartas. Por ejemplo, le atribuía lances que había leído en las novelas de Vicki Baum y de Somerset Maugham. La imaginaba hospedada en el hotel Cathay jugando a la ruleta con la falda ceñida, abierta por toda la pierna, mientras esperaba a un extraño mensajero fumando cigarrillos Muratti con boquilla de marfil. O metida en rezos en el templo del Buda de Jade o departiendo secretos eróticos con los últimos eunucos de la Ciudad Prohibida de Pekín. Era impensable lo que este distinguido anciano podía soñar postrado en una silla de ruedas al lado del mar.

Con la llegada de cinco cartas juntas supo del paso de su amante por Karachi, por El Cairo, por Nueva Delhi, por Nairobi y en una muy retrasada le contaba que había comido grillos, serpientes y lagartos en una isla de Indochina, colonia de los franceses, y otra extraviada le contaba aún la emoción del tren cremallera en el que había subido al Machu Picchu. Todas ofrecían un incentivo para que el anciano varado pudiera seguir imaginando puertos, trenes, barcos, autobuses polvorientos y gentes exóticas, pero esta última carta le había dejado muy perplejo. ¿Cómo era posible que Paula hubiera estado en Lima, en Cuzco, en Rio de Janeiro y en Mérida de Yucatán, ciudades que se apartaban de la ruta del viaje programado? En el museo antropológico de Lima había visto una cerámica chimú que representaba a una mujer masturbando a la muerte. En el Machu Picchu había tomado un té de coca y una india le había impuesto las manos para hacerle una limpieza de malos espíritus. En Rio de Janeiro le habían ofrecido someterla a una operación de estética para quitarle veinte años de la cara, según una técnica que se acababa de descubrir. Y en Yucatán había asistido a una ceremonia del día de ánimas en un poblado maya en la que compartió la comida de malanga con unos muertos.

Gabriel no entendía nada, pero sorbía estos mensajes con una devoción amorosa que le impedía hacerse preguntas. Después el trayecto había tomado la dirección correcta en el mapa. En Kenia había ido de safari a la reserva de Kilaguni y había visto atardeceres sobre las famosas verdes colinas. Un negro la había llevado con una furgoneta enjaulada a ver leones, tigres y elefantes por la sabana. Se había comprado un vestido caqui y los monos se disputaban su desayuno en la terraza del refugio. De noche oía los gritos de las fieras que cazaban y se apareaban y ella dormía en una cama con mosquitera. Una acacia tenía buitres a la espera de que el león terminara de comerse las partes más sustanciosas de un antílope, de que llegara después la hembra y las crías y de que las hienas dieran cuenta de los huesos sobrantes para que ellos, los últimos en la escala, se precipitaran sobre los despojos y sacar con el pico curvo la carroña pegada a los entresijos. Esta última carta tenía una posdata: «Mi adorado Gabriel, no me atrevo a preguntarte si te gustaría que fuera a verte a España. Mi hija tiene muchas ganas de conocerte».

Era la primera vez que le hablaba de su hija en aquel viaje. Su paso por Marruecos constaba en una carta con membrete del hotel La Mamounia de Marrakech y del Palais Jamais de Fez. Las murallas color canela de Marrakech y su plaza de Jema' el Fna, donde había encantadores de serpientes le habían gustado mucho y en la medina de Fez su hija había bailado la danza del vientre en la noche de Ramadán en un patio lleno de naranjos y flores de azahar con una familia que las había invitado a tomar la sopa que llaman harira, compuesta de garbanzos, carne y cilantro. «Entiéndelo, hasta hoy no estabas en el tiempo, por nadie ni por nada podía reconocerte, pensaba que tú eras el pasado y no estabas atado a nadie ni con nada. Pero estás ahí, al pie de la vida.»

El anciano en la silla de ruedas leía las cartas de su amante una y otra vez en la terraza del Voramar. Algunos contertulios le pedían pormenores acerca de los sellos tan fascinantes que llevaban aquellos sobres color de rosa, o malva, algunos de ellos adornados con ribetes de elefantes, de soles o de flores desconocidas. El anciano solía oler con fruición el perfume que contenían. Elevaba la carta hasta los labios, la besaba y después aspiraba profundamente el sobre abierto y quedaba un momento ensimismado mirando el horizonte del mar. Pensaba, tal vez, que en aquella línea azul estaban todos los caminos. No tenía posibilidad de dar una respuesta a su amante. Los remites huían a bordo de barcos, trenes y aviones. En su última carta Paula le decía: «Mi admirado Gabriel: ¿cuánto amor será necesario para evitar mi locura?».

El baile final

Hubo una fuerte tormenta al final de agosto que dejó todos los árboles y aleros chorreando. Después una luz de aceite doró todas las hojas y también el perfil de las villas y el entramado de todas las verjas. Los veraneantes, con impermeables de plexiglás y katiuskas, saltaban los charcos y algunos se paraban a mirar un coche que había embarrancado en un regato desbordado. A partir de aquella tormenta, al terminar la partida de frontón ya se me colaba una brisa afilada, con un grado de frescor muy sutil, por el cuello empapado de sudor hasta el fondo de la camisa. El otoño estaba a la vuelta. Las moscas se habían vuelto pegajosas y las avispas se estaban comiendo el moscatel de las viñas de Benicasim. Los veraneantes habían aprovechado los días nublados en que el mar vomitaba todas las algas con olas verdosas muy altas para hacer excursiones al Maestrazgo y por la tarde volvían contando lo buenas que estaban las chuletas de Morella o de Catí o del balneario de Benasal, cuyas aguas eran propicias para el riñón. Las conversaciones giraban en torno al mal tiempo, a lo fría que estaba ya el agua, al velero de unos franceses que había naufragado. Todos convenían en que se agradecían unos días de lluvia después de tanto sol.

La tropa de los cineastas había vuelto a apoderarse del hotel Voramar para rodar la última escena de la película y se había alquilado también la terraza para celebrar allí la fiesta del final del rodaje. Lydia me contó que habían regresado los enfermos del sanatorio que realizaron el viaje en tren a Lourdes. No se había producido ningún milagro. Ninguno había sanado. Todos volvían a los baños de algas y de barro del establecimiento, parecían más efectivos para la salud aunque no tan prodigiosos. Entre los peregrinos se comentaba que los jóvenes brancadiers, que hacían de enfermeros voluntarios, después de meter en la piscina a los paralíticos se iban al pueblo a ver el striptease que se daba en un cabaret muy cerca del santuario de la Virgen. A Lydia la encontré especialmente contenta uno de aquellos días. El productor ejecutivo de la película la había contratado para una escena en la que debía simular que tocaba el piano mientras aquellos bañistas de entreguerras con corpiños y jipijapas danzaban. El set se había instalado al pie de la escalinata guardada por el león de escayola, que una mañana apareció con los ojos pintados de verde. Este hecho fue objeto de muchos comentarios.

Por su parte, el conde de Sostieles también había dado los últimos toques a su villa para la gran chocolatada. Había mandado podar las ocho palmeras centenarias, las dos del jardín de delante que sombreaban la veranda de la villa y las seis del jardín de atrás donde se celebraría la piñata para los niños. A través de la verja se veía a varios jardineros segando el césped, trasquilando los setos de enebro, peinando la maraña del plumbago y colocando los macizos de hortensias.

Una vez más Brigitte Bardot, la chica francesa, se había presentado al director de la película para que le permitiera intervenir en la secuencia final. La negativa fue de nuevo rotunda. Se daba el caso de que esa chica con cara de lulú había sido la atracción erótica del verano, objeto de todas las miradas libidinosas de los hombres, jóvenes y maduros, y en cambio no había forma de que le gustara al director de la película, el único ser del género masculino por el que ella mostraba interés. Ricardo Seisdedos no había conseguido llevarla en su Mercedes blanco descapotable a una playa desierta de Alcocebre y había perdido la apuesta con uno de los camareros; en la tertulia de los viejos se continuaba discutiendo con voz cascada sobre el número de pecas que adornaban sus hombros, unas pecas que con el sol se habían puesto doradas y que parecían estar fuera del alcance de los mortales como lo están las estrellas; el coronel Morata probablemente se seguiría masturbando sin apartarla de su pensamiento; el gerifalte franquista movía la cabeza a uno y otro lado cuando Brigitte pasaba por el borde del agua en la playa y era absorbida por el espejo de sus gafas negras, como el primer día, pero entre sus admiradores era el único que gozaría del privilegio de verla sentada en un sillón de su villa probando el chocolate con toda clase de bollería.

El elegante anciano Gabriel Casamediano me había regalado dos sellos más, uno de Nairobi donde se veía un guepardo coronado y otro de Estados Unidos con el puente Golden Gate de San Francisco. Con dedos temblorosos los había arrancado de dos sobres color de rosa que llevaban su nombre y la dirección del hotel escritos con letra picuda por Paula Jaramillo. El doctor Aymerich traía noticias nuevas para su plática de media tarde. Me vino a contar que la Guardia Civil había detenido a la chica embarazada por el novicio carmelita, Juana Izquierdo, aquella que sorprendimos pintando una acuarela en una gruta de eremita del Desierto de las Palmas. La noticia la daba *El Mediterráneo*, el periódico de Castellón. Al final de la nota se decía que la pintora Juana Izquierdo preparaba una exposición de su obra en una galería de Valencia y por otra parte el novicio había saltado las tapias del convento y había huido a un lugar donde nadie pudiera encontrarlo. Unos decían que se había alistado en la Legión, pero otros juraban que lo habían visto de camarero en Benidorm.

Después de unos días de tormenta volvió a salir el sol y la playa adquirió la melancolía de un septiembre adelantado. Muchos turistas habían levantado el vuelo; en los puestos de helados los madrileños se despedían hasta el próximo año; algunos adolescentes que habían trabado el primer amor esperaban la noche para darse los últimos besos furtivos antes de volver a la ciudad jurando que no se olvidarían uno del otro jamás; en las tiendas se decía que había bajado mucho el movimiento de caja; en los últimos guateques de las villas los vástagos dorados de la burguesía bailaban canciones de Los Panchos, la melodía de Siboney y los primeros boleros del festival de San Remo. María, la cocinera, iba y venía del hotel a la villa del señor conde en su bicicleta roja, que dejaba atada a la verja de atrás para entrar por la puerta de servicio. Tenía el encargo de preparar una paella para unos políticos que habían llegado de Madrid. El conde se cruzó con ella en el jardín. María inclinó la cabeza y el señor sonrió amablemente ante la reverencia.

—La veo a usted muy contenta con su bicicleta —le dijo el conde.

—Así es, señor, muy contenta —contestó María.

—Le dije que iba a ser muy fácil resolver ese enojoso asunto de usted.

—Sí, señor. No sabe usted lo agradecida que estoy.

—Pues a ver cómo le sale la paella y el chocolate, Tiene que poner los cinco sentidos esta

vez. Se trata de un gran compromiso.

—Saldrá muy bien, ya verá usted, señor conde —dijo María.

Según contó el doctor Aymerich, entre el prohombre franquista y María hubo un pacto cuando fue requerida por primera vez para guisar un arroz en la villa al conocer su fama de buena cocinera. Fue el verano anterior. A la hora de la sobremesa, los invitados la llamaron al comedor para felicitarla y María aprovechó la euforia de las barrigas satisfechas para, en un aparte, pedirle al señor conde un favor. En su pueblo un falangista se paseaba todavía de forma descarada en la bicicleta Orbea que le fue incautada a su marido después de la guerra. Ella estaba dispuesta a hacer lo que le pidiera por recuperarla. Aquella bicicleta había formado parte de lo mejor de su vida. No podía soportar verla montada por aquel sinvergüenza. Al oír esto el señor conde levantó las cejas y echó el tronco hacia atrás con aparente enojo. Luego hizo un gesto tajante con la mano. Tres días después un vehículo oficial aparcó frente al Vóramar y la bicicleta roja le fue devuelta a su dueña. Sólo había bastado una llamada de teléfono al gobernador civil y otra del gobernador al alcalde. El conde le dijo que en compensación María se vería obligada a guisarle una paella todos los veranos y a hacer el chocolate para la fiesta de despedida de las vacaciones. Era lo único que le pedía a cambio.

La chocolatada tuvo lugar el último sábado de agosto a media tarde. Hubo un trabajo de jardinería que se había retrasado. Pocas horas antes de la fiesta aún se veía a unos podadores especialistas encaramados en lo alto de las palmeras trincados con arneses por los riñones. Con unos machetes especiales cortaban las palmas viejas con tajos medidos hasta formar un copo que sobresalía del tejado de la villa y sombreaba la terraza sobre una escalinata de cinco peldaños de mármol. Desde abajo la señora del conde les daba prisa porque estaban a punto de llegar los primeros invitados. La cuadrilla de podadores terminó el trabajo, guardó los machetes, recogió las palmas en una camioneta y desapareció precipitadamente por la puerta falsa.

A las siete de la tarde la cancela principal estaba flanqueada por una pareja de la Guardia Civil de media gala y dentro de la villa sonaban pasodobles. El conde y su señora daban la bienvenida a los amigos en el pasillo que dividía la pradera. Unas veces alargaban la mano, otras les bastaba con una simple reverencia. Si sabían los nombres los pronunciaban, en caso contrario sonreían mientras los invitados muy bronceados se adentraban en el jardín, luciendo cadenas de oro, collares de nueces tropicales, jazmines en el escote de las mujeres que dejaban en el aire rastros de perfumes suaves, densos, frescos o calientes. La llegada de Brigitte Bardot en compañía de sus padres fue honrada por unos segundos de silencio. La chica causó sensación por unos pantalones vaqueros tan ajustados que parecían partirlle el sexo, una prenda desconocida hasta entonces. La blusa negra recogía sus senos, que apuntaban hacia arriba con los pezones marcados en la seda. El conde le dio un beso. Luego le guiñó un ojo a un compadre. Ricardo Seisdedos llegó acompañado de la dama lánguida, con dos rosas rojas engarzadas en la pamelita negra.

La chocolatada del señor conde servía para cohesionar el espíritu de las villas de Benicasim. Capitanes de empresa, navieros, cónsules honorarios, dueños de cementeras, presidentes de sociedades estatales, profesionales de la medicina, notarios, registradores de la propiedad formaban un cuerpo solidificado con el encanto del pantalón de mil rayas, las playeras azules, los polos deportivos y la buena conciencia de estar en el mejor de los mundos posibles. La brisa de ese rincón de Benicasim era de una finura delicadísima, perfumada de pinos, pasada por los dorados viñedos de moscatel después de arrastrar la energía que emanaba del rodano de las

agujas de Santa Águeda.

Esta gente privilegiada llenaba el jardín del señor conde con abrazos felices y el frufrú de las sedas. En la gramola sonaba música castiza, pasodobles, marchas, polcas y zarzuelas. Los niños gritaban en el jardín de atrás con la misma algarabía con que las golondrinas despiden el verano antes de partir hacia el sur. Bajo las seis palmeras del jardín trasero unas señoras voluntarias ayudadas por personas del servicio dirigían una piñata. Los niños, con los ojos tapados, daban garrotazos a unas perolas de barro colgadas de una cuerda, llenas de caramelos y regalos.

Aún no había oscurecido la tarde cuando las criadas sacaron en brazos unos recipientes humeantes. Sentados en grupos cerca de una mesa de ping-pong cubierta con varios manteles blancos, los invitados alargaban las tazas para recibir la ofrenda del chocolate y escogían a su antojo los bollos de las bandejas que pasaban por delante una y otra vez, pastas, suizos, medianoches, tortas de pan quemado. Los ojos de toda la concurrencia, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, vigilaban cada movimiento de la chica francesa, que parecía estar feliz sabiendo que era la atracción de aquella fiesta. Algunas parejas por su cuenta habían abandonado el chocolate y comenzaron a bailar pasodobles en el vestíbulo y en el salón principal de la villa, detrás de las cortinas de algodón crudo con cenefas azules que flameaban con la brisa. Cuando en la gramola comenzó a sonar *España cañí*, en un arranque de prepotencia el conde se acercó al sillón de la señorita Brigitte para invitarla a bailar. En ese preciso momento su señora soltó un alarido.

—¡Está lloviendo sangre! —gritó llena de histeria.

—¡Es sangre, es sangre! —gritaron otros invitados.

Las gotas de sangre caían desde el copo de una palmera hasta el mantel blanco de la mesa plantada en medio del jardín y llena de tazas de chocolate. Era una sangre espesa, que cuajaba enseguida. El hecho causó un gran desconcierto que en algunas señoras llegó casi hasta el pánico. Nadie se explicaba qué estaba pasando, pero la cosa era muy sencilla. Sin darse cuenta uno de los podadores había herido con el machete a una rata, que ahora se había puesto a sangrar, y a otra la había partido en dos mitades. En ese momento se oyeron también gritos desahogados en el jardín de atrás. Los niños perseguían a tres ratas grandes como conejos que habían caído de las palmeras como formando parte de la piñata. Unas mujeres se subieron a las sillas cuando estos animales invadieron la terraza llena de invitados huyendo de los garrotazos de los niños. Brigitte comenzó a gritar a los niños fuera de sí:

—*Par pitié! Ne les tuez pas, ne les tuez pas!! Les rats sont aussi des créatures de Dieu! Je vous en prie! Les rats sont aussi des créatures de Dieu!*

En las palmeras centenarias se habían formado nidos de ratas, como suele suceder muchas veces por el amor que estos animales sienten por los dátiles. Este percance fue muy comentado al día siguiente como una anécdota divertida sin más importancia. Pero la actitud de aquella chica francesa había sorprendido a todo el mundo. Pedía piedad para las ratas. ¡Gritaba que las ratas también son criaturas de Dios! No había que matarlas. Sus gritos de histeria no se calmaron hasta que volvió a sonar un pasodoble. Estar a favor de las ratas había producido un gran escándalo en muchos invitados, hasta el punto que los padres de Brigitte, los señores Bardot, se vieron obligados por cortesía a presentar excusas formales al señor conde y a los asistentes más airados. Después siguió el baile feliz como si nada hubiera pasado.

A partir de aquella tarde, dos días antes de su vuelta a París, la chica francesa cayó en

desgracia entre los clientes del hotel, que empezaron a entender por qué el director de la película no quería que se le acercara. De hecho, abandonó el hotel un día antes de la fiesta que se dio en la terraza del Voramar para celebrar el final del rodaje. El automóvil Dauphine partió del hotel y la chica aún se llevó la última mirada del botones que había ayudado a cargar las maletas. Tres años después aquella chica saltó a la fama internacional con la película de su amante Roger Vadim *Y Dios creó a la mujer*, pero en las villas de Benicasim su fama perduró mucho tiempo sólo por su amor a las ratas. Haberlas llamado criaturas de Dios era algo que la hizo inolvidable.

Los técnicos estuvieron toda la mañana preparando el set para la secuencia final de la película. La terraza del Voramar de nuevo se llenó de cables, focos y pantallas. Dos cámaras estaban colocadas en lugares apropiados, una ensayaba las tomas desde el aire a bordo de una grúa, otra permanecía cerca del piano tapada con un capuchón de hule. Los figurantes se distinguían del resto de la gente por el vestuario que correspondía a veraneantes de entreguerras, corpiños, sombreros blancos, pamelas, corbatines y chaquetas entalladas. Entre ellos se movían los clientes actuales del hotel, muchos curiosos de la playa en traje de baño y algunos enfermos con muletas o en sillas de ruedas que habían bajado de la montaña mágica para ver el rodaje.

Cerca de la balaustrada había tres sillones ocupados por una señora muy distinguida de unos setenta años y dos mujeres jóvenes junto a la silla de ruedas del anciano Gabriel Casamediano. La señora conservaba en el rostro los vestigios de una belleza exótica. Era muy blanca pero con el perfil de mulata. Tenía el hablar seseante, muy dulce y miraba a Gabriel con ojos enamorados, y los dos permanecían cogidos de la mano ante la mirada divertida de la pareja joven. Una era Ángela, la hija de Paula Jaramillo, la otra era Eleonor, la hija de Gabriel Casamediano. En la última carta Paula Jaramillo había escrito: «Debo culminar este viaje alrededor del mundo con el gesto irreflexivo de volver a verte como quien se arroja al vacío. ¿Qué voy a hacer, si no lo puedo evitar, si han pasado los años y no he hecho más que escribir una carta interminable con mi memoria de ti, con mis deseos de volverte a abrazar y de estar a tu lado siempre?». Días después el elegante anciano me regaló el sello de aquella última carta de su amante, que traía la imagen de los montes Atlas de Marruecos. Durante algunos días vi a Paula empujar la silla de ruedas de Gabriel para llevarlo al comedor y allí le partía la carne, le pelaba la fruta y lo protegía con la mirada. En la mesa ocupada por hijas y nietos, Paula seguía contando a toda la familia lo que había olvidado decirles en las cartas. En la terraza les hacía fotos con la máquina Polaroid que había comprado en Hong Kong. Ese artilugio despertaba mucha curiosidad entre los veraneantes y fue el protagonista hasta que se quedó sin recambios.

La secuencia final de la película consistía en un baile de veraneantes de entreguerras. Entre ellos estaba Lydia, muy nerviosa, ya maquillada, abriéndose paso trabajosamente con las muletas en medio del set hacia el piano, y yo intentaba protegerla con la mirada. Lydia vestía una blusa de encajes, llevaba una trenza que le caía hasta la mitad de la espalda y el sombrerito de paja con la cinta de color cereza. Cuando el director gritó ¡silencio, se rueda, acción!, comenzó a tocar una melodía de charlestón acompañada por una orquestina de pistones. Los figurantes bailaban. Los focos creaban una atmósfera fantasmagórica. Yo no hacía sino recordar la imagen de esta misma terraza que me había transmitido el doctor Aymerich en las pláticas de aquel verano. Imaginaba a los brigadistas heridos en este hospital de sangre, las camillas alineadas, las cabezas vendadas de los soldados. Un verano de 1937 aquí mismo estaba John Dos Passos y Dorothy Parker oyendo los

blues del negro Paul Robeson y por aquí andaban enfermeras alemanas, checas, inglesas, madrinas de guerra, el escritor ruso Iliá Ehrenburg, el mariscal Tito, Hemingway y su novia, la bellísima periodista Martha Gellhorn. En cambio ahora las sillas de ruedas estaban ocupadas por poliomielíticos o afectados de parálisis progresiva, habitantes de la montaña mágica, sin más gloria que la resignación con que sobrellevaban su enfermedad mientras los figurantes danzaban. Pero allí estaba Lydia transfigurando la realidad. La vi herida, pero ilesa, con todo su sufrimiento espiritualizado, redimido por la belleza. La escena no duró más de un cuarto de hora. Entonces, a través del megáfono se oyó la voz del director.

—¡Corten! Señores, la película ha terminado. Enhorabuena a todos. Y ahora ¡a beber!

Muchos clientes del hotel asomados a las terrazas de sus habitaciones aplaudieron con entusiasmo la llegada de la calma a la terraza del Voramar. En el tumulto alborozado que se formó en la fiesta del final del rodaje se movían el doctor Luis Aymerich, el guapo Seisdedos, el coronel Morata, el profesor Bogardi y mi tío Benjamín. Lydia vino a mi lado. Se sentía muy feliz. En presencia de sus padres le di un beso sesgado entre la mejilla y los labios y luego la abracé hasta hacerle crujir las costillas. Brindamos por el futuro con una copa de mosto de granada. Después de una duda llena de rubor me dio una foto suya en la que aparecía con un jersey de listas horizontales, azules y blancas, con cuello de barca. Detrás de la foto había escrito esta dedicatoria: «Hay un lugar en que se juntan el corazón y la estrella. Te seguiré queriendo siempre, aunque me olvides. Lydia».

Muchas cosas aprendí aquel verano de 1953. El paralelo cuarenta y el meridiano cero se cruzan en este lugar donde pasé una encrucijada de mi primera juventud. También se cruzaron en mi vida aquel verano unas ideas y unos sentimientos que me harían crecer por dentro. Nunca hubiera sido lo mismo sin las enseñanzas de aquel viejo republicano represaliado, sin el azar de las cervicales machacadas de mi tío Benjamín, sin el amor de aquella niña. Pasó mucho tiempo antes de que olvidara a la niña Lydia, que me introdujo en el misterio de la naturaleza, aquella niña a la que yo llevaba en volandas hasta la orilla del mar y abrazado a su cuerpo roto resistíamos juntos el embate de las olas. La tarde en que me despedía del doctor Aymerich me invitó a una copa de ginebra, mi primer licor duro, y al darme el último abrazo me dijo que esperaba también mi primer libro para regalarme a cambio el disco de Glenn Miller. De pronto, al pie de la escalinata, reparé en un hecho insólito y exclamé muy alarmado:

—Doctor, el león de escayola amaneció esta mañana con los ojos verdes.

—Ya se sabe cómo son los leones —contestó el doctor sin darle demasiada importancia.